

CUENTA CONMIGO

Eva M. Soler - Idoia Amo



CUENTA CONMIGO

Eva M. Soler - Idoia Amo

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2018 Eva María Soler García e Idoia Amo Ruiz
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Cuenta conmigo, n.º 186 - marzo 2018

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com.

I.S.B.N.: 978-84-9170-860-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 15](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Capítulo 1

Portland, Maine: Back in baby's arms

CAM

*I'm back in baby's arms
How I missed those lovin' arms
I'm back where I belong
Back in baby's arms.*
«Estoy de vuelta en los brazos de mi amor
Cómo eché de menos esos brazos amantes
Estoy de vuelta donde pertenezco
De vuelta en los brazos de mi amor».
(Patsy Cline, canción suelta).

—¿Cómo vas? ¿Ya lo tienes todo?

Cam se giró al escuchar la voz de su padre, y lo encontró apoyado en el dintel de la puerta. La observaba cruzado de brazos y con un estudiado aspecto serio, pero nunca se le había dado bien disimular, y sus labios se curvaban en una leve sonrisa.

—Pues... ya que estás, ¿podrías ayudarme a cerrar esto?

Señaló su maleta con una mueca, y Sam Stevens se acercó sacudiendo la cabeza. Al ver cómo la ropa sobresalía de tal modo que parecía imposible completar la misión, suspiró, agachándose junto a su hija.

—Explícame una cosa —dijo, mirándola—: te vas a pasar dos meses de viaje con tus amigos, yendo de estado en estado y subiendo a atracciones mortales en pleno verano. ¿Por qué necesitas tanta ropa? ¿No debería bastarte con unos vaqueros y cuatro camisetas?

Cam soltó una risita.

—Oh, papá... te voy a echar de menos.

—¿Lo suficiente como para llamar una vez cada dos días, por ejemplo?

—¿Lo dejamos en cada cuatro?

—Tres, y no se hable más. —Le tendió la mano, que ella estrechó—. Deja que pruebe.

Puso las manos sobre la ropa, haciendo presión hasta que logró cerrar la cremallera. Después se quedó apoyado contra la cama, resoplando y pasándose la mano por la frente, ahora perlada de gotitas de sudor.

—Estaré bien —comentó Cam, pegándole en el hombro.

—¿Qué?

—No pongas cara de sorpresa, sé que es lo que estabas pensando. Además,

esto es un entrenamiento, papá. Sabes que en nada me voy a la universidad, así que tienes que irte acostumbrando.

Sam afirmó, con expresión apesadumbrada.

—¿Sabes? Massachusetts no está tan lejos, podría visitarte a menudo.

—Y espero que lo hagas —respondió ella, mirando a su padre con cariño.

Para haber tenido que educar a una niña solo, se las había apañado bastante bien. Cuando Cam tenía dos años, su madre había subido a un autobús para ir a visitar a su tía, que pasaba una temporada en el hospital después de una operación delicada; por desgracia, nunca llegó a su destino, pues el vehículo colisionó con un turismo y terminó volcado en la carretera. De las veinte personas que viajaban en el interior, solo murió una: Lacey Stevens.

Como resultado, Cam había tenido una infancia muy diferente del resto de niños de su edad. A menudo pensaba que la vida era una ruleta rusa, y que nunca se sabía por dónde podía continuar. Miraba a su padre, y el amor que sentía por él era tan grande que le dolía la simple idea de tener que dejarlo para irse. Las vacaciones eran lo de menos: lo que más le preocupaba era la universidad, perder poco a poco el contacto. Regresar en vacaciones, y sentirse una extraña en su propia casa.

—Cam. —La voz de Sam la sacó de sus pensamientos—. Yo también estaré bien.

—Lo sé.

—Sabes lo importante que es la universidad, tu carrera. Es la primera puerta del resto de tu vida, y si es al Instituto de Tecnología de Massachusetts donde quieres ir, ahí irás. Al menos todas mis horas de trabajo nocturno habrán servido para algo.

Ella lo contempló unos segundos, y luego lo abrazó, obedeciendo a un impulso. Su padre respondió al gesto, tragando saliva, y después se soltó.

—Bueno, bueno, es temprano para despedidas y lágrimas. —Sonrió—. Ya haremos el numerito correspondiente en septiembre, pígameo.

—¡Que no me llames así! —Cam se indignó al instante, incorporándose de un salto—. ¿Sabes lo que pasará si alguna vez mis amigos te oyen? ¡Que les parecerá un mote muy divertido! Dirán que cómo no se les ocurrió a ellos primero, y terminarán todas las frases con él.

Sam alzó las manos con gesto pacífico, y se levantó también.

—Calma, ese apelativo cariñoso se queda entre nosotros. Ah. —Se llevó la mano al bolsillo trasero, sacando su cartera—. Toma.

—Tengo dinero, papá. —Cam negó con la cabeza mientras arrastraba la

maleta hasta la puerta y regresaba sobre sus pasos para acarrear otra bolsa llena.

—Sé que lo tienes, te he visto ir y venir a la pastelería durante el último año y despachar donuts a un montón de gente adicta al azúcar. Y también sé que nuestra situación económica no es tan potente como la de tus amigos, pero... esta vez, quiero que te diviertas sin preocupaciones.

Le tendió un sobre y Cam lo cogió, con la sorpresa pintada en su rostro. Su primer impulso fue rechazarlo, ella no era de las que necesitaba gastar todo el tiempo para sentirse feliz, pero después se dio cuenta de que a su padre le hacía ilusión poder regalárselo. No tendría por qué, le había pagado la matrícula y la universidad y Cam sentía que era más que suficiente, pero no podía decir que no. Así que lo cogió, sonriendo triunfal.

—¡Genial! Te traeré una camiseta de cada sitio que visitemos, prometido.

—Lo que me tienes que prometer es que tendréis cuidado. Ya sé que ninguno sois especialmente alocados o insensatos, pero sois jóvenes y estaréis libres como pájaros... no hagas ninguna cosa peligrosa, Cam.

—Prometido —dijo ella sin dudar.

Nunca lo había hecho, no iba a empezar ahora. Las locuras eran más típicas de Jojo, pero pocas veces se había dejado arrastrar a situaciones en las que no deseaba estar. Como su amiga decía, era «asquerosamente poco influenciable».

—Iré bajando tu maleta. Y tu bolsa. —Sam puso los ojos en blanco—. Y tu otra maleta de mano.

Cam se echó a reír, y fue hasta su escritorio para coger la cazadora y el bolso. Habían quedado en recogerla a las tres y ya pasaban diez minutos, pero Tyler nunca era puntual.

Encima del escritorio, aparecía su corcho sujeto a la pared. Estaba lleno de chinchetas, con todas las cosas que le parecían interesantes, importantes o que deseaba hacer. Con cuidado, descolgó una foto de grupo que era su preferida, sacada durante una tarde de diciembre del año anterior, tres días antes de Navidad: una tarde perfecta, que aún permanecía en su recuerdo. Habían jugado a los bolos, comido pizza y bailado hasta la madrugada.

Pasó las yemas por encima de la foto, observando esos rostros felices que brillaban por debajo de los gorros y bufandas de lana. Naomi todavía llevaba su increíble melena pelirroja larga, justo antes de que por año nuevo se le ocurriera cortársela. Tyler iba tan tapado que apenas se le veían los ojos y los dientes, pero todos sabían que su sonrisa iluminaba más que la electricidad.

Era difícil ser infeliz cuando Tyler sonreía. Estaba Leo, sin sus gafas, con el pelo corto, un poco más robusto que su forma física actual. Mirarlo le producía una ligera ansiedad, ya que era su mejor amigo desde que ambos habían coincidido en primaria, y pronto tendría que dejarlo atrás, al igual que a su padre.

En la foto también salía Jojo, agachada y con el culo casi pegado en la nieve del suelo. Con sus trenzas, el gorro casi hasta la nariz y aquella postura, era un reflejo fiel de su personalidad.

Jojo había sido la última en unirse al grupo, pero una vez dentro, parecía que siempre había pertenecido a él. Congeniaba con todos y cada uno de ellos, a pesar de su curiosa forma de ser.

Cam desenganchó la foto con cuidado de no romperla y la guardó en su cartera. Siempre que iba de viaje se llevaba las fotos de las personas importantes para ella, la de sus dos padres ya estaba guardadas a buen recaudo en su cartera. Justo el mismo sitio al que iría esa.

Entonces oyó tocar un claxon y se asomó por la ventana.

—¡Eh! ¡Señorita Cameron Stevens, haga el favor de bajar su flaco culo aquí! —Jojo agitaba las manos desde la acera, como si estuviera haciendo señales de socorro a un avión.

Cam observó la furgoneta con mirada crítica. Había tenido sus dudas respecto a viajar en una, pero Tyler les había explicado que sería mucho más cómodo hacerlo así en lugar de coger dos coches. De ese modo no se perderían, y el gasto de gasolina sería menor; él mismo se había encargado de alquilarla, y ahí estaba: grande, de color azul brillante, con un aspecto muy *vintage*.

Tyler y el resto ya bajaban del vehículo, dispuestos a saludar a su padre. Todos le tenían mucho afecto, ya que el hecho de que Sam fuera relativamente joven hacía que se sintieran cómodos; habían pasado tanto tiempo en su casa durante todos esos años que Sam casi los consideraba de la familia. Todos acudían al mismo instituto, el Portland High School, y vivían separados por unas calles de diferencia, siendo la suya la más cercana, en la calle Chapel, y la de Jojo la más lejana, en la calle Somerset.

Cam escuchó las voces y las distintas conversaciones que se abrían en el piso inferior, y se guardó la cartera con la foto dentro. Oyó que alguien subía las escaleras de dos en dos y al momento se echó un vistazo en el espejo para asegurarse de que todo estuviera en orden.

Siempre había sabido que su amistad con Leo no era inocente, porque de ser

así jamás le hubiera preocupado su aspecto. Un aspecto que no estaba mal, ya puestos, o al menos eso parecía en la imagen que le devolvía el espejo. No tenía la belleza impresionante de Naomi, claro, pero el conjunto de frondosa melena oscura con ojos verdes claros también acaparaba unas cuantas miradas. Hubiera matado por unas buenas curvas, pero su complexión era delgada desde siempre, y eso no cambiaba por mucho que comiera, de forma que lo tenía asumido. La altura tampoco jugaba a su favor, pero compensaba todo con un gran estilo al vestir.

Oyó unos golpes en la puerta, y segundos después Leo asomó la cabeza.

—¿Lista? —preguntó con una sonrisa—. No tardes, porque creo que a tu padre le faltan unos diez minutos para echarse a llorar.

—Muy gracioso —resopló Cam, colgándose el bolso.

—Jo. Qué tiempos aquellos en los que te reías con mis bromas.

—Es que ya las he oído todas. —Le sacó la lengua al pasar a su lado.

—Tendré que renovar mi repertorio. —Leo recorrió la habitación con la mirada—. ¿Tienes todo, incluidas las diez maletas de rigor y tus fotos viajeras?

Cam se detuvo a su altura.

—Y tú, ¿tus tres libros de mesilla y ese portátil con el que piensas convertirte en el próximo Dan Brown?

—¡Auch! Eso me ha dolido, Cam. Sabes que Dan Brown me parece un mediocre. —Los dos empezaron a reírse a la vez.

Se conocían tanto... Cam sintió un regusto amargo en el paladar. Ni siquiera había tenido tiempo de digerir bien que pronto no estarían juntos. Ya no compartirían ratos y ratos en su cuarto, sentados en el suelo mientras ella ponía canciones de Patsy Cline una tras otra y él fingía horrorizarse ante aquella música anticuada. No volvería a escuchar a Leo leyendo párrafos escritos de su puño y letra mientras se maravillaba de su habilidad para describir sensaciones sobre el papel. No habría más maratones de películas de acción, género que apasionaba a ambos, ni excursiones de tardes enteras a las librerías del centro comercial donde los dos imaginaban cómo sería ver un libro de Leo entre las estanterías. Se acabarían los paseos en otoño mientras tomaban capuchinos o comían chocolatinas, uno de los vicios de Cam. Sin frutos secos, por supuesto. ¿Quién se comería ahora todas esas avellanas que aparecían de cuando en cuando en las bolsas de chucherías que compraba y que él siempre apartaba con cuidado? ¿A quién llamaría de madrugada para desahogarse porque su último ligue había resultado ser un imbécil integral? ¿A

quién consolaría si no estaba Leo quejándose de su poco éxito entre el personal femenino? ¿Con quién pasaría la noche de fin de año si no era con él, como todos los años?

Leo iba a dejar un vacío tan grande en su vida que asustaba solo pensarlo. Resultaba más sencillo apartar esas ideas de su cabeza, hacer como si no fueran a ocurrir.

Sacudió la cabeza, dispuesta a no ponerse triste. Todavía faltaban dos meses, el verano acababa de empezar y les esperaba una experiencia de lo más emocionante y divertida. No tenía sentido pensar esas cosas por adelantado.

Se puso a tararear *Crazy*, y Leo miró al techo.

—Te llevas un CD de Patsy, ¿a que sí?

—Pues claro, amigo mío. Este viaje no sería lo mismo sin ella, así que más vale que me apoyes en la votación cuando haya que elegir la música en la furgoneta.

—¿No lo hago siempre? —se burló Leo, apartándose para que la joven saliera.

Cam cerró la puerta del cuarto y bajó las escaleras, seguida por su amigo. En el vestíbulo, Naomi charlaba con su padre de forma animada mientras el hombre la escuchaba con una expresión paciente en el rostro. La verdad era que no se podía quejar de padre, les tenía mucho cariño a todos sus amigos y siempre los había tratado como adultos. Tal vez por ese motivo el grupo se encontraba a gusto en su casa, cuando en otras no querían ni asomar la nariz.

Tyler cambiaba el peso del cuerpo de un pie a otro, impaciente por marcharse. El viaje le entusiasmaba, algo comprensible si se tenía en cuenta que durante sus años de instituto había estado sujeto a entrenamientos y horarios estrictos como capitán del equipo de fútbol americano. El chico necesitaba respirar libertad, y lo necesitaba ya. A menudo Cam pensaba que Tyler y Naomi formaban una pareja perfecta, los dos guapos y con éxito, y la suerte que habían tenido de conocerse y dar el paso hacia la relación. Tyler arrancaba suspiros allá por donde pasaba, y su visión cumplía con el estereotipo que cabía esperar de una estrella del fútbol, pero había mucho más que descubrir en él.

Naomi, en cambio, aunque también ansiaba ese viaje, llevaba una buena cantidad de mapas y de horarios, dejando poco sitio a la improvisación. Le gustaba tener todo controlado, incluso el tiempo de ocio. Esa vena mandona a veces sacaba de quicio a sus amigos, pero en otras ocasiones les venía de

maravilla. Pero hacía meses que Cam la notaba inquieta, preocupada, y esperaba poder aprovechar todo ese tiempo juntas para que se sincerara con ella.

Jojo empujaba una de las bolsas de Cam, haciendo aspavientos como si pesara demasiado hasta que Tyler se la echó al hombro con una mueca. El quinto miembro del grupo era peculiar, tanto en su forma de ser como de vestir; a menudo se ponía ropas de colegiala o modelitos *hippies* que combinaba con mechas de colores y peinados imposibles. Claro que, a esas alturas, a ninguno le llamaba la atención ya nada de lo que pudiera hacer Jojo. Lo que tenían claro era que se esforzaba por destacar, dar personalidad a su imagen, y que esta prevaleciera por encima de su rostro.

—¡Señorita Cam! —exclamó la rubia, aplaudiendo al verla—. ¡Ya era hora! Despidete de tu querido padre y podremos ponernos en marcha.

—Estamos de vacaciones, tranquilidad. —Naomi le lanzó una mirada de advertencia, pues Jojo podía ser demasiado insistente.

—Entonces —preguntaba Sam, ojeando los mapas—, ¿la primera parada es en New Hampshire?

—Sí, correcto. —Tyler intervino antes de que Naomi pudiera responder—. Allí está el primer parque que visitaremos.

Jojo se dejó caer en el sofá, cruzándose de brazos con un mohín. Las partes políticamente correctas le aburrían sobremanera: presentaciones, burocracias, charlas de ascensor. Quería ir al grano, y quería hacerlo ya, pero a menudo terminaba con el ceño fruncido esperando a que el resto acabaran sus muestras de educación.

—Bueno, es una ruta increíble —escuchó al padre de Cam—, seguro que no echareis de menos Portland ni un poquito. Vamos, os ayudaré a meter esto en el coche... mi hija no sería ella misma si no se llevara medio armario.

Cam intercambió una mirada con Jojo, que se reía sin disimulo. La observó mientras se incorporaba y reanudaba el numerito de arrastrar la bolsa, hasta que Leo terminó por quitársela para llevarla él con cara de exasperación.

El viaje había sido idea suya. La había expresado en voz alta una tarde de invierno, mientras todos estaban forrados de ropa y tomando chocolate caliente en la cafetería de Mae. El televisor, que casi siempre retransmitía partidos o noticias, ese día ofrecía un reportaje sobre los mejores parques de atracciones de Estados Unidos.

Jojo se había quedado mirando, y minutos después había lanzado la pregunta al aire: «¿No sería genial recorrer unos cuantos estados de parque en

parque? Furgoneta y moteles de carretera, cachorros. Diversión de día, juerga de noche. Playa y parques, discotecas y hogueras. ¿Qué mejor despedida que este verano antes de que nos separemos?».

Todos habían sonreído al escucharla, sin prestar demasiada atención. Jojo hablaba mucho, y no siempre tenía sentido lo que decía.

Y entonces, Naomi se había encogido de hombros para comentar que le parecía una idea genial, siempre que todos estuvieran de acuerdo, fijaran una ruta y tuvieran el dinero para llevarlo a cabo. Se habían mirado entre sí. ¿Por qué no? Sonaba bien.

Y seguía sonando bien, o al menos para Cam. Era probable que la experiencia fuera la mejor de su vida, y creía que merecía la pena guardar esos sentimientos para más adelante, por si tenía que tirar de recuerdos. Por eso se llevaba un diario de viaje, para apuntar todo lo que creyera digno de guardar.

Respecto a si extrañaría Portland... sí, muchísimo. Amaba la ciudad con todo su corazón, Maine era un lugar mágico que encandilaba tanto a turistas como a residentes. Pero también deseaba conocer sitios nuevos, quién sabía si volvería a tener otra oportunidad como esa.

—¡Listo! —La voz de su padre la sacó de sus pensamientos, y se giró a tiempo de verlo entrar sacudiéndose las manos en los vaqueros—. Hay un poco de polvo en esa furgoneta, pero nada que un buen túnel de lavado no solucione. —Sonrió—. Dame un abrazo y desaparece.

Cam corrió a abrazar a su padre, estrechándolo con fuerza. Él le dio unas palmaditas en la espalda con suavidad.

—Pásalo bien —murmuró—. Acuérdate de llamar a tu padre cada tres días. Y no te pelees con tus amigos, por mucho que te irriten. Ya se sabe cómo son los viajes en grupo.

Ella asintió, decidida a hacer caso. Dudó en si añadir algo más, creía que ya estaba todo dicho, y en ese momento escuchó el claxon desde fuera, insistente.

—¡Vamos, chica! —gritó Jojo desde la ventanilla—. ¡Hay que llegar antes de que anochezca!

—¡Adiós, señor Stevens! —Naomi se despidió, agitando la mano.

—¡Oh, no! ¿Patsy Cline otra vez? Pero, ¿quién ha colado este dichoso CD? —Tyler protestaba, mientras la voz de Patsy, ya conocida por todos, comenzaba a entonar su famoso éxito de mil novecientos sesenta y nueve *Back in baby's arms*.

Cam salió corriendo en dirección a la furgoneta, tras guiñar un ojo a su padre.

—¿Preparados? —preguntó Tyler, con una sonrisa tan amplia que deslumbraba—. Pues rumbo a New Hampshire. ¡Allá vamos, equipo!

Y arrancó el motor, sin esperar más.

Capítulo 2

New Hampshire: Flowers in the rain

NAOMI

*I heard the flowers in the trees
Make conversation with the trees
Relieved to leave reality behind me
With my commitments in a mess
My sleep is not a way of rest
In a world of fantasy you'll find me.*
He oído flores en los árboles
«Conversar con los árboles
Aliviado de dejar la realidad detrás de mí
Con mis compromisos en un lío
Mi sueño no es una forma de descanso
En un mundo de fantasía me encontrarás».
(The Move, perteneciente al álbum *The Move*).

Naomi frunció el ceño al ver los coches parados delante de ellos en la autopista, una larga cola que obligó a su novio a frenar. Estiró el cuello intentando ver por encima de los techos de los coches, sin éxito.

—¿Ves algo? —preguntó.

Tyler bajó la ventanilla y asomó la cabeza, pero negó, metiéndola de nuevo en el coche.

—No veo dónde empieza, será algún accidente... ¿Por qué no miras en el móvil? Puede que digan algo en la web de tráfico —sugirió.

—Hemos dicho que el viaje sería sin GPS ni nada, como se hacía antes. Eso sería hacer trampa.

—Más adelante hay un cartel de esos luminosos —intervino Cam, que también se había asomado a la ventana—. Allí pondrá algo.

Por si acaso, Naomi abrió el mapa y comprobó las rutas alternativas a su destino. No le gustaban los imprevistos como aquel: había calculado que el viaje duraría menos de dos horas, y ahora se encontraba con que ya iban con retraso. Eso les dejaría menos tiempo para buscar un hotel antes de que anocheciera, lo cual ya trastocaba todo su plan. Le gustaba ir a la aventura, pero siempre dentro de unos límites bien planificados por ella misma. El resto estaba acostumbrado, así que sabía que ni se habían molestado en mirar ningún mapa, lo habían dejado todo en sus manos.

El coche avanzó despacio, y cuando llegaron al cartel pudieron leer que marcaba obras en los siguientes treinta kilómetros.

—Todos tranquilos, chicos —dijo Naomi, girándose en el asiento para mirarlos—. Tardaremos un poco más, pero llegaremos bien.

Ninguno parecía especialmente preocupado, por lo que pudo interpretar de sus caras. Volvió su atención al mapa y a la carretera.

—Nos vamos a salir enseguida, estate atento —le dijo a Tyler—. Cogeremos la 202, da un rodeo pero luego nos trae otra vez a la 95. Nos llevará media hora más.

—Lo que tú digas, abejita.

Naomi le sonrió por inercia ante aquel mote cariñoso, aunque por dentro sintió una punzada de pena. Ya no sería nunca más una abeja. Llevaba siendo parte de las *girl scouts* desde que tenía uso de razón. Recordaba el primer día que su madre le puso el uniforme, la primera condecoración que ganó por aprender a encender un fuego, su récord de ventas de galletas... Su infancia había estado repleta de excursiones al bosque, donde había aprendido desde cómo hacer una trampa para conejos hasta cómo guiarse por las estrellas. Las Abejas habían sido su familia durante años, y cuando se había hecho demasiado mayor para ser una más, en lugar de dejarlo, había solicitado continuar como una de las monitoras y lo había conseguido. Había compatibilizado el instituto con ser una de las abejas reinas, y ahora que lo dejaba para irse a estudiar a California con Tyler, lo iba a echar mucho de menos. Las *girl scouts* representaban algo que siempre le había gustado: el espíritu de equipo, el uniforme, tener objetivos que cumplir, aprender a sobrevivir por sí misma... Todo ello tenía un cierto aire militar que le atraía más que lo que quería admitir, no solo ante los demás, sino incluso ante ella misma. Pero todo iba a quedar atrás, se recordó, mirando por la ventanilla del coche para no perderse las señales. En unos meses estaría estudiando Ciencias Políticas, tal y como le habían sugerido sus padres y profesores, porque hasta en las pruebas de aptitud que habían hecho el último año para ver qué carrera les iba mejor, los resultados la encaminaban hacia esa dirección. Claro que tampoco había sido del todo sincera en muchas de las respuestas...

—Es esta salida —indicó.

Miró de reojo a Tyler mientras este obedecía sus instrucciones. Su novio desde que comenzara el instituto... tan alto, tan guapo, tan... perfecto. Sabía que con él las aventuras acabarían pronto: Tyler también planificaba, pero en su caso, su vida. Él quería una vida tranquila, una casa con una valla blanca y un par de niños. Y se suponía que ella también, solo que últimamente no le parecía tan buena idea. No estaba segura de cuándo había empezado a pensar

así, porque Tyler no había cambiado su forma de ser. O quizá fuera eso. Su novio era todo lo que cualquier chica podía soñar: guapo, deportista, inteligente, la trataba más que bien, sus padres lo adoraban... y sabía que siempre sería así. Estaba bien con él, pero ya no sabía si esa palabra era suficiente, sobre todo desde que había conocido a...

—¿Podemos cambiar ya de música? —pidió Tyler, interrumpiendo sus pensamientos.

—Toma, pon este —le dijo Jojo al momento, pasándole un CD a Naomi.

Esta miró la carátula, y movió la cabeza con una sonrisa. Un recopilatorio de los sesenta hecho por ella, todo pintado con flores y símbolos de la paz por un lado, y el listado de canciones por el otro.

—Qué *happy flower* eres —comentó, con una sonrisa

Cambió la música, y mientras sonaba *Flowers in the rain* de The Move, sacó varios papeles de una carpeta que llevaba en su mochila. Comprobó que todas las copias eran iguales, y entregó una a cada uno.

—Luego te doy la tuya —le dijo a Tyler—. Ahí tenéis el plano del parque de atracciones de Canobie Lake y algo de información sobre Salem, que iremos pasado mañana. Aunque seguro que Leo sabe más del tema, con lo novelesco que es el lugar...

—Da para mucho, sí —confirmó él, pasando los papeles—. Estoy deseando ir para coger ideas.

—¿Habéis visto las atracciones? —preguntó Jojo—. ¡Hay una montaña rusa con una caída de noventa y siete grados!

—¿Y qué demonios es esto? —preguntó Cam, leyendo la descripción en el mapa—. «Turkish Twist. Una vez que la atracción alcanza su velocidad máxima, el suelo ¡desaparece! dejando a los usuarios flotando en el aire». ¿Estamos locos o qué?

—A mí no me mires —contestó Naomi, encogiéndose de hombros—. Yo solo he hecho el recorrido según me dijo Jojo, los parques los ha buscado ella.

—Es cuestión de la fuerza gravitacional —replicó esta—. ¿Ves? Lo pone ahí, gira tan rápido que no te puedes caer, te quedas pegado a la pared por la fuerza tres G.

—Eso me tranquiliza, locuela. De tres G nada, tres ataques al corazón, me darán.

Todos se echaron a reír, y Naomi los observó por el espejo retrovisor con cariño. Iba a echarlos mucho de menos, eso seguro.

El viaje duró media hora más, tal y como había predicho, y cuando llegaron al pueblo más cercano al parque aún era de día. También se llamaba Salem, aunque no tenía nada que ver con el de Massachusetts.

Tyler recorrió las calles, mientras todos estaban atentos a las señales para ver los hoteles que encontraban. Descartaron un par de ellos por ser de cadenas caras, hasta que encontraron un Holiday Inn. En el propio cartel ponía que tenían plazas, así que Tyler llevó la furgoneta hasta el aparcamiento.

Todos se bajaron del coche y comenzaron a sacar las maletas.

—¿Cómo hacemos para las habitaciones? —preguntó Cam, mirando a Naomi y a Tyler—. ¿Queréis una para vosotros solos?

Ellos se miraron. Tyler se encogió de hombros, mientras Naomi negaba con la cabeza al mismo tiempo.

—Mejor chicas por un lado y chicos por el otro —contestó—. Si no, Leo se quedaría solo.

—Por mí comparto con Cam y Jojo, pero no las veo mucho por la labor... —comentó él, con una sonrisa.

—No pasa nada —añadió Tyler, echándose una bolsa al hombro y cogiendo su maleta y la de Naomi—. Nosotros vamos a estar solos a partir de septiembre, así que no hay problema.

Le guiñó un ojo a Naomi y se encaminó hacia la recepción. Los demás cogieron el resto de bolsas y lo siguieron, y unos minutos después, ya tenían las llaves para sus habitaciones: una triple para las chicas, una doble para los chicos.

Naomi entró en la suya, e hizo un recorrido con mirada crítica mientras sus dos amigas aguardaban en la entrada a que diera el visto bueno. Si la pelirroja no quedaba satisfecha, no dudaría en bajar al mostrador a protestar hasta que le dieran una a su gusto, no era la primera vez que hacía algo así. Pero esa vez pareció conforme, porque entró sin decir nada, lo que fue el pistoletazo de salida para que Cam y Jojo entraran detrás, aliviadas.

—¡Guau! Mola, es grande. —Jojo se lanzó directa a la cama, que chirrió bajo su peso—. Pues vaya unos muelles de mierda. Como para intentar tener una relación de forma discreta.

—No creo que ningún tío que saliera contigo esperara discreción. —Naomi le sacó la lengua, dejando la maleta sobre su cama.

—¿Tenemos que deshacerlas? —remoloneó Cam—. Total, en breve nos vamos de aquí. Podríamos dejar la ropa dentro y solo coger lo necesario.

—Además, mañana hará bueno, ¿no? —la apoyó Jojo—. Seguro que lo has

comprobado mil veces en la web de meteorología. No necesitaremos apenas nada.

Naomi intentó poner cara de ofendida, pero a quién quería engañar. Por supuesto que lo había comprobado: de hecho tenía en el móvil una maravillosa aplicación que le informaba del tiempo durante todas las horas del día. Aunque eso no hacía falta que lo supieran sus amigas, de forma que se rindió a su petición y dejó la ropa sin sacar.

—¿Vamos a cenar? —propuso Jojo—. He visto un sitio al pasar no muy lejos. Luego descansamos, ¡que mañana será un día muy emocionante! ¿Es aceptable mi plan, cadete Evans?

Ella se giró, sobresaltada. Jojo seguía recostada en la cama, con los brazos cruzados por encima de su pecho, observándola con expresión inocente. Resoplando, Naomi agarró su cazadora y salió de su habitación para ir a tocar en la puerta de los chicos.

Estos no tardaron en salir al escuchar la palabra «comida», así que poco después estaban sentados en el local más cercano, estudiando el plano del parque Canobian con precisión.

—El aparcamiento es gratis —comentó Tyler—. Así que podemos llevar una bolsa común con las toallas, los trajes de baño y alguna camiseta para después. —Guardó silencio unos segundos y, después, miró a Cam—. Vale, una bolsa común para nosotros cuatro y una entera para ella.

—Gracias, gracias —se burló ella—. Parece que empiezas a conocerme después de años.

—Aquí tenéis, chicos. —La camarera apareció con una bandeja repleta de comida—. El especial Salem. Espero que lo disfrutéis, y también del parque, nos encanta recibir visitas de gente joven.

Repartió todo antes de guiñarles un ojo, y Naomi se quedó mirando la bandeja con cierto recelo.

—Qué patatas tan raras —murmuró, al ver que la guarnición del pollo frito consistía en un par de gofres con mucho sirope de arce por encima.

—El sirope de arce es el producto típico de la zona. Si queréis, antes de llegar a Boston creo que hay una granja donde lo fabrican que se puede visitar —comentó Leo, y alzó la vista al ver que todos estaban mirándolo—. ¿Qué? Vale, sí, ya sé que soy un contenedor de información inútil, ¡pero es lo que hay! Mientras andemos por la zona tened claro que vais a comer arce con arce.

Tyler dio un sorbo a su refresco y tragó con dificultad.

—Creo que lo echan hasta en la bebida —murmuró.

—Pues a mí me gusta —dijo Jojo, que intercalaba bocados de pollo con mordiscos de gofre dulce.

—Tú no cuentas, estás fatal. —Tyler desplegó de nuevo el plano—. Vale, a ver, ¿entonces nos levantamos sobre las nueve para estar allí a la hora de apertura? Y después...

—Mira —dijo Naomi—, si vamos un rato antes, nos ahorraremos la cola en taquillas. Y lo mejor sería probar todas las atracciones de agua por la mañana, si lo hacemos por la tarde habrá que esperar para hacer la digestión, serán dos horas perdidas. Además, así se nos secará la ropa y quizás ni tengamos que volver a la furgoneta para cambiarnos.

Tyler se acarició la barbilla, mientras los demás procesaban sus palabras al mismo tiempo que masticaban, todos pensando lo mismo: lo cómodo que era hacer planes con Naomi, ya se preocupaba ella de los detalles.

—¿Algún problema? —preguntó la pelirroja, aunque solo lo hacía por costumbre.

Nadie puso pegas, así que el resto de la conversación se centró en las atracciones del parque, y en lo raro que resultaba que un noventa por ciento de la comida supiera a jarabe de arce. Leo incluso apuntó algo en su libreta al respecto, pero se negó rotundamente a explicarles qué.

Después se fueron a sus habitaciones, y Naomi se despidió de Tyler con un casto y corto beso en los labios. Lo podía atribuir a tener a sus amigos cerca, pero ya hacía tiempo que no eran demasiado apasionados el uno con el otro. Suponía que era por el tiempo que llevaban juntos; esperaba que una vez en California, volvieran a ser los de antes.

Durmió mal, como siempre que estaba en una cama que no era la suya, y antes de que sonara el despertador ya estaba en pie. Se duchó, evitando así tener que esperar después a sus amigas, y luego cogió el móvil para distraerse hasta que ellas estuvieran listas. Un solo mensaje, que decía: «Hola, ¿qué tal el viaje? Yo aburrido».

Naomi borró el mensaje al momento, y cerró el móvil, acariciando la tapa con los dedos. No podía permitir que aquel asunto se le fuera de las manos, de ninguna manera. Ni siquiera podía llamarlo «asunto», puesto que no había hecho nada; no obstante, reconocía el coqueteo y la sensación que este producía. No podía continuar, era una chica emparejada y le ocasionaba remordimientos.

—A nadie le amarga un dulce —escuchó la voz de Cam junto a ella, y levantó la vista, sobresaltada.

Era imposible que nadie pudiera saberlo, ¡no había nada que saber! No eran más que miradas furtivas en una biblioteca, unos cuantos e inocentes mensajes de móvil. Se puso colorada y lanzó el teléfono a su bolso.

—¿Qué? —balbuceó.

—Que si quieres de esta cosa. —Cam le alargó una especie de barrita de caramelo—. Las han dejado en la mesa, como cortesía del hotel. Adivina de qué están hechas.

—No me lo digas. —Naomi se tragó su nerviosismo y saltó de la cama—. No, gracias, no quiero que me dé un subidón de azúcar. ¡Jojo, espabila, llegaremos tarde!

La oyó protestar desde el interior del baño, usando excusas como que estaban de vacaciones y que no fuera tan rigurosa, mientras Cam la observaba desconcertada. Y aunque Naomi puso todo su empeño en comportarse con normalidad, se conocían desde hacía tanto tiempo que supo que en algún momento de ese viaje le tocaría responder alguna pregunta incómoda. Pero se conformaba con que no fuera en aquel, y sus plegarias surtieron efecto cuando oyeron golpes en la puerta.

—Ya voy yo —carraspeó Cam, pasando por su lado para abrir.

—Buenos días —saludó Leo con una sonrisa—. Hemos ido hasta la cafetería para no perder tiempo, así que... ¿a alguien le apetecen tortitas de sirope de arce con sirope de arce por encima?

—Ten cuidado tú, no vaya a ser que acabes con el sirope en la cara. —Cam pasó por su lado meneando la cabeza.

—Tú tranquilo, Leo. —Jojo cogió el plato de tortitas—. Yo me las como, no sufras por estas desagradecidas.

El parque del lago Canobie era enorme, pero Naomi había calculado los tiempos a la perfección; incluso había investigado las atracciones con más horas de espera, de modo que su estrategia de ir en una dirección cuando el resto del universo tomaba otra funcionó a las mil maravillas.

—Madre mía. —Jojo estrujaba su pelo para eliminar el agua que se había llevado consigo al bajar del *Boston tea party*, sin quitar los ojos de un Tyler que se aproximaba a ellas mientras se sacudía la cabeza—. A veces te odio, Naomi. No sé cómo no se te caen los ojos con esos pectorales.

La pelirroja miró a su novio, sin ver nada fuera de lo común. Pero sus dos amigas no parecían compartir su indiferencia.

—No es para tanto —comentó, cogiendo una toalla para secarse—. Ayúdame, Cam. Dile que no es para tanto.

—Ni loca... encima de esos abdominales me comería hasta el sirope. — Jojo soltó una carcajada, chocando su mano. Cam iba a seguir la broma, pero al ver la cara de la pelirroja decidió dejarlo—. ¿Qué es lo que pasa, Naomi?

Esta se encogió de hombros.

—Mirad, siento ser yo la que os diga esto, pero es lo que tienen los noviazgos, ¿vale? Todo pierde su encanto pasados los años. —Puso cara de pena—. Y ya sé que es horrible y que masacra vuestra idea de pasión salvaje por siempre jamás, pero... es la cruda realidad.

Jojo frunció el ceño.

—Joder, relájate un poco, tía. Estamos de broma.

Naomi se dio cuenta de que Cam volvía a mirarla con una expresión curiosa, y por una vez se alegró de que los chicos llegaran hasta ellas. Calados hasta los huesos, pero sonriendo, y es que la adrenalina los ponía de buen humor. La testosterona, seguro, y a ella le vino de perlas porque aprovechó para hablar de la comida mientras repartía toallas.

—Yo me encargo de eso. —Jojo se levantó de un salto—. Solo decidme qué queréis, así me doy una vuelta hasta los baños.

—¿Tendrán arce? —preguntó Leo, con cara divertida.

—¿Arce con arce? —bromeó Tyler.

—Sí, trae arce. Creo que todavía no hemos comido suficiente... —Naomi al fin empezó a relajarse.

—Iré contigo —se ofreció Leo—. Tengo entendido que esperar la cola de la cantina es la atracción más arriesgada de todas, con esos niños embadurnados de arce corriendo de acá a allá...

Jojo se colgó de su brazo, prácticamente arrastrándolo en dirección a la cantina Poncho. Cam aprovechó que Tyler se había alejado para cambiarse la camiseta y se dejó caer al lado de Naomi, que la miró de reojo.

—¿Va todo bien? Te noto rara, muy susceptible. Esta mañana, en la habitación, has pegado un brinco y te has puesto roja como un tomate. No soy tonta, Naomi, tenías una cara de culpabilidad aplastante.

Naomi se mordió el labio. Bendita Cam, observadora como pocas. Noventa y nueve de cada cien amigas no se hubiera fijado tanto en los detalles, pero ella sí, y seguramente por eso la consideraba su mejor amiga. A veces no necesitaban hablar para comunicarse, pero en ese momento Naomi no estaba preparada para analizar nada.

Se encogió de hombros, sin pretender justificarse ni tampoco mentir.

—Me siento confusa —admitió en voz baja, sin perder de vista a Tyler—.

Pero no digas nada, por favor, ni siquiera sabría explicarlo.

—Entiendo. Pero ya sabes que si necesitas hablar, o lo que sea... —Cam le apretó la mano con una sonrisa.

Naomi correspondió a su gesto, asintiendo. Tarde o temprano tendría que hacerlo, muchas veces su amiga la ayudaba a clarificar sus ideas, o le daba puntos de vista que ni siquiera había contemplado. Pero primero debía aclararse ella sola.

Tyler regresó, vestido con ropa seca, y se frotó el estómago, señal inequívoca de que tenía hambre.

—Está siendo un día perfecto —comentó, sentándose junto a las dos chicas—. ¿No creéis?

Capítulo 3

Salem, Massachussets: Time of the season

LEO

*It's the time of the season
When love runs high
And this time, give it to me easy
And let me try with pleased hands.
«Es el momento de la estación
Cuando el amor se hace notar
Y esta vez, dámelo tranquilamente
Y déjame probar con manos placenteras».*
(The Zombies, perteneciente al álbum *Odissey & Oracle*).

Cómodamente estirado en dos asientos de la parte trasera de la furgoneta, Leo observaba el ir y venir del paisaje compuesto por bosques verdes y naturaleza en plena armonía. Salem tan solo estaba a una hora de New Hampshire, quizá algo más si encontraban tráfico, y con Naomi al volante ese tiempo podría reducirse de manera drástica. Pero Jojo ocupaba el asiento de copiloto, y mantenía a la pelirroja distraída con su incesante charla, así que no parecía probable.

Giró la cabeza a tiempo de ver cómo Tyler abandonaba la partida de cartas que jugaba con Cam para quedarse escuchando la canción que sonaba en aquel momento.

Leo la identificó con rapidez: *Time of the season*. Puesta estratégicamente por Cam.

—Un momento. Ese *pendrive* es mío, ¿cómo es posible que tu música haya ido a parar ahí? —comentó el chico, perplejo.

—Ni un solo *pendrive* entra en ningún vehículo sin haber pasado antes por mis manos —se burló ella, y dejó sus cartas boca arriba—. Y has perdido otra vez. Ya van cinco, si quieres te enseño a jugar bien. O solo a jugar.

—Sarcasmo, siempre sarcasmo. —Tyler apartó las cartas de sí, irritado, y dejó caer su gorra hasta que le tapó los ojos—. Voy a intentar dormir un rato.

Cam le dio unas palmaditas fraternales en el hombro, y abandonó su asiento para ponerse junto a su amigo. Leo tenía su inseparable libreta encima del estómago, preparada porque esperaba tener alguna idea maravillosa e inspiradora mientras recorrían Salem. Según el mapa que ya se había

estudiado dos veces, lo mejor era ver primero el pueblo, después la casa de las brujas y, por último, el bosque. Era lo que más alejado estaba, pero también donde realmente esperaba que se pusiera en funcionamiento su imaginación. Su impulso de escritor se marinaba en escenarios diferentes o en circunstancias extrañas, y aunque solo fuera otro bosque más, esperaba que estuviera impregnado de la esencia del pasado.

No se sentía muy hablador, algo que tampoco era raro en su persona, y Cam respetó su silencio limitándose a ponerse el Ipod mientras tarareaba en voz baja. Mejor, a veces se sentía incómodo, como si su amiga pudiera escuchar lo que su cabeza maquinaba. Sabía que era una tontería, pero no podía evitarlo, y prefería que ella supiera lo menos posible de lo que le pasaba por la mente.

Porque Cam era su mejor amiga desde hacía mil años, pero estaba rara. No en exceso, no como para que la gente se sentara a coger su mano y preguntarle qué le ocurría, pero lo suficiente como para que él lo notara. Desde hacía unas semanas, pasar tiempo a su lado parecía suponer un esfuerzo enorme para la chica, y por más que repasaba cualquier metida de pata que pudiera haber tenido, no se le ocurría ninguna. No había sucedido nada digno de mención. O nada que Leo supiera, aunque siempre recordaba las palabras que Tyler le dijo en una ocasión: «Amigo, lo que para ti no es nada, para una chica es motivo de enfado». Y claro, Tyler sabía de lo que hablaba.

En una ocasión había hecho una tentativa de preguntar si había algún problema, pero Cam se apresuró a negar con la cabeza y a cambiar de tema. Después trató de buscar algún momento en que estuvieran solos para insistir, y con sorpresa, se dio cuenta de que era casi imposible. Curioso para dos amigos que habían pasado horas y horas solos charlando. Curioso hasta que se dio cuenta de que Cam hacía lo imposible por que esa situación no tuviera lugar.

Dejó de intentarlo, rindiéndose a lo evidente: que ella no quería comunicarse. Estaba poniendo distancia, y no entendía el motivo. El cerebro le daba lo suficiente para saber que quizá estaba relacionado con la creciente partida de ambos hacia universidades lejanas entre sí, pero aun así... ¿tenían que dejar de ser amigos solo porque vivirían a muchos kilómetros el uno del otro? Existía el correo ordinario, el correo electrónico, Skype, los billetes de avión, las vacaciones de Navidad.

Ojalá la hubieran aceptado en Berkeley. La vida era más luminosa con Cam a su lado, y era una de las pocas personas que lo conocía de verdad. Para el resto del mundo, Leo Carter no dejaba de ser un joven introvertido, de lengua

afilada, y con ese aire bohemio que caracterizaba a las personas que destacaban en alguna cosa, en su caso las letras. Pero para Cam, era mucho más que eso. O al menos así había sido hasta hacía poco, ahora ya no lo tenía tan claro. Desde luego, ese viaje parecía la oportunidad perfecta para intentar que se sincerara con él, bastante tenía pensando que la iba a perder en su día a día para encimar batallar con comportamientos absurdos.

La furgoneta se detuvo de golpe, haciendo que casi se cayera de los asientos.

—¡Lo siento, lo siento! —Escuchó gritar a la pelirroja—. ¡Dadle las gracias a esta, me ha distraído tanto que por poco me salto la entrada!

—Genial —refunfuñó Cam, recogiendo su Ipod, que había salido disparado por los aires para aterrizar en el suelo. Recogió también la libreta de Leo, que había seguido la misma trayectoria que su aparato musical, y la agitó ante su rostro—. ¿Crees que debo devolvértela, o me la quedo por si acaso su contenido termina valiendo millones?

—Oye, no bromees con eso, que podrías tener material sensible en tus manos.

—Ah, ¿sí? —bromeó ella, poniéndose en pie y abriéndola al instante—. Veamos qué es esto que escribes con tanto misterio...

—¡Cam! —Leo saltó a toda velocidad para ir detrás, mientras la chica salía corriendo de la furgoneta para que no la alcanzara—. ¡Ven aquí! ¡Esto es violación de intimidad, no sé si lo sabes! ¡Tiene penalización en el libro del mejor amigo!

Cuando al fin llegó a su altura, jadeando, ella también se había detenido y mostraba una mueca burlona en la cara.

—Madre mía, tú y tu letra de médico —dijo, cogiendo aire—. No podría curiosear nada ni aunque fuera tan mala amiga como para querer hacerlo. —Y se echó a reír, lanzándole la libreta.

—¿Se puede saber qué diantres te pasa? No paras de tocarme las narices...

Se calló de golpe al notar que Cam había dejado de reírse, y observaba a su alrededor sin perder detalle. Ante ellos tenían la casa de las brujas, alta e imponente, con su antiguo diseño en madera; las ventanas tenían luces, y aunque algunas personas salían de ella, no parecía haber muchas visitas. Leo la recorrió con la mirada, impresionado. Había visto fotos, muchas en realidad, pero estar delante no era lo mismo en absoluto, y supo que disfrutaría más de esa parte del viaje que de la que acontecería en los parques de atracciones.

—¿Veremos algo interesante ahí dentro?

Tyler se materializó a su lado, y apoyó un brazo en su hombro mientras las chicas llegaban hasta su altura.

—Bueno, la visita es guiada, pero esto no deja de ser una casa donde vivieron algunos de los acusados —comentó Leo—. Lo mejor sería ir al museo de las brujas, allí hay una buena recreación de todo lo sucedido en la época, lo mismo que el bosque. La verdad es que creo que todo el pueblo está vinculado a aquellos acontecimientos, y será difícil no encontrar mil señales.

Todos asintieron al mismo tiempo.

—Gracias, cerebritito. —Naomi le revolvió el pelo—. No sé qué haríamos sin tus tostones informativos. —Lo adelantó sonriendo—. Al museo, entonces.

Tyler se encogió de hombros, poniéndose en marcha para alcanzar al resto mientras Leo ponía cara de frustración.

—¡Pues que seguiríais siendo unos incultos! —protestó.

Sacó un par de fotos a la casa y echó una pequeña carrera para unirse a los demás. Naomi les llevó hasta el centro de visitantes, donde vieron una película gratis informativa, cogieron unos cuantos planos e información de la zona y después comenzaron un recorrido por el pueblo siguiendo las líneas rojas del suelo, que servían de guía a los visitantes y recorría las zonas más importantes del lugar.

Leo revisaba los folletos mientras caminaban, explicándoles al resto lo que estaban viendo mientras sacaba fotos aquí y allá. Para comer, cogieron unos sándwiches de *chop suey*, típicos de allí, y se fueron hasta el parque Salem Common para hacer un picnic.

El lugar estaba lleno de turistas, pero encontraron una zona con sombra bajo un árbol y se acomodaron, comentando lo que habían visto hasta ese momento.

Leo dio un mordisco a su sándwich, mirando a sus amigos. Todos reían de algo que Jojo había dicho, pero que él no había llegado a oír, distraído por sus propios pensamientos. A veces le ocurría que estaba en medio de una charla y le sobrevenían ideas, y se sorprendía fantaseando historias. Al final tenía que sacar su libreta y apuntarlas, porque ya había aprendido por experiencia que si no lo hacía, para cuando llegaba a su casa o se ponía en el portátil, era demasiado tarde. Incluso dormía con ella en la mesilla de noche, por si despertaba en medio de un sueño. Aunque la mitad de las veces, al día siguiente, ni él mismo entendía lo que había escrito con su «letra de médico».

Sacó el cuaderno y escribió un par de líneas con rapidez.

—¿Cuál es el plan de la tarde? —preguntó.

—Nos queda el puerto, los cementerios... El bosque podemos verlo al irnos —contestó Naomi, revisando la lista de lugares importantes escrita en un folleto, donde iba tachando los que ya habían visitado.

—¿Cementerios? —repitió Cam, fingiendo un escalofrío—. ¿En serio vamos a ir a ver cementerios?

—Podemos ir solo al Charter Street Burying Point —sugirió Leo, revisando sus apuntes—. Es el más antiguo de Massachusetts, y tiene las tumbas de uno de los jueces del juicio de Salem...

— ... merecido se lo tiene —terminó su amiga.

—Mujer, vivo no iba a seguir. —Se rio Tyler.

—Una víctima del Mayflower —continuó Leo, como si no la hubiera oído—, el arquitecto Samuel McIntire...

—Vale, vale, no tengo ni repajolera idea de quién es ese tipo, pero si a ti te hace feliz... —interrumpió Cam, con una sonrisa.

Leo se quedó mirándola unos segundos, pero la chica apartó la vista para hablar con Naomi. Él volvió su atención a los papeles de información, preguntándose de nuevo qué ocurría con Cam.

Aunque entonces, le sobrevino otro pensamiento aún más perturbador: ¿y si el que estaba raro era él, y no ella?

Alzó la cabeza para mirarla de nuevo, y se dio cuenta de que, efectivamente, no la veía de igual manera que en los comienzos de su amistad. Y hacía un par de años que esa sonrisa suya le causaba aquella extraña sensación en el estómago, ahora parecía más fuerte. ¿Sería por el hecho de saber que en un par de meses dejarían de verse tan a menudo? Porque por mucho que quisieran mantener su amistad, sabía que iba a ser complicado. No solo con ella, sino con todos.

Entonces, ¿por qué no sentía aquel nudo cuando miraba a Jojo o a Naomi?

—¿Estás bien, tío? —preguntó Tyler, dándole un ligero codazo.

—¿Qué? —Lo miró—. Sí, ¿por?

—Te has quedado mirando al vacío un buen rato.

—Ah, eso, sí. —Hizo un gesto con la mano hacia su cabeza—. Ya sabes, las ideas.

Tyler no parecía muy convencido, pero no insistió. Terminaron de comer y continuaron con su visita por Salem.

Capítulo 4

Boston, Massachussets: We can work it out

TYLER

*Life is very short, and there's no time
For fussing and fighting, my friend
I have always thought that it's a crime,
So I will ask you once again.
«La vida es muy corta, y no hay tiempo
Para enredar y pelearse, amigo mío
Siempre he pensado que es un crimen
Así que te lo preguntaré otra vez».*
(The Beatles, del álbum *Past Masters*, volumen II).

Al final, después de visitar Salem, habían regresado al Holiday Inn de New Hampshire a pasar un par de noches más, para así poder visitar las granjas de arce al día siguiente y continuar hacia Boston después. Al principio Naomi había refunfuñado un poco por el cambio de planes, pero ella misma había calculado las vacaciones dejando unos cuantos días de más para imprevistos, así que al final buscó las dos más famosas y pasaron el día en ellas. Aquello les hizo comer y cenar tanto sirope que Tyler quedó empalagado para una buena temporada. Y menos mal que estaba de vacaciones, porque si hubiera hecho algo así durante el curso, su entrenador lo hubiera matado.

Después de la cena fue el turno de Jojo de conducir hasta Boston. Naomi iba a su lado, con su sempiterno mapa entre las manos, y cuando llegaron a la ciudad ya comenzaba a anochecer.

—Gira por aquí —le indicó.

—Ahí pone que es la zona universitaria.

—Sí, hay un montón de hoteles en la universidad de Boston.

Tyler dio un respingo en el asiento, y Leo lo observó con curiosidad. Tosió para disimular, y se puso a mirar por la ventana con atención. Pasaron por delante de varios edificios universitarios hasta llegar a un barrio donde la mayoría de casas lucía letreros con letras griegas en la entrada.

—Pues sí que hay hermandades —comentó Cam—. Solo de pensar en ellas me da pereza. No pienso meterme en ninguna.

—Ya somos dos —dijo Naomi.

—A ti no te aguantarían en ninguna —replicó Jojo, riendo—. Te pondrías a

dar órdenes por aquí y por allá y a poner normas. No, no te veo en una.

—Qué graciosa. Y tú, ¿qué?

—No voy a ir a ninguna tampoco. ¿Me meto por esa calle?

Tyler notó un tono extraño en su voz, aunque como él tampoco estaba en su mejor momento no lo podría asegurar. Leo siguió con los comentarios sobre las hermandades, hasta que llegaron a la zona donde estaban los hoteles. Dieron un par de vueltas hasta decidirse por un Cambria, y Jojo aparcó en la entrada.

Tras registrarse, tomaron una cena rápida en el propio restaurante del hotel, ya sin sirope como acompañamiento, y después se fueron a sus habitaciones.

Tyler se acomodó en la cama y cogió el mando de la televisión, buscando un canal de deportes, hasta encontrar uno que ponía un partido de baloncesto.

—¿Te importa? —preguntó, mirando a Leo.

—No, tranquilo, voy a buscar información sobre Boston. Seguro que Naomi ya tiene trazado el itinerario de la ciudad, pero así os podré dar el coñazo con tonterías históricas.

—Lo estoy deseando —replicó en tono burlón.

—Ya me echarás de menos cuando estés en California, tostándote al sol y disfrutando de tu beca. ¿Cómo va la búsqueda de un sitio para vivir? ¿Ya os habéis puesto de acuerdo?

—Sí, al final cogeremos un apartamento. Es pequeño, pero nos sobra. De otra forma, estaríamos en residencias diferentes y lejos el uno del otro. Y ese no es el plan.

Su tono al decirlo pretendía ser optimista, pero no estaba seguro de que le hubiera salido bien. Miró a Leo de reojo, pero este estaba concentrado en el móvil, así que cuando le contestó con un «genial», dedujo que lo había hecho bien.

Leo sacó un cuaderno de su mochila y un bolígrafo, y comenzó a escribir, mirando de vez en cuando su móvil.

Tyler dedujo que estaría tomando notas en el diario de viaje que iba a hacer, o ideas para alguna novela. Su amigo no se separaba de aquel cuaderno, que sacaba en los momentos más insospechados para escribir cosas. Volvió su atención al partido, aunque su mente no estaba del todo en el deporte en aquel momento. Debería estar feliz de poder estudiar Humanidades con una beca de deportes, además en la misma universidad que su novia y poder vivir juntos, algo de lo habían hablado a menudo desde que comenzaron a salir. Pero en algún punto del camino, esa ilusión había perdido parte de su brillo. No sabía

en qué momento había ocurrido, porque Naomi se comportaba igual que siempre. Y todo el mundo lo decía: hacían una pareja perfecta. Sus padres estaban encantados con Naomi, y su abuela no dejaba de decir lo guapos que serían sus bisnietos, que esperaba llegaran pronto porque, como le recordaba continuamente, ya tenía noventa años y no quería morir sin verlos. Así que, en teoría, todo era perfecto.

Pero claro, eso era la teoría. Porque la realidad era que Humanidades no era lo que más le atraía, no desde que en aquel último curso se apuntó a un programa de deportes infantiles para niños en riesgo de exclusión social, y lo que había comenzado como una actividad para ganar puntos de cara a la universidad, se había convertido en algo más. Pero para poder trabajar en algo así, la carrera adecuada era Trabajo Social, que no había en California, sino más cerca de Portland: en la universidad de Boston. Justo por donde acababan de pasar, de ahí su sobresalto. Lo había sabido por uno de sus compañeros del programa, que le había enseñado su solicitud de ingreso en la misma. Le había animado a hacer lo mismo, y guiado por un impulso que no sabía muy bien de dónde había salido, había cumplimentado la solicitud también y la había enviado por correo. Pero no se lo había dicho a nadie. No esperaba ni que le contestaran, pasadas unas semanas incluso se había convencido de que no había llegado a enviarlo. Sin embargo, unos días atrás había recibido la respuesta. El problema era que no había abierto la carta, aunque la llevaba guardada entre sus cosas en la maleta, sin estar seguro de querer saber qué le decían. Deseaba que le hubieran rechazado, para seguir así con su vida tal y como la había planeado con Naomi. Pero si le habían aceptado, tendría que decírselo, porque no estaba seguro de ser capaz de rechazar la oportunidad. Y no quería hacer eso, no quería tener que decirle a Naomi que tenía otras opciones. Tendría que romper la carta sin leerla, para poder quitarse aquel tema de la cabeza. ¿Cómo podía decirle a su novia que ya no quería ir a California? Sobre todo porque había sido idea suya ir a la misma universidad, y ya tenían planeada toda su vida juntos, su futuro. Quería demasiado a Naomi como para hacerle daño rompiendo sus sueños.

Aunque ya no estaba seguro de que ese amor fuera suficiente.

Se acomodó, pasándose la mano por el pelo con un suspiro. El beso que se habían dado antes de ir cada uno a su habitación, como todas las noches, decía mucho de su relación en los últimos meses, aunque el resto no se diera cuenta. Parecían estar tan acostumbrados el uno al otro que muchas veces pensaba que su relación era más de amigos que de pareja. Tenía la esperanza de que aquel

viaje los acercara de nuevo, o si no, la nueva vida en California lo haría.

O al menos, eso deseaba.

Tener tan cerca la universidad donde quería asistir lo tuvo intranquilo toda la noche, porque no pudo evitar dar vueltas al tema y mirar una y otra vez la maleta, donde llevaba la carta. Todo ello hizo que cuando se levantaran al día siguiente tuviera ojeras que no pasaron desapercibidas para Leo.

—¿No has dormido bien? —le preguntó su amigo, cuando lo vio salir del baño frotándose los ojos.

—No sé, el colchón no era muy cómodo.

—Si quieres cambiamos esta noche las camas.

—No, tranquilo.

Sacó su ropa de la maleta con un bostezo. Había esperado que la ducha lo despejara, pero no había sido suficiente. Al incorporarse, se encontró con que Leo estaba a su lado, mirándolo con sus inquisitivos ojos azules.

—¿Seguro que no te pasa nada más? —insistió.

Tyler desvió la mirada. Llevaban siendo amigos demasiados años, estaba claro. De otra forma, no se habría dado cuenta. Se puso una camiseta, y sacudió la cabeza con una expresión de contrariedad en el rostro.

—No sé qué decirte —contestó al fin—. Es... es complicado.

—¿Es por California? Supone un gran cambio, está claro. Vamos a empezar una etapa nueva, es normal que tengas dudas. Todos las tenemos a cierto nivel.

—Tú tienes claro lo que quieres ser, siempre lo has tenido. Te has puesto un objetivo, ser escritor, y vas a poner todos los medios para ello. Pero el resto... o yo, al menos, no.

—Pero si Naomi y tú... quiero decir, siempre habéis hablado de estudiar y vivir juntos, formar una familia después. Y tú tienes tu beca de deportes, para la que has trabajado muy duro.

—Sí, eso es cierto, pero...

Unos golpes insistentes en la puerta les interrumpieron.

—¡Chicossss! —Escucharon la voz alegre de Jojo llamándolos desde el exterior—. ¿Salís ya? Aunque si necesitáis ayuda para vestiros entramos encantadas, ehhhh.

—Ya vamos —contestó Tyler, poniéndose los pantalones.

Se giró hacia la puerta, pero Leo lo cogió del brazo antes de que llegara a abrirla.

—Luego seguimos hablando de esto —dijo.

—No te preocupes, no es nada.

Mostró una sonrisa que esperaba que no resultara muy falsa, aunque por la expresión de Leo supo que no lo había logrado del todo. Sin embargo, abrió la puerta y se unió a las chicas como si nada hubiera ocurrido.

Cogieron un autobús hasta el centro, y de nuevo su primera parada fue el centro de visitantes, donde Naomi hizo acopio de todo tipo de folletos.

—Me encantan estos sitios —dijo Jojo, dando saltitos a un lado y otro de una línea roja en el suelo—. Es como para tontos, oye, te pintan rayas en el suelo, y a seguirlas.

—Es el recorrido de la libertad —explicó Naomi—. El más eficiente, veremos los dieciséis sitios más relevantes de la ciudad.

—De los cuales Leo seguro que ya se sabe toda la historia —añadió Cam, guiñándole un ojo.

—Por supuesto —replicó él, sacando la lengua como respuesta.

Y empezó a hablar sobre el edificio que tenían delante. Tyler procuró escuchar, pero a los pocos minutos dejó de hacerlo, ya que entre los folletos que Naomi le había dado se encontraba una buena cantidad de información sobre las universidades.

—Qué edificio más bonito —dijo Cam, mirando el papel por encima de su brazo, sobresaltándolo.

—Ah, sí, bueno. —Abrió el folleto, que tenía en la parte delantera la universidad que él había solicitado—. Mira, aquí está el MIT.

Le entregó el folleto con rapidez, y se aproximó a Leo para escuchar lo que estaba contando en aquel momento. Menos mal que el resto de días que iban a pasar en Massachusetts era en parques, no tendría que pasar de nuevo cerca de la universidad y podría dejar de pensar en el tema.

Apenas pararon durante el resto del día. Boston era una ciudad con ambiente europeo, y poseía mucho encanto: desde la plaza central de Copley en el mismísimo kilómetro cero, pasando por la iglesia Trinity, cuyo estilo románico bostoniano había servido de influencia para el resto de iglesias, y sin olvidar la biblioteca pública de Boston. Con sus más de quince millones de libros, resultó un reclamo para Leo, que se empeñó en recorrerla entera. Más tarde deambularon por Back Bay, el barrio más exclusivo de Boston, lleno de mansiones victorianas del siglo XIX, mientras imaginaban cómo serían las personas que vivirían en ellas.

—¿Os imagináis vivir en esta zona? —dijo Tyler, señalando una—. ¿Cuánto puede costar una de estas? ¿Quinientos mil?

—No creo que encontraras nada por menos de ochocientos —murmuró

Naomi, sonriendo mientras se agarraba a su cintura—. Veo que me has salido con aspiraciones altas.

Tyler le dio un beso en la cabeza, apartando la vista de aquellas casas tan lejos de su alcance.

Comieron algo rápido en el distrito central, y la primera parte de la tarde la dedicaron a la senda marcada con la línea roja.

—¿Vamos a visitar Harvard? —preguntó Jojo, una vez finalizaron la caminata—. ¿O echamos un vistazo a tu futura universidad, señorita Cameron?

—El MIT, claro —comentó Leo con sarcasmo, pasando por su lado—. Lugar de reunión de los más altos cocientes del mundo, con prueba de acceso exclusiva incluida. Hasta tienen protocolo antisuicidios, con psicólogos que controlan a los alumnos. Cuánto pijerío.

Al darse cuenta de que todos lo miraban, se detuvo.

—¿Pasa algo, o es que simplemente no os apetece verla? —preguntó.

—No creo que tenga nada de particular que cualquier otra universidad no tenga. —Cam reaccionó con rapidez, girándose hacia los demás—. ¿Y si subimos al Mayflower y luego vamos a cenar a algún sitio decente?

El resto del grupo reaccionó apoyando la moción, y empezaron a moverse. Tyler se dio cuenta de que su amigo parecía tener la sensación de haberse perdido algo, porque lo miraba como si estuviera buscando alguna pista sobre qué había pasado, pero no podía ponerse a explicar delante de todos lo muy sarcástico que había sonado su tono de voz. A lo mejor no era solo de sus asuntos de lo que debían hablar, se dijo el chico, pensativo.

Sin embargo, cuando regresaron era ya demasiado tarde, y estaban tan agotados que solo lograron murmurar un tenue «hasta mañana» antes de desmayarse sobre las incómodas almohadas de aquel hotel perdido de Boston.

Capítulo 5

Fitchburg, Massachussets: The times they are a-changin'

JOJO

*Come gather 'round people
Wherever you roam
And admit that the waters
Around you have grown
And accept it that soon
You'll be drenched to the bone
If your time to you
Is worth savin'
Then you better start swimmin'
Or you'll sink like a stone
For the times they are a-changin'.*
«Vengan a reunirse aquí gente
Dondequiera que estén vagando
Y admitan que las aguas
A sus lados han crecido
Y acepten que pronto
Serán empapados hasta los huesos
Si tu tiempo para ti
Vale la pena salvar
Entonces empiecen a nadar
O se hundirán como una piedra
Porque los tiempos están cambiando»

(Bob Dylan, del álbum *They times they are a-changin'*).

El día en Boston había estado lleno de historia, subida incluida al Mayflower, pero Jojo ya estaba deseando continuar con la parte más divertida del viaje: los parques.

Y los dos siguientes prometían: primero irían al Great Wolf Lodge, el más famoso parque acuático del estado, y después al Six Flags, más al sur. Pasarían dos noches en el complejo del parque acuático, ya que resultaba más económico que ir a un hotel y comprar las entradas aparte. Además, el lugar tenía *spa* y atracciones interiores, así que tenían actividades de sobra como para dedicar un par de días al lugar.

Dejaron el coche en el aparcamiento para visitantes, y después de coger las llaves de las habitaciones, Naomi repartió un mapa del parque a cada uno de ellos.

—Vamos a dejar las maletas y nos vemos aquí en quince minutos, ¿de acuerdo? —dijo.

—Señor, sí, señor —contestó Jojo, haciéndole el saludo militar.

La pelirroja se dio la vuelta sin contestar a su broma, lo cual le extrañó un poco, pero no dijo nada y siguió sus pasos hasta el ascensor. El caso era que no sabía si era porque estaban todo el tiempo juntos o por ella, que estaba más atenta de lo normal, pero Jojo notaba a sus amigos extraños. Suponía que era por todos los cambios que se avecinaban en sus vidas: lejos de sus casas, de sus amigos, de todo lo que conocían. Era extraño pensar que era su último verano juntos: a partir de entonces, ya no estarían a una calle o dos de distancia.

Dejó su maleta sobre la cama con una sonrisa, eliminando aquellos pensamientos tristes de su cabeza. No iba con su personalidad, y pensaba aprovechar aquel verano al máximo.

—Estoy deseando subirme al tornado, ¿vosotras no? —preguntó, en tono alegre.

—Deseando, deseando, no sé si es la palabra —replicó Cam.

Se pusieron los bañadores debajo de la ropa, y cuando estaban a punto de salir por la puerta, sonó el teléfono de Jojo.

—Es mi madre —dijo ella, mirando la pantalla.

—Dale recuerdos de nuestra parte —dijo Naomi, mientras Cam afirmaba con la cabeza.

Jojo cogió la llamada.

—Dime, mamá —contestó.

—¿Qué tal todo?

—Muy bien, sin novedades. Hace buen tiempo, y me estoy tomando todas mis vitaminas. —Hizo un gesto de paciencia hacia sus amigas, que sonrieron—. Así que no tienes que preocuparte por nada.

—Lo sé, lo sé, es que te echamos de menos.

—Las chicas te mandan recuerdos.

—Dales un beso de nuestra parte. Y ya sabes, cuídate y...

—... mandaré fotos, sí —terminó ella—. Te dejo, que me están esperando. Un beso, mamá.

—Te quiero, cariño.

Jojo guardó el teléfono moviendo la cabeza.

—Tu madre y sus vitaminas —comentó Cam—. ¿Cuándo dejará de tratarte como si tuvieras diez años?

—Creo que nunca.

—Menos mal que irás a Brown y eso no está muy lejos de Portland —añadió Naomi—. Si llegas a irte a la otra punta del país como nosotros, con lo protectora que es, le hubiera dado algo.

—O se hubiera mudado conmigo —dijo Jojo, siguiendo con el tono jovial—. ¡Venga, vamos, que los chicos no están esperando!

Salió dando un par de saltitos, agitando sus trenzas rubias con emoción. Sin embargo, unos segundos después se dio cuenta de que las chicas no la seguían, así que retrocedió en silencio a tiempo de escuchar la voz susurrante de Cam.

—¿Es mi imaginación o Jojo parece estar de subidón de forma permanente? No me malinterpretes, ya sé que siempre ha sido un poco alocada, pero me recuerda a la jefa de animadoras chiflada de aquella serie que cancelaron.

—Sí. Es como una niña pequeña en una juguetería, todo parece entusiasmarle mucho. Y oye, este viaje es para eso, especial, pero... supongo que sabe que es nuestro último verano y quiere aprovecharlo.

—No es como que no fuéramos a vernos nunca más.

—Claro que no, lo sé. Encontraremos la manera de coincidir de cuando en cuando, pero ya sabes cómo son estas cosas.

Jojo decidió simular que no las estaba escuchando, y dio un par de palmadas con fuerza.

—¡Chicas, salid un momento! Os necesito para calmar los ánimos maternos —explicó, mientras sacaba su móvil—. Le mandaremos una foto para que vea que estamos bien, si no os importa.

Las dos jóvenes posaron con sus mejores sonrisas, y luego se pusieron en camino para encontrarse con los chicos en el Dunkin Donuts que había dentro de la zona de restauración. El parque Great Wolf no tenía una entrada demasiado espectacular, pero dentro no estaba nada mal: varias piscinas de olas, una externa, otra con bar incluido, restaurantes, un supermercado pequeño, y todas las comodidades que cabrían esperar de un lugar por el estilo, sin hablar de las atracciones acuáticas, la parte más interesante para todos. Ya solo el aspecto externo del tornado Howlin los dejó atónitos: todo su entramado retorcido de túneles de vivos colores prometía un viaje emocionante, con una ascensión que derivaba en una caída posterior sobre un embudo de seis pisos.

Cam se quedó mirando con el entrecejo fruncido, y después dijo:

—Cuatro personas por balsa. —Se encogió de hombros—. Os espero aquí mismo —añadió con una sonrisa.

—¿Tienes miedo? —Leo decidió pinchar un poco, para devolver alguna de las últimas estocadas recibidas por su parte.

—Somos cinco, uno sobra. Tampoco veo que nadie más se haya ofrecido, así que adelante, pelmas. —Los empujó sin perder la sonrisa.

—Bueno, iremos —aceptó Jojo—. Pero de la caída libre no te libras.

Jojo fue detrás de los demás, girándose una vez más para observar a su amiga. Cam ya estaba mirando la siguiente atracción, y por su cara no parecía hacerle demasiada emoción tirarse en caída vertical por un agujero para después sufrir un ángulo de trescientos sesenta grados a alta velocidad. Pero tal vez era lo que necesitaba, algo que no le diera tiempo a pensar, solo a decir *wow*.

El tornado no la decepcionó en absoluto. Ninguno se asustaba de las alturas ni nada parecido, pero había que reconocer que ser soltados por un embudo, sentados en una balsa y sujetos solo con las manos, disparaba la adrenalina.

Aterrizaron calados de arriba abajo y ligeramente excitados. Los chicos quisieron repetir la experiencia, así que los dejaron en ello mientras iban en busca de Cam, que ya aguardaba turno en el *wolf tail*, un tobogán vertical con una caída libre de veinte metros donde entrabas en una cápsula y eras dejado caer por una trampilla que se abría bajo tus pies. De nuevo, la idea era excitante y al mismo tiempo inquietante, pero eso no los iba a disuadir de tener la experiencia.

—Y pagar por esto —murmuró Cam, mientras observaba a sus amigos escurrir el agua de su pelo y ajustarse los bañadores.

Todas llevaban bañadores cerrados; para informarse sobre el parque habían visto varios videos en internet, y en muchos de ellos, cuando las chicas aterrizaban sus biquinis habían salido volando durante el recorrido. Conclusión: mejor parecer nadadoras profesionales que adolescentes de borrachera en Cancún.

—¿Qué tal el tornado? ¿Y los chicos? No me digas que alguno se ha dejado la dentadura durante el recorrido.

—Se han vuelto a tirar. —Sonrió Naomi—. En cuanto a la experiencia, imagina que te deslizas por el fregadero de la cocina. Dadme un minuto, tengo que ir al lavabo.

Naomi las dejó solas, momento que Jojo decidió aprovechar para tocar a Cam en el brazo y que así esta dejara de mirar los papeles con expresión aprensiva.

—Oye, no me contestes si no quieres, pero... ¿va todo bien entre Leo y tú?

—¿A qué te refieres? —Cam pasó de estar nerviosa a estupefacta en segundos, olvidando la atracción que tenía delante.

—No sé, estáis raros, y pensé que a lo mejor habíais discutido —aventuró Jojo, sin saber muy bien en qué dirección encaminarse—. Además, ayer se le notó mucho que no le emociona la idea de que estudies en el MIT. ¿Habéis hablado de esto?

—¿De qué? Leo se va a Berkeley, y yo a Boston... no sé qué hay que hablar.

Jojo la observó unos segundos buscando sus ojos, pero su amiga parecía no querer sostenerle la mirada. Sin embargo, la rubia no bajó la suya, y finalmente Cam resopló, encogiéndose de hombros.

—¿Qué?

—Mira, mándame a la porra si quieres, o dime que me meta en mis asuntos, pero con tus notas y tu cociente, que me aspen si no te han aceptado en más universidades aparte del MIT. Apostaría a que Berkeley fue una de ellas.

La morena miró alrededor, asegurándose de que no se aproximara ninguno de sus amigos. Luego intentó serenar su expresión facial, consciente de que aquella conversación podía sacarla de su zona de confort.

—¿Tengo razón? —insistió Jojo, aunque no necesitaba confirmación verbal, ya que la mirada huidiza de Cam resultaba esclarecedora—. Lo sabía. ¿En cuántas universidades te han aceptado?

—En todas.

—Te aceptaron en todas —murmuró Jojo, sin entender nada—. Y entonces, ¿por qué no has decidido ir a Berkeley con Leo? Me refiero a que el MIT es excelente, claro, pero al menos allí tendrías a tu mejor amigo. ¿O es que eso te da lo mismo?

—Mira, no es tan sencillo... —empezó a decir Cam, con tono de disculpa.

Jojo abrió la boca, dispuesta a seguir su interrogatorio, pero tuvo que guardar silencio al ver cómo los chicos se acercaban hacia ellas. Empapados, pero con una sonrisa de felicidad en sus caras tan amplia que era imposible no contagiarse de ella.

—Cómo sois los chicos. —Jojo sacudió la cabeza, divertida—. Os dan una balsa y un poco de agua y os retrotraéis en el tiempo hasta los cinco años.

—Eso es porque no quedan muy lejos de esa edad —dijo Cam, entre risitas.

—¿Sabes una cosa? —dijo Tyler, acercándose a ella—. Estás muy seca, ¡vamos a solucionar eso!

La levantó con un brazo como si no pesara nada y desapareció con ella camino a la piscina más cercana mientras Cam protestaba con una mezcla de

indignación y carcajadas. Naomi se cruzó con ellos, pero no hizo ademán alguno de ayudar a su amiga, sumándose a la sonrisa general que había producido la situación.

—Bueno, ya tengo todo pensado —dijo, cuando se unió a ellos—. Ahora subiremos aquí, y después podemos echar un ojo al Alberta falls, porque el fuerte McKenzie es para niños pequeños. Y luego...

Mientras hablaba, Leo cogió el mapa disimuladamente de la mochila y lo tiró en la papelería que tenía detrás. Jojo estuvo a punto de reírse, pero consiguió controlarlo para así poder fingir que prestaba toda su atención al itinerario de Naomi. Cuando esta se adelantó para ver cómo iba la cola, chocó su mano con la de Leo.

—¡Bien hecho!

—Estoy harto de escucharla hablar como si fuera un militar dando órdenes —comentó él—. A ver si eliminando los mapas de la ecuación se divierte un poco.

—Podríamos tirar el resto también —propuso Jojo—. Ya sé que nos matará, porque hacer viajes largos sin mapa es una locura, pero tampoco estamos en el Amazonas, ¿no? Casi parece que lo haya tomado como una misión, quiero que se relaje y disfrute... es la última vez que vamos a estar juntos de esta manera.

Leo alzó la mirada.

—Vaya, gracias, Jojo. Eres cojonuda animando a la gente.

—No tiene sentido camuflar la realidad. A partir de septiembre cada uno estará en un punto diferente del mapa, tendremos suerte si conseguimos reunirnos en Navidad. No sé tú, pero me entristece mucho pensar si no volveremos a vernos.

—Por Dios, nos vamos a la universidad, no al más allá...

—Yo solo digo que nunca se sabe, y que hay que disfrutar el momento. No deberíamos guardarnos nada, cualquier cosa que tengamos dentro o queramos decirnos, adelante.

Leo se cruzó de brazos, intrigado.

—Está bien —repuso—. Entre tú y yo, siempre he pensado que tu manera de vestir era un poco extravagante. Ya sabes, todo ese rollo del uniforme escolar a tu edad tiene un regusto raro, pero aparte de eso...

—¡No me refería a mí, idiota! —Trató de pegarle en la cabeza, pero Leo se escurrió, sorprendido ante su arrebato.

Jojo refunfuñó, exasperada ante el comportamiento de sus amigos. Ya tenía claro que no estaban normales, pero esperaba que pudieran hablar de ello con

libertad en algún momento del viaje. Aunque ahora le tocaba pensar en temas más inminentes, como la idea de meterse en una cabina y ser soltada al vacío. La cola había pegado un buen avance, y Tyler y Cam regresaban, esta vez mojados los dos y riéndose.

—Eres un neandertal —fingía regañarle ella—. ¡No hacía falta que me llevaras colgada al hombro como si fuera un saco, hubiera ido sola!

—Pero entonces perdía la gracia —se burló Tyler—. Además, no desentonabas mucho en esa piscina para críos, pequeñaja... seguro que mucha gente ha pensado que eras mi hermana pequeña.

—Ja, ja, ja. No sé si reír o llorar.

—Nos toca —anunció Jojo, empujándolos hacia la entrada.

—¿Y mi mapa? —iba diciendo Naomi, mientras revolvía en la mochila—. ¡Pero si juraría que estaba dentro de la bolsa! Ahora nos perderemos por el parque.

Ninguno le prestó atención, solo Jojo intercambió una mirada de complicidad con Leo justo antes de empezar a subir la escalera que llevaba al wolf tail; muchos escalones, como pudieron comprobar cuando llegaron arriba, agotados y jadeando.

—Creo que esto lo hacen para que perdamos las energías por el camino —murmuró Leo, una vez terminaron de subir—. Así no te lo piensas.

Tyler fue en primer lugar, y todos observaron cómo se metía en la cabina mientras el encargado daba instrucciones; se iniciaba una cuenta atrás, y después pulsaban un botón que abría la trampilla bajo sus pies. El chico desapareció de repente, dejándolos ligeramente conmocionados.

—Oh, Dios mío —murmuró Cam—. Es muy vertical, ¿no? —Se aproximó al chico del mando y le tocó el brazo—. ¿De cuánto es la caída?

—Veinte metros —contestó él—. Puedes bajar por donde has subido si has cambiado de opinión o te encuentras mal. Le pasa a mucha gente, se echan atrás al llegar arriba y ver la altura.

Cam tragó saliva mientras veía a Naomi entrar en la cápsula sin ninguna vacilación. Su amiga era tan valiente, nunca se cuestionaba nada... solo actuaba, de frente, sin miedo. Ojalá se pareciera más a la pelirroja, pero eran diferentes en todo.

Con un estremecimiento, observó como la chica era succionada hacia abajo y desaparecía entre gritos de entusiasmo.

—Ahora tú. —El encargado señaló a Leo, que lo siguió sin rechistar—. Por favor, quédate pegado contra la pared todo lo posible. Barbilla mirando hacia

abajo, las piernas cruzadas en los tobillos y los brazos cruzados en el pecho. La piscina de aterrizaje tiene aproximadamente dieciocho metros de profundidad, pero debes salir nada más llegar.

Leo afirmó, sin parecer preocupado, y una vez dentro alzó el pulgar para mostrar que todo iba bien. Cam experimentó una pequeña dosis de ansiedad, igual que cuando te encontrabas en la montaña rusa en plena ascensión y te afanabas en ajustar bien las barras protectoras por si acaso. Algo debió reflejarse en su cara, porque su amigo le guiñó un ojo con una sonrisa, tan solo un segundo antes de caer.

—¿Eres la siguiente? —El chico que controlaba la atracción la miró, interrogante.

Jojo se acercó al notar su vacilación.

—¿Quieres bajar? Voy contigo si has cambiado de opinión —le dijo, en tono cariñoso—. Pero Cam... a veces es bueno perder el control.

—No sé si quiero hacerlo.

Dado que habían hecho cantidad de actividades que implicaban alturas, Jojo sabía que la morena no tenía ningún miedo respecto a eso, de modo que dedujo que era un problema más profundo, a otro nivel. Dejarse caer implicaba confianza, y aquel tobogán quizá representaba para Cam algo más que una atracción en un parque. Así que no podía decir nada para que cambiara de opinión, solo esperar, y eso hizo durante dos minutos que parecieron interminables, hasta que la chica sacudió los hombros.

—Allá voy —anunció, mientras escuchaba las instrucciones otra vez de boca del encargado.

— ...debe salir nada más llegar. Este es un viaje emocionante, experimentarás aceleración y desaceleración mientras viajas hacia delante y de lado a lado. Permanece en posición de conducción, y no te detengas durante el viaje.

—Vale. —Ella tragó saliva, buscando apoyo en su amiga.

Jojo levantó el pulgar, tal y como había hecho Leo minutos antes. Sonrió a Cam a través de las paredes de plástico de la cabina, intentando transmitir tranquilidad y confianza.

A la frágil, dulce e inteligente Cam no debía resultarle nada sencillo lanzarse al vacío sin más. La comprendía, pero era lo mejor que podía hacer.

La vio marchar, sintiendo una opresión en el pecho. Aquello era solo un adelanto de lo que iba a experimentar en mes y medio, cuando abandonaran Portland. Los perdería a todos, uno a uno, y para alguien que nunca había

tenido muchos amigos, resultaba duro de tragar.

Siendo hija de militar, Jojo estaba acostumbrada a viajar de un sitio a otro. Ser la nueva en todas partes se había convertido en una sensación familiar, al igual que no formar lazos afectivos con nadie. Cuando finalmente se habían instalado en Portland, con su padre destinado en Maine de forma fija, Jojo había encontrado por sorpresa su lugar en un grupo. Su grupo, sus chicos. Desde el primer día en el instituto, cuando el único asiento libre en clase estaba al lado de una bonita morena con verdes ojos de gato y labios voluptuosos.

Cuando el único sitio en el comedor había sido junto a una pelirroja de rostro pecoso y gesto determinante que decía «siempre me salgo con la mía».

Cuando el único sitio libre en la biblioteca había sido junto a un moreno cuyas gafas ocultaban unos ojazos azules y le otorgaban un aire intelectual que en él resultaba natural.

Cuando el único sitio libre en el aparcamiento había sido junto al coche de un atleta guapo como una estrella de cine, con una simpatía y cercanía inusual para alguien con su estatus.

Ahora que estaba sola, sin las miradas de nadie sobre ella, pudo pensar en Tyler con tranquilidad. Recordar esas facciones que tanto le gustaban, como a otras trescientas chicas que habían suspirado por él durante los años de instituto. No era solo su evidente atractivo físico, sino todo lo demás: era accesible, comprensivo, sabía escuchar. Su sonrisa iluminaba el día más gris, sus chistes malos arrancaban sonrisas solo por el enorme corazón de quien los contaba. Sus intentos frustrados de aprender a bailar le hacían humano. Su dulzura. Su... todo.

Tyler era su todo, pero naturalmente, nunca podría tenerlo. Era el novio de una de sus mejores amigas, y no podía siquiera permitirse pensar en él de esa manera, de modo que nunca lo hacía. Enterraba los sentimientos, y echaba paletadas de disimulo sobre ellos, hasta que los sepultaba a una profundidad segura.

Se veía obligada a hacerlo todos los días, así que era un trabajo difícil, pero necesario. Nunca jamás se le hubiera ocurrido hacer, decir, o intentar algo al respecto, para ella Naomi y su amistad eran sagradas. Siempre respetaría eso, y aunque se permitía soñar, sabía que no era sano hacerlo.

Así que echaba tierra y más tierra sobre su corazón, para que su amor estuviera a buen recaudo y nunca asomara ni un milímetro. Y funcionaba, su relación con él se basaba en la normalidad, la amistad y el buen rollo: eso era

todo.

Pero a veces, tendida en la cama por las noches, cuando no podía dormir y estaba segura de que nadie podría adivinar sus pensamientos, dejaba que su corazón sacara la cabeza un poquito. Solo un poquito, porque dolía.

—¿Lista? —La impaciente voz masculina la devolvió de golpe a la realidad.

Jojo asintió. Al igual que Cam, no estaba del todo segura de estar lista, pero sentía que era algo que tenía que hacer. Se mordió el labio los segundos previos al lanzamiento, y después experimentó el temor súbito de que el suelo desapareciera bajo ella. Cayó durante un tiempo que no supo calcular, pero que le pareció interminable, y después giró y giró mientras la adrenalina fluía por sus venas como descargas de corriente.

El remolino de sensaciones terminó de forma abrupta cuando el recorrido llegó a su final y se vio frenada por la piscina. Alguien la sujetó antes de que saliera lanzada hacia delante, y Jojo emergió, escupiendo agua y riendo como una niña.

Tyler y Leo la levantaron, divertidos al ver su entusiasmo.

—Gracias por sujetarme —dijo la rubia, con los ojos brillantes—. Sabía que lo haríais.

En aquel instante, con las mejillas arreboladas por la felicidad y el corazón a punto de explotar por la emoción del momento, solo pudo pensar que, como cantaba Dylan, los tiempos estaban cambiando.

Capítulo 5

Plymouth, Massachussets: She's got you

CAM

*I've got your picture that you gave to me
And it's signed with love, just like it used to be
The only thing different, the only thing new
I've got your picture, she's got you.
«Tengo tu foto que me diste
Y está firmada con amor, como solía ser
Lo único diferente, lo único nuevo
Yo tengo tu foto, ella te tiene a ti».*
(Patsy Cline, del álbum *Sentimentally yours*).

Myles Standish States Forest se encontraba a medio camino de los pueblos Plymouth y Carver, al sur de Massachusetts. En realidad, habían tenido que retroceder unos cuantos kilómetros para ir a aquel lugar, pero Naomi les había convencido de que merecía la pena. Después podrían seguir el viaje atravesando Rhode Island en su camino a Connecticut, y si iban bien de tiempo se detendrían en Providence, futuro hogar de Jojo, ya que allí se ubicaba la universidad de Brown, donde pensaba estudiar.

Cam conducía, y todos sus amigos dormían sin excepción. Los dos días en el parque acuático, más el extra del Six Flags los habían dejado agotados, y por ese motivo la sugerencia de Naomi de pasar unos días en un parque natural, alojados en cabañas, les había parecido maravillosa. Aquel viaje era un no parar, y necesitaban un respiro. La idea de aire puro, paseos por el bosque, actividades tranquilas, cenas al aire libre y quizá un poco de charla era música celestial en los oídos del grupo.

La morena también sentía el cansancio en su cuerpo, pero en algún momento le tenía que tocar llevar la furgoneta, y además así al menos se aseguraba de ir todo el trayecto con música de su gusto. Como en ese momento, que escuchar *She's Got You*, de su adorada Patsy Cline, era un lujo. Mucha gente sentía somnolencia si usaban canciones lentas, pero Cam se relajaba y podía disfrutar de manejar el volante. También ayudaba que no hubiera demasiado tráfico.

Un par de horas después vio el desvío hacia el parque, a la vez que Naomi indicaba la señal, lo que le hizo sonreír. ¿Quién necesitaba GPS, teniéndola a

ella al lado? Estaba segura de que si Naomi decía que había que girar a la derecha, y el GPS a la izquierda, su amiga sería la que tendría razón.

Tomó la salida, y pronto estuvieron en una carretera rural bordeada de pinos y robles de tamaño inmenso. Tras la señal de madera que marcaba la entrada al parque, llegaron a una cabaña de información y Cam aparcó la furgoneta. Mientras esperaban que Naomi se encargara de recoger la información, bajó la ventanilla y tomó una profunda bocanada de aire puro.

Sí, aquello era justo lo que necesitaban, pensó al notar el aroma a naturaleza.

La pelirroja regresó con una sonrisa de oreja a oreja y varios folletos en las manos.

—¡Hay de todo! —exclamó, subiéndose a su lado—. Mirad, chicos: pesca, canoas, recorridos a pie y en bicicleta... Vamos, Cam, sigue las señales hasta el East Head Pond, nuestra cabaña está ahí.

Por las señales que iba pasando, Cam vio que el parque tenía varios lagos, cada uno con sus propias zonas de acampada, y cuando llegaron al suyo, comprobó que el escogido por Naomi era de los más grandes. Se podía ver gente aquí y allá: con barcas pescando en el lago, otros a caballo por los caminos o paseando... Se notaba que era verano, pero al tener tantas zonas de acampada diferentes, los turistas estaban repartidos y no había aglomeraciones.

Dejó el coche junto al centro de interpretación, y todos se bajaron para coger sus maletas. Las cabañas estaban ocultas entre los árboles, y no se podía llevar el coche hasta allí. Por suerte, la suya estaba solo a cinco minutos, y no tuvieron que andar demasiado.

La cabaña era de madera de pino, como todos los árboles que la rodeaban, pequeña pero funcional, y con tantos árboles alrededor que no se veían las cabañas vecinas, lo cual daba intimidad y la sensación de estar solos en aquel lugar. Solo tenía una planta, con una pequeña cocina, un baño y varias literas.

—Habrá que ir a comprar comida —sugirió Cam, dejando su maleta sobre una de las literas de abajo.

—Y bebidas, ¿no? —añadió Jojo, mirando a Tyler.

—A ver si crecéis de una vez —contestó el, revolviéndole el pelo a la rubia—. No sé qué vais a hacer sin mí.

—Vale, pues vamos a organizarnos —dijo Naomi—. Hay que mirar cuánta leña hay y preparar el fuego en el exterior, de eso ya me encargo yo. Habrá que comprar salchichas, hamburguesas...

— ...malvaviscos —interrumpió Jojo—. No te olvides de los malvaviscos, son esenciales para la supervivencia en el bosque.

—Malvaviscos —confirmó Naomi—, pan... Tyler, no estás apuntando.

—Tranquila, creo que me acordaré —dijo él, con un guiño, mientras le daba un beso en la mejilla—. ¿Quién me acompaña?

—Ya voy yo —contestó Leo.

—Yo me quedo con Naomi —dijo Cam con rapidez.

—Pues voy yo también con ellos —dijo Jojo—. Así Tyler parecerá aún mayor, si preguntan me haré pasar por tu hermana pequeña.

Le sacó la lengua, y los tres se marcharon rumbo a la pequeña tienda de suministros que había junto al aparcamiento. Tyler se encargaba siempre de comprar el alcohol: con su envergadura parecía tener más edad, siempre le había ocurrido. Pero si eso fallaba, su sonrisa de anuncio derretía a la persona tras el mostrador, sobre todo si esta era una chica, lo cual sucedía la mayoría de las veces.

Cam se giró hacia la puerta para encontrarse a la pelirroja mirándola de forma inquisitiva.

—¿Qué pasa? —preguntó, incómoda ante su escrutinio.

—Que no eres fan de hacer fogatas, precisamente. ¿A qué ha venido esa ansia por quedarte?

—¿Qué ansia? No sé de qué me estás hablando.

—Pues a mí más bien me ha parecido que no querías compartir espacio con Leo, no es por nada.

Cam resopló fastidiada. Primero Jojo, ahora Naomi... ya estaba viendo que le venía una tanda de preguntas para las que no tenía respuesta, así que pasó al despiste y consecuente contraataque:

—En realidad lo he hecho para poder quedarme a solas contigo un rato —dijo, mirándola con los brazos cruzados—. Para hablar un poco, ya sabes, de eso que me dijiste que te pasaba. —Esperó unos segundos, pero Naomi no habló—. Tu confusión, ¿recuerdas?

—No es nada, Cam, de verdad. —Suspiró—. Se me pasará, es que a veces me pongo a pensar en todos los cambios que se avecinan, y... no sé, nunca hemos convivido solos Tyler y yo.

—Os conocéis muy bien, lleváis muchos años.

—Sí, pero nunca hemos estado realmente solos, ¿entiendes? —Sacudió la cabeza—. Sin familia ni amigos cerca.

—Habéis pasado vacaciones juntos.

—Sí, pero esto es diferente. No son solo unos días, ni estar de fiesta. Es más... —titubeó, como si buscara la palabra correcta—. Más real, no sé si me explico.

—Ya, te preocupa el día a día, ¿no?

—Sí. Ya sabes, el trabajo, el dinero, la... la rutina.

—Pero si os queréis, todo eso lo llevaréis mejor juntos. Porque os queréis igual que siempre, ¿verdad?

Había lanzado la pregunta al azar, sin pararse a pensarlo, pero se dio cuenta de que había dado en el clavo cuando su amiga se quedó en silencio unos segundos antes de contestar con un «claro» que no sonó nada convincente.

—Vamos preparando el fuego, ¿te parece? —sugirió Naomi.

Cam hubiera querido continuar la conversación, pero la pelirroja ya estaba saliendo por la puerta para dirigirse hacia la leñera, así que la siguió, decidiendo dejarlo para más tarde. Tenían tiempo para hablar, aún les quedaban muchos días juntos.

Frente a la cabaña había un círculo de piedras para poder preparar el fuego sin peligro. Naomi se aseguró de que no quedaban huecos libres entre ellas y comenzó a preparar la leña. Cam fue a buscar mantas y los sacos de dormir, porque suponía que acabarían pasando la noche allí fuera, y lo colocó todo en círculo alrededor del fuego, que ya tenía llama.

Colocó sus cosas entre Jojo y Naomi, con Leo enfrente. Sabía que su comportamiento empezaba a notarse, después de los comentarios de sus amigas, pero no quería quedarse a solas con él o estar demasiado cerca. ¿Estaba siendo una cobarde? Desde luego. ¿Iba a hacer algo para remediarlo? Ni hablar. Sobre todo, porque no sabía qué.

Los chicos y Jojo regresaron justo a tiempo, cuando ya empezaba a anochecer y el fuego estaba listo, con la llama baja de forma que se podía asar sobre él sin quemar toda la comida.

Tyler metió las cervezas en un cubo con hielos y lo dejaron a un lado, mientras Naomi colocaba una parrilla sobre el fuego y comenzaban a hacer la cena. Tras una buena tanda de hamburguesas y carne llena de colesterol, regadas con unas cuantas cervezas de malta, llegó el turno de pinchar malvaviscos en palos y ponerlos sobre el fuego. Ya era noche cerrada, y solo les iluminaba la tenue luz del porche y el fuego frente a ellos.

Cam sopló su malvavisco, que ya estaba tostado y pegajoso, y lo cogió con la mano para poder comérselo.

—Creo que esto es lo más asqueroso pero también rico que existe —

comentó, chupándose los dedos. Se dio cuenta de que Leo la estaba mirando—. ¿Qué?

Se miró la camiseta, por si se había manchado, pero no vio nada fuera de lugar.

—No, nada —contestó él, acercándose el suyo a la boca.

—Mañana podéis ir a pescar —sugirió Naomi, mirando a su novio.

—Si tenemos que sobrevivir de lo que traigamos nosotros... —contestó él, con tono desganado.

—Si vas mucho a pescar con tu padre, venga.

—Por eso me emociona tanto la idea.

—Será divertido —dijo Leo, dándole un codazo—. Que no se diga que no lo hemos intentado.

—Nosotras podemos ir a dar un paseo a caballo, o en bici —sugirió Jojo—. Hay un montón de caminos que explorar.

—Pues no os aventuréis por ninguno apartado —dijo Leo como quien no quería la cosa—. ¿No sabéis lo que pasó aquí?

—Ay, no —intervino Cam, moviendo la cabeza—. No me digas que nos vas a contar una de tus historias de terror junto al fuego. Hola, topicazos de campamento.

No pudo evitar el dejo de cariño en su tono, porque a pesar de todo, le encantaba escuchar sus historias. Y las iba a echar mucho de menos.

—Esta es real como la vida misma —aseguró él con seriedad—. Si no me creéis, solo tenéis que buscarlo en internet. ¿No os habéis fijado que había una señal de un correccional en este mismo parque?

—¡Es cierto! —exclamó Jojo—. Yo la he visto.

—No le des más cuerda... —avisó Tyler.

—Jojo tiene razón, yo también la vi —dijo Naomi—. Me pareció extraño, un correccional en medio de un parque natural, pero cosas más raras se han visto, ¿no?

Jojo afirmó, mientras, con la boca llena de malvaviscos, le hacía gestos a Leo para que siguiera hablando. Cam puso los ojos en blanco, pero Leo continuó con su historia, bajando el tono de voz para darle más emoción a la misma. El chico se inclinó hacia el fuego, de forma que las llamas creaban sombras en su rostro y lanzaban destellos inquietantes en sus ojos azules.

—Todo ocurrió el 14 de mayo de 1977. —Se puso en cuclillas y se acercó a Jojo, para hablar con tono tétrico en su oído—. Ruth Masters, de soltera Rydberg, paseaba en bicicleta por un camino aislado de este mismo parque. —

Se puso entre Tyler y Naomi—. Pero no estaba sola. Sin que ella lo supiera, Eric H. Anderson Jr. se ocultaba entre los árboles, al acecho, esperando su llegada. Y cuando la vio aparecer... ¡zas! —Subió la voz, dando una palmada, y todos pegaron un bote—. Acabó con ella. —Se acercó a Cam, que se estremeció al notar su aliento en el cuello—. Pero los investigadores solo encontraron su bicicleta y un rastro de sangre que se perdía entre los árboles. Nunca apareció su cuerpo... que sigue vagando por estos bosques esperando... ¡venganza!

A la vez que hablaba, Cam notó que hacía un movimiento con el brazo, pero eso no evitó que diera un grito sobresaltado cuando, de pronto, las llamas de la hoguera aumentaron en intensidad y sintió un fogonazo de calor en el rostro. Se giró y le pegó un manotazo en el hombro.

—¡Mira que eres anormal! —exclamó.

Al golpearlo lo desequilibró, y Leo se sujetó a ella riendo para no caer; lo que consiguió, sin embargo, fue el efecto contrario: que ambos cayeran hacia atrás.

Y de pronto, Cam se dio cuenta de que estaban muy juntos; Leo ya no reía, sino que la miraba de una forma extraña, primero a los ojos, pero después a los labios, mientras se acercaba más a ella.

Nerviosa, Cam se los humedeció. Bajó los párpados, pero de pronto se oyó un chisporroteo y Leo se apartó, dejándola con una sensación de pérdida.

—Me he pasado con las pastillas. —Escuchó decir al chico.

Cam se sentó de nuevo, carraspeando, y vio a Leo echando tierra sobre el fuego, que de nuevo se había avivado. Claro, había echado pastillas inflamables para lograr aquel efecto. Lo tenía todo pensado, el muy gracioso. Dio un sorbo a su cerveza y se colocó la manta sobre los hombros. Los demás estaban comentando la historia de Leo entre risas, pero ella tenía la mente en otro lugar.

¿Era su imaginación o Leo había estado a punto de besarla? Lo miró con disimulo, pero él charlaba con los demás como si nada hubiera ocurrido, así que probablemente sí, se lo había imaginado.

Lo peor de todo era que ojalá lo hubiera hecho. Y eso que estaban sus amigos delante, algo en lo que ni había pensado momentos antes. A saber qué hubiera sucedido de haber estado solos.

Poco a poco, según la noche refrescaba, fueron metiéndose dentro de sus sacos hasta que el sueño los venció.

Por la mañana Cam se despertó de los últimos, ya que se había metido tanto

en el saco que no le molestó la luz del sol cuando salió, sino que al moverse se le clavó en la espalda una piedra que había logrado esquivar milagrosamente durante la noche.

Se sentó, frotándose la espalda con un quejido.

—Recordadme de nuevo qué hay de agradable en dormir en el suelo.

—Respirar aire puro, sentir la naturaleza... —enumeró Jojo, que ya se había duchado y vestido y se había sentado en un tronco a su lado, con una taza de café en la mano—. ¿Sabes que hablas en sueños?

—¿Qué? ¿Y qué he dicho?

—Ni idea, no se te entendía nada. —Levantó una ceja—. ¿Por qué? ¿Tienes algún secreto que temes decir dormida?

—No digas tonterías. —Se levantó y recogió su saco—. Voy a por algo de ese café, me muero por uno.

Se escabulló de la mirada divertida de la rubia y entró en la cabaña... para encontrarse con Leo saliendo del cuarto de baño, con el pelo mojado y sin camiseta.

«Justo lo que me hacía falta ahora», pensó, llevándose una mano a la cabeza para intentar arreglar su pelo desordenado.

—¿Ya te has despertado, bella durmiente? —preguntó él, yendo hacia su litera para coger una camiseta y ponérsela.

—Lo justo. ¿Dónde están Naomi y Tyler?

—Han ido a alquilar unas cañas y a reservar bicicletas. Naomi ya ha planeado el día: nosotros a pescar, vosotras de paseo por ahí.

—¿Todo el día?

—Eso parece, os toca hacer pierna. Supongo que querrá que tengáis también vuestro momento de chicas, ya sabes.

—Ya.

Se quedaron en silencio, y por primera vez en todos sus años de amistad, no fue un momento cómodo. Cam notaba algo en el ambiente, cierta tensión extraña que no supo si provenía solo de ella o de ambos, así que se giró para coger ropa limpia y una toalla de su maleta.

—En fin, me voy a dar una ducha —dijo—. Luego nos vemos.

Se apresuró a meterse en el cuarto de baño. Esperaba que cuando saliera ya hubieran vuelto los demás, y, por suerte, así fue.

O por desgracia, porque media hora después se encontraba pedaleando entre Jojo y Naomi por uno de los caminos que atravesaban el bosque.

—¿Falta mucho? —preguntó.

—Relájate, es todo llano —la tranquilizó Naomi—. Vamos a ir hasta el otro lado del lago, nos damos un baño y comemos allí en plan picnic.

—Eso suena bien, sí.

—Bueno, y ahora que estamos solas... ¿por qué no nos cuentas qué pasó ayer? —preguntó Jojo.

—¿Ayer?

—Sí, ya sabes —intervino Naomi—. Con Leo, tuvisteis ahí un «momento».

—Qué momento ni qué chorradas, no sé a qué os referís.

—Pues se lo comenté a Tyler, y pensó lo mismo.

—¿Qué? —Frenó la bicicleta para mirarla, obligándolas a hacer lo mismo—. ¿Que le dijiste a Tyler qué? ¿Y por qué?

—Pues porque es mi novio y lo comentamos todo.

—Ya, bueno, de eso también tendríamos que hablar porque...

—No cambies de tema, que estamos hablando de ti.

Naomi inició la marcha, seguida por Jojo, así que a Cam no le quedó más remedio que imitarlas.

—No sé qué queréis que os cuente —dijo, con resignación—. Ni yo sé qué me pasa. Es como si... Leo y yo hayamos sido un desencuentro continuo. Hemos sido amigos durante años, y cuando no estaba yo saliendo con alguien, lo hacía él. O estábamos solos, pero de vacaciones en sitios diferentes.

Jojo le dedicó una mirada escéptica, como si no creyera ninguna de sus palabras.

—¿Nunca habéis hablado de esto? —La morena negó—. ¿Ni una sola vez te ha lanzado alguna indirecta o algo? ¿Ni tú a él?

Cam se encogió de hombros, incómoda. Sus amigas la conocían de sobra, así que la miraron con curiosidad, esperando que continuara.

—Bueno, hubo una vez hace un par de años que pensé que igual podía haber ocurrido. ¿Os acordáis del baile de fin de curso? Pues Leo vino a hablar conmigo porque «necesitaba perspectiva». Así es como lo llama cuando tiene dudas sentimentales.

Naomi frenó su bicicleta, obligando a las otras dos a detenerse. Era imposible poder hablar con calma de esos temas si una se ahogaba pedaleando.

—Cuenta —apremió, al ver que Cam no terminaba de arrancar.

—Por esa época ni siquiera era consciente. Pero cuando Leo vino esa tarde a hablar, entonces me di cuenta de que algo no iba bien. —Las chicas intercambiaron una mirada entre ellas, sin terminar de comprenderla—. Quería

hablarme de esa fiesta, de que estaba pensando en invitar a una chica guapa e inteligente, pero no estaba muy seguro de que ella fuese a aceptar. Y no sé... me sentí extraña por el ambiente que se había creado, y pensé que a lo mejor lo decía por mí.

Naomi asintió.

—¿Y qué pasó? —A Jojo solo le faltaban las palomitas, de lo intrigada que estaba.

—Pues que hablaba de Gwen Sawyer, y a mí me sentó tal mal que le dije que bajara la cabeza a la tierra, y que aquella chica estaba por encima de sus posibilidades.

Jojo y Naomi trataron de controlar las risas, pero no les salió bien.

—Eres cruel a veces —observó la pelirroja.

—Leo nunca llegó a invitarla, y yo me quedé jodida. Ese día entendí que para mí era más que mi mejor amigo, pero que al revés solo había amistad. Así que este juego me viene grande, porque aunque a vosotras os haya parecido «un momento», la realidad es que nos vamos a ir cada uno a una punta del país.

—Eso es porque tú quieres —interrumpió Jojo.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Naomi.

—Que te lo explique ella.

Ante la mirada de ambas, Cam se rindió. Pensándolo bien, quizá expresar sus pensamientos en voz alta con sus amigas la ayudaría a aclararse, no le vendría mal algún consejo.

—Me han aceptado en Berkeley también, como a él —confesó.

—¿Cómo? —Naomi estaba estupefacta, su expresión lo decía todo—. Pero no entiendo...

—No sé si él quiere algo, ni siquiera sé si yo estoy segura de querer cambiar nuestra relación. No quiero estropear una amistad de años por algo que puede salir mal. O peor, imaginad que me lanzo y resulta que lo que me pasa es todo platónico, es «el efecto Gwen Sawyer». Es todo muy confuso, y pienso que tal vez lo mejor sea poner distancia entre nosotros, para superar esto de una vez. ¿Es un disparate lo que digo?

Las dos se quedaron en silencio, rumiando lo que les había contado. Al cabo de un rato, fue Jojo la que habló.

—No. Pero de todos modos, creo que deberías intentarlo —le aconsejó—. La vida es muy corta para luego arrepentirte durante años por no haber hecho algo. Mejor intentarlo que no lamentarse.

Cam la miró, y se dio cuenta de que Naomi la miraba de la misma forma, como si el consejo hubiera ido por ella también.

—Supongo que tienes razón —dijo, al fin—. Lo pensaré.

Siguieron pedaleando, cambiando la conversación a temas menos importantes, hasta que llegaron al otro extremo del lago y pudieron zambullirse en sus frescas aguas y divertirse como niñas.

Capítulo 6

Providence, Rhode Island: History

LEO

*Feel the wind blow in my face
See the waves roll in for an encore
They take a bow, they know their place
I do not want, I do not feel
I've turned inward on myself
I can't find anything that's real
But history repeats itself.*
«Siento el viento soplar en mi cara
Veo las olas rodar una vez más
Hacen una promesa, conocen su lugar
No quiero, no siento
Me he retraído en mí mismo
No puedo encontrar nada real
Pero la historia se repite a sí misma».
(A.O.S. de la banda sonora original *Natural born killers*).

—Creo que hoy no cenaremos —refunfuñó Leo, con la caña en la mano y pegándose con el gusano y el anzuelo—. Menos mal que hemos traído unos bocatas para la comida, esto es imposible.

—Trae, anda.

Tyler apoyó su caña en el tronco de un árbol, y se acercó a él para coger el anzuelo y enseñarle cómo enganchar el cebo en el mismo.

—Ni que fuera tan complicado, con lo listo que tú eres —bromeó, una vez logrado.

—Me gusta el pescado ya envasado, gracias. Casi hasta prefiero no pescar, porque solo de pensar en tener que limpiarlo luego... —Se chupó un dedo, donde se había pinchado con el anzuelo—. ¿Y ahora qué?

—Se lanza.

Leo observó cómo Tyler cogía la caña y, con un gesto preciso de la muñeca, lanzaba el hilo hacia el lago, donde la pequeña boya se quedó flotando con tranquilidad. Lo imitó como pudo, esquivando a duras penas las ramas que había tras él y salvándose por los pelos de dejar el anzuelo enredado entre las hojas.

—Pues sí que tienes experiencia —dijo.

—En lanzar la caña sí. Pero eso no quiere decir que piquen, a mí me rehúyen. No recuerdo haber pescado jamás nada.

—Será que no les enseñas esa sonrisa tuya.

—Ja, ja, qué gracioso eres. —Se sentó con la espalda apoyada en un árbol, sujetando la caña—. Relájate, parece que en lugar de una caña tengas un palo y vayas a atacar a alguien.

Leo se dio cuenta de que tenía razón, la sujetaba de tal forma que hasta se le habían puesto los nudillos blancos. Aflojó la presión y se sentó junto a él, sin apartar la vista de su boya, temiendo que picaran y no se diera cuenta.

—Ayer te lo montaste bien —comentó su amigo—. He mirado en internet, lo que contaste era verdad.

—Claro. —Se encogió de hombros, restándole importancia—. Si la historia de miedo tiene algo de cierto, acojona más. No hay que subestimar los topicazos de campamento. —Sonrió al recordar las palabras de su amiga.

—¿Y qué te pasó con Cam?

—¿Qué? —Lo miró, sobresaltado—. Nada, ¿qué me va a pasar? La asusté, como de costumbre, y nos caímos de forma bastante torpe, la verdad.

—Ya. No sé, pareció que tuvisteis un... ¿Cómo lo llamó Naomi? Un «momento».

—¿Eso te dijo?

—Bueno, yo también os estaba mirando. Aunque no sé, hasta que ella no me dijo que estabais como muy cerca no me paré a pensarlo. Ya sabes que las chicas son pura intuición. Muy observadoras.

—Ya, no se les escapa una. —Se movió incómodo—. No sé qué decirte, cuando nos caímos... fue como si de pronto estuviéramos solos, como si el tiempo se parara.

—Qué poético eres, chico, se nota que vales para escribir.

—Qué gracioso. —Iba a darle un codazo, pero aquello implicaba mover su postura y temía perder la caña en el proceso, así que se quedó con las ganas—. No sé qué me pasa. Hemos sido amigos durante años, y Cam... siempre ha estado ahí, siempre me ha gustado pero nunca hemos coincidido en el mismo punto hasta ahora. Pero claro, la han cogido en la otra punta del país, así que de nuevo es como si los astros se alinearan en nuestra contra.

—¿Y por qué no le has dicho nada? Con las notas que tiene, seguro que si hubiera enviado solicitud a Berkeley la hubieran aceptado.

—Porque no sé si a ella le ocurre igual. Y no quiero estropear nuestra amistad.

—Ya... Lleváis demasiado tiempo en la zona de la amistad, ¿no se te hace raro? Quiero decir, yo veo a Cam y a Jojo como si fueran mis hermanas.

—Bueno, pues es que eso me pasa con Jojo y con Naomi. No con Cam. No sé desde cuándo, pero no la miro de la misma manera, te lo aseguro.

—Hombre, menos mal que a Naomi no... —bromeó—. Mira, siempre que mi padre me llevaba a pescar, me decía que le ayudaba a aclarar las ideas, quizá a ti te sirva. A mí hasta ahora no me ha funcionado, pero quién sabe.

—¿Y qué hacemos?

—Nada, solo esperar que piquen, en silencio.

Leo parpadeó con rostro sorprendido, pero su amigo se encogió de hombros. Se quedaron callados, mirando el lago, y a los pocos minutos, Leo entendió lo que el padre de Tyler quería decir. El movimiento de la boya tenía algo de hipnótico, dejaba la mente ir a la deriva sin centrarse en ningún pensamiento en concreto, y pronto se descubrió imaginando historias. Pero en ese caso, no se trataba de nada que pudiera utilizar en un libro, sino de su propia vida. Se sintió como si estuviera imaginando una historia de aquellas de elige tu propia aventura, los caminos que seguiría su vida dependiendo de qué decisión tomara: seguir como hasta entonces, intentar algo con Cam antes de empezar la universidad, quizá intentarlo después, a riesgo de que ella conociera a alguien en su universidad... y de cada opción, salían más y más ramificaciones. Las líneas se movían en su mente llenas de diferentes imágenes futuras, cambiando una y otra vez. Sin embargo, entre todas las posibilidades, su mente volvía siempre a la misma, y sacó una conclusión, clara como el agua del lago que tenía frente a él: no imaginaba su futuro sin ella. Una Navidad sin Cam no sería lo mismo. Además, ¿quién se encargaría de quitar las avellanas de todas las chucherías que tanto le gustaba comer? ¡Si eran el tándem perfecto! Ella las desechaba y él se las comía amablemente. Y por su parte, a saber si lograría encontrar otra amiga que quisiera tragarse todas las películas de puñetazos de la cartelera. No era imposible, pero sí improbable. ¿Y sus charlas telefónicas nocturnas?

Un tirón en la caña lo sorprendió al mismo tiempo que la conclusión final sacudía su mente. Sujetó la caña con más fuerza, y al mirar a Tyler, se dio cuenta de que su amigo no había tenido ningún tipo de visión o epifanía como le había ocurrido a él, puesto que estaba dormido como un tronco.

—¡Tyler! —Se levantó como pudo sin soltar la caña, y le golpeó la pierna con el pie—. ¡Tyler! ¡Esto se mueve!

El chico abrió primero un ojo, como para comprobar qué estaba pasando,

antes de despertarse del todo y dejar su caña para incorporarse y colocarse a su lado.

—¿Qué hago? —preguntó Leo.

—Ni idea, ¡a mí nunca me pican! Supongo que recoger el sedal, eso hace mi padre. Pero despacio, no se vaya a romper.

—¡Menuda ayuda!

Empezó a recoger el sedal, despacio, luego más rápido, mientras la boya se iba acercando a ellos. Tiró con fuerza y de pronto los dos se quedaron con la boca abierta cuando del agua salió un enorme pez enganchado al anzuelo. Tyler le ayudó a sujetar la caña, Leo tiró hacia él... y el sedal se rompió, con lo que el pez volvió a caer al agua y ambos se quedaron mirando cómo se alejaba nadando con rapidez.

Tras unos segundos de estupor, Tyler soltó la caña.

—Pues nada. ¿Comemos los bocatas? —preguntó.

Leo dejó la caña, afirmando. Se sentaron con los bocadillos y unas cervezas, mirando pasar los botes y las canoas por el lago.

—¿Y tú qué tal? —preguntó Leo, al cabo de un rato—. Nos quedamos a medias de una conversación, ¿recuerdas?

Tyler afirmó, pasándose una mano por el pelo con gesto pensativo.

—Supongo que ya que tú te has sincerado, me toca hacer lo mismo, ¿no?

—Algo así.

—En fin... Este último año estuve con unos críos en riesgo de exclusión, ¿te acuerdas?

—Claro. Con las historias que tenían esos chicos detrás, se podrían escribir varios libros.

—Pues es que... creo que es eso lo que quiero hacer el resto de mi vida.

Leo parpadeó sorprendido, mirando el gesto serio de su amigo.

—Pero... —dijo, reaccionando al fin—. Tú has escogido humanidades.

—Porque es lo que siempre me han dicho que debía hacer, y solicité la beca de deporte para ello.

—¿Y no puedes cambiarlo?

—No. Además, las materias que dan en Los Ángeles no me convencen.

—Es decir, que lo has mirado. —Tyler afirmó, apartando la vista—. Y has mirado en más sitios, deduzco.

—Mandé una solicitud para la universidad de Boston.

Leo estaba estupefacto. Nunca hubiera imaginado aquello de Tyler. ¿Una carrera diferente, en otro estado? Y no solo buscar información, sino llegar a

hacer la solicitud. Aquello quería decir que realmente era algo que quería hacer, no un capricho del momento. Y por la expresión de culpabilidad de su amigo, dedujo también que no se lo había contado a nadie. Ni siquiera a Naomi.

—Naomi no lo sabe —afirmó más que preguntó, por si acaso se equivocaba.

—No sé cómo decírselo. Y tampoco tengo claro que sea lo correcto, ¿sabes? Mis padres esperan que vaya a Los Ángeles, es lo que todo el mundo espera que haga, lo más seguro para el futuro de Naomi y el mío.

—Esperaba que dijeras «quiero a Naomi y deseo estar con ella», no que hablaras de vuestra relación como algo «seguro».

Tyler suspiró, mirándolo como si se hubiera perdido en el camino y necesitara un mapa para encontrar la salida.

—Lo sé —musitó, al fin—. Tengo muchas cosas que pensar.

Dio un mordisco a su bocadillo mientras Leo lo observaba preocupado. Aquello ponía su problema con Cam en perspectiva, porque si de algo había estado seguro siempre era de que Naomi y Tyler estaban hechos el uno para el otro. Descubrir que las cosas no eran realmente lo que parecían entre ellos era toda una sorpresa, y lo sentía por su amigo. Tenía que estar pasándolo mal, dividido entre el deber, la costumbre y lo que se esperaba de él y lo que de verdad quería hacer.

Tyler se había quedado pensativo y pasaron el resto de la tarde de nuevo en silencio, concentrados en la pesca. Aunque Leo esperaba tener más suerte y conseguir regresar a la cabaña con alguna pieza, no fue así: no picó ni un solo pez más, lo que le hizo preguntarse si no sería al final culpa de Tyler, que tenía alguna especie de maldición antipesca. Para no volver con las manos vacías, acabaron hablando con unos pescadores que estaban cerca y compraron un par de truchas, haciendo un pacto de silencio por el cual nunca contarían que habían sido incapaces de conseguir nada.

Cuando llegaron a la cabaña las chicas ya estaban allí, esperándolos junto al fuego. Naomi se acercó a Tyler para coger los peces y darle un beso con una sonrisa, pero después de la conversación que habían tenido, Leo los miraba de forma diferente, y tuvo la impresión de que no eran tan cariñosos como deberían ser. Ahora que se paraba a pensarlo, los dos no habían estado solos desde que comenzó el viaje, ni se habían escabullido ni habían pedido intimidad. Esperaba que Tyler se sincerara con ella y todo acabara bien, porque quería a los dos como si fueran de su familia y deseaba que fueran

felices.

—¿Habéis pescado una cada uno o tenemos que dar las gracias solo a uno de vosotros? —preguntó Cam, con curiosidad.

—Ah, bueno... esto... —Miró a Tyler, que hizo un gesto que no entendió muy bien—. Los dos Tyler... —Su amigo negó con la cabeza—. No, uno cada uno.... —Frunció el ceño—. ¿O los dos yo? Es que ha sido un día complicado.

Tyler levantó los ojos al cielo, mientras las tres chicas los miraban con desconfianza.

—Me voy a duchar —dijo, retrocediendo hacia la cabaña—. Os encargáis de limpiarlos, ¿verdad? Que yo no tengo ni idea.

Corrió al interior. Sí, eso lo dejaba como un cobarde, pero seguro que Tyler echaba un par de sus sonrisas y se las ganaba con eso, era su especialidad.

Se lo tomó con calma para darles tiempo a preparar el pescado, solo de pensar en tener que ver esas tripas le daba náuseas, y cuando salió ya lo tenían puesto sobre la parrilla en el fuego. Cogió una cerveza, ocupó su sitio de la noche anterior y miró a Cam, que conversaba animadamente con Jojo.

Bien, ya tenía claro lo que él quería. Ahora venía la parte difícil: buscar el momento para hablar con ella a solas. Porque era muy bueno escribiendo historias y dejándolas plasmadas en un papel, pero a la hora de la verdad, cuando se trataba de la vida real, no encontraba las palabras para poder explicar lo que sentía.

Al menos quedaban todavía unas cuantas semanas antes de que acabara aquel viaje y el verano, tenía tiempo de pensar qué decirle. Y preparar su corazón para ser rechazado y romperse en mil pedacitos, porque esa era una de las posibilidades a las que más temía enfrentarse. Fuera cual fuera su respuesta, su amistad nunca sería la misma, de eso estaba seguro.

Partieron hacia Rhode Island dos días después, cuando la calma y el aire puro empezaron a volverse aburridos. Después de un tarde en la que todos habían permanecido tumbados con languidez en sus hamacas, Naomi se había levantado de un salto dando un par de palmadas.

—¡Se acabó, panda de vagos! Si ya hemos descansado suficiente, toca ponerse de nuevo en marcha. Queda mucho camino por delante.

Leo protestó, al igual que el resto, pero no sirvió de nada. Esa misma tarde abandonaron aquel magnífico y relajante lugar para viajar hasta Providence, por interés personal de Jojo, ya que allí se encontraba la universidad que había escogido, Brown.

Providence era la capital de Rhode Island, y la segunda ciudad más grande de toda Nueva Inglaterra. Los veranos eran calurosos allí, y la humedad característica de su clima los sacudió nada más llegar, lo cual hizo refunfuñar a Leo, poco amigo de las altas temperaturas.

—Vete acostumbrando —comentó Jojo, echando el freno—. En Berkeley no vas a pasar mucho frío.

—¿Sabes lo que oigo? Bla bla bla, bla bla y bla —protestó él, malhumorado como siempre que tenía que sufrir aquellos calores.

La rubia se había detenido frente al hotel Dean, escogido por su precio y también porque estaba a tan solo un kilómetro de la universidad Brown, sitio que pensaban visitar esa misma tarde. Sin embargo, Jojo advirtió los rostros sonrojados de sus amigos y sintió cierta lástima por ellos, así que sacudió la cabeza.

—De acuerdo —dijo, en tono despreocupado—. Bajad el equipaje. Podéis registraros y daros una ducha, yo iré a llenar el depósito y a comprar algo de comida para tener en la habitación, si os parece bien.

Las chicas bajaron de un salto sin pensárselo dos veces, y Tyler comenzó a sacar maletas de manera mecánica. Leo, sin embargo, abandonó la parte trasera de la furgoneta para subirse inmediatamente al asiento del copiloto.

—Te acompaño —comentó—. Al menos en el supermercado tendrán aire acondicionado.

Nadie puso objeción alguna, aunque al chico le pareció detectar una expresión de contrariedad en el rostro de su amiga. Ese comportamiento no era normal en ella, siempre tan alegre y despreocupada, pero lejos de hacer que cambiara de opinión, ese detalle hizo que se convenciera de acompañarla. El resto de sus amigos los despidió con la cabeza, entrando al hotel cargados cual mulas.

Tras rellenar el depósito de gasolina, Jojo aparcó frente a un supermercado. Entre los dos llenaron una cesta de comida innecesaria y poco saludable, mientras Leo paseaba entre la zona refrigerada retrasando el momento de regresar a la sofocante atmósfera que persistía en la calle. Cuando se instalaron de nuevo en la furgoneta, Jojo no metió la llave de contacto, quedándose inmóvil con las manos apoyadas sobre el volante.

Leo la observó, esperando. Tenía claro que algo pasaba por la cabeza de su amiga, pero no si debía comentarlo en voz alta. Su intuición, como siempre, no había fallado al ver su mueca de fastidio al ofrecerse a ir con ella de compras.

Tras unos minutos que parecieron eternos, Leo sacó su móvil y pulsó la

pantalla.

—Brown está muy cerca. ¿Quieres ir a echar un vistazo?

—Sí —respondió la rubia, arrancando al momento.

Conque eso era lo que sucedía, se dijo Leo. Jojo sentía cierta inseguridad respecto a la universidad, o quizá a la idea de mudarse. Bien sabían todos la sobreprotección que le brindaban sus padres, a lo mejor la chica no se sentía preparada para separarse de ellos.

—Perfecto —asintió el joven a su vez, poniéndose el cinturón—. Pues vamos allá. En Dios confiamos, ¿no? —bromeó, repitiendo el lema de la universidad.

No tardaron en llegar, aunque sí un poco en encontrar donde aparcar la furgoneta. Brown era una universidad muy conocida, enorme, y en ella estudiaban casi seis mil jóvenes cada año. Al igual que las otras siete universidades que pertenecían a la famosa Liga de la Hiedra, Brown tenía unas connotaciones académicas excelentes, y un cierto aire elitista y selectivo en el personal que admitían.

Leo descendió, siguiendo a Jojo, y ambos se acercaron a la entrada: una valla de hierro negro escondía un edificio antiguo en tonos ocres, rodeado de árboles y césped verde. Quizás en primavera fuera una maravilla pasar las tardes allí, pero con semejante temperatura, desde luego a Leo se le antojaba un martirio.

Se mantuvo alejado y en silencio, mientras su amiga aferraba las verjas con las manos hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Al ser verano estaba cerrado y no podían entrar, pero eso no parecía tan grave como para provocar en Jojo aquel gesto de desesperación.

Vacilante, Leo avanzó hasta su altura y la observó de reojo.

—Era Estudios Medioambientales lo que querías hacer, ¿verdad? —preguntó, en un intento por establecer conexión con ella.

—Eso no importa. —Jojo no apartó la mirada del edificio.

—¿Cómo que no importa?

—La carrera es lo de menos, Leo. Lo importante es el lugar. —La rubia soltó las verjas, retrocediendo hasta donde estaba el chico—. He deseado tanto venir aquí... Siempre he querido ser aceptada en Brown, pero ahora...

Cerró la boca, sin terminar la frase.

—¿Ahora...? —la animó a seguir Leo.

—No sé.

—¿Es por tus padres? —Ella lo miró de soslayo—. Sí, son demasiado

sobreprotectores contigo, Jojo, es cierto. Y quizá tú te has acostumbrado tanto a eso que ya no te das ni cuenta, pero ellos no pueden cortar tus alas, ¿sabes?

—¿Eso crees que hacen? ¿Cortarme las alas? —La voz de Jojo estaba teñida de sorpresa.

—¿No es así? Tus vitaminas, tus horarios, tus innumerables llamadas. Que se preocupen las veinticuatro horas del día por ti no te ayudará en la vida.

El rostro de Jojo se crispó al escuchar sus palabras; durante unos segundos, pasó de la perplejidad a la rabia, para finalmente suavizarse. Miró a Leo y sonrió.

—¿Sabes? Tienes mucha razón, Leo. Nada de todo eso es importante. —Volvió sus ojos a la universidad otra vez—. Y tampoco lo es este lugar, ya no.

—¿Y qué es para ti lo importante? —preguntó él, sin comprender nada.

Su amiga le resultaba un complicado jeroglífico en aquellos momentos. Sabía, por el tono de la conversación, que hablaban de algo más profundo de lo que las palabras reflejaban, pero desconocía qué.

—Aprovecha el momento.

Leo parecía incrédulo. De manera que eso era lo que le sucedía a la rubia. En su epifanía particular, necesitaba un tiempo sabático para decidir qué quería hacer con su vida: si estudiar, trabajar o cualquier otra cosa que se le ocurriera. Entendía que se sintiera desorientada, pero...

—¿En serio? —Leo miró al cielo, exasperado—. ¿Venimos hasta aquí con este calor de mierda para que mires ese edificio con cara de conejo asustado y llegues a la típica conclusión de *carpe diem*? ¿Crees que a tus padres les hará gracia que de repente tu carrera te importe menos que nada? Creo que podrías buscar el equilibrio entre lo uno y lo otro.

Por primera vez en todo el tiempo que llevaban juntos, Jojo sonrió con dulzura.

—¿No sonrías! —protestó él, aún con el ceño fruncido—. ¡De veras pensaba que te sucedía algo grave, no que fuera esa tontería! Con razón querías venir sola, ¿no? Para no tener que explicar a los demás que has decidido no ir a la universidad este año.

La muchacha se encogió de hombros, pero sin borrar el gesto de cariño. Miró su indumentaria, la falda vaporosa azul, los collares de cuentas comprados en un puesto de carretera, las flores en el pelo, los brazaletes.

—No sé si de todas formas hubiera encajado ahí —manifestó.

—¿Qué les vas a decir a los demás? —quiso saber Leo, aún con expresión aturdida—. Y a tus padres, Jojo... ¿no crees que esto les disgustará?

Ella se encogió de hombros.

—Me enfrentaré a eso cuando llegue el momento —murmuró—. Así que te pido por favor que no digas nada. Gestionaré el tema a mi manera.

Leo sacudió la cabeza, todavía enfurruñado.

—Estás tan mono con ese mohín —se burló Jojo, colgándose de su brazo—. Venga, te invito a un megahelado doble. Solo por compartir mis secretos te lo mereces, y aunque ver sudar a los tíos me resulta sexy, me temo que prefiero que sea en otras circunstancias...

Y tiró de su amigo para que regresaran a la furgoneta, sin girarse ni una sola vez para volver a contemplar la universidad a la que tanto había deseado ir durante sus años en el instituto.

Capítulo 7

Washington D.C.: A girl like you

NAOMI

*I've never known a girl like you before
Now just like in a song from days of yore
Here you come a knockin', knockin' on my door
And I've never met a girl like you before.*
«No he conocido nunca una chica como tú
Ahora, como en una canción de tiempos pasados
Aquí vienes, llamando, llamando a mi puerta
Y no he conocido nunca una chica como tú».
(Edwyn Collins, del álbum *Gorgeous George*).

Tyler terminó de subir corriendo los últimos escalones y elevó los brazos en el aire con los puños cerrados.

—¡Vamos, panda de tortugas! —animó a sus amigos, dando saltos alternativamente sobre un pie y el otro.

Naomi llegó a su lado casi sin aliento y le dio un empujón cariñoso.

—No seas malo, señor deportista, que estos son de letras.

Miró hacia abajo. Leo subía a buen ritmo con Cam compitiendo con él, casi a su lado, mientras que Jojo iba la última a paso normal, no parecía tener ninguna prisa. Cuando por fin llegó arriba, imitó el gesto de los demás, pero Naomi vio que la chica estaba aguantándose la risa.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le preguntó, mientras sacaba unas fotos de sus amigos y del museo tras ellos.

—Nada, que parecemos todos tontos —se rio la rubia—. ¿Y cuál es el misterio de todo este salto con los puños en alto? ¿Nos dan un premio o qué?

—¡Las escaleras de Rocky! —exclamó Tyler, cogiéndola para elevarla en el aire y darle un par de vueltas—. ¿Es que el nombre no te dice nada?

—¡Que me mareas! —protestó ella, agitando las piernas para que el chico dejara de girar.

—Vale, vale. —Se paró, pero no la soltó—. Rocky, Jojo. Tienes que saber quién es, o al menos haber oído hablar de él.

—Si te refieres a la película, Sylvester Stallone no es de mis favoritos.

—Claro, tú eres más de *Hair*, seguro.

Jojo le sacó la lengua, y Tyler la dejó de pie en el suelo entre risas. Naomi

aprovechó la ocasión para pedir a un turista que pasaba por allí que les sacara una foto a todos juntos haciendo el famoso gesto del boxeador en la película, y después bajaron de nuevo las escaleras para sacarse más fotos junto a la estatua de Rocky que había a un lado de las mismas.

—Bueno, pues ya solo nos queda una cosa que ver en Philadelphia —dijo Naomi, mientras regresaban al coche.

—La campana de la libertad —terminó Leo por ella—. Historia de nuestro país en estado puro, chicos.

—Y comer un Philly Steak —añadió Jojo con rapidez—. Que eso no podemos dejarlo pasar, es histórico también.

—Tranquila, comeremos cerca del museo donde está la campana, he encontrado un sitio famoso —le dijo Naomi, guiñándole un ojo.

Volvieron al coche para trasladarse al centro, donde estaba el museo, y Naomi se aseguró de que su amiga conseguía su bocata típico de Filadelfia. Habían ido hasta allí directamente, sin parar en Nueva York, ya que, aunque les pillaba de camino, todos habían estado antes en algún momento de su vida y por lo tanto preferían visitar lugares nuevos.

Naomi estaba disfrutando como la que más, pero ya se estaban acercando al ecuador del viaje, y aquello le hacía pensar cada vez en más en lo que esperaba al final: su nueva vida en California. Y ahora que había expresado parte de sus temores a sus amigas, de alguna forma se habían vuelto más reales. Sabía que no era justa con Tyler por no decirle lo que pensaba en realidad, pero tampoco encontraba un buen momento para hablar con él, ya que nunca estaban a solas.

—¿Y qué nos toca hoy? —preguntó Jojo, sirviéndose un vaso de zumo de naranja—. Porque ya no nos queda ningún museo más por ver, ¿no? Que yo por lo menos me voy a acordar de los Smithsonian el resto de mi vida.

Naomi le tiró una servilleta sacando la lengua, aunque tenía que admitir que el día anterior había sido duro en lo que a museos se refería: habían visitado el de Historia Natural, el del Aire y el Espacio, el de Arte Americano... todos los que se encontraban en Independence Avenue y alrededores.

El primer día habían pateado Washington de un extremo a otro para ver el monumento a Lincoln, los memoriales de Vietnam y Corea, la Casa Blanca, el cementerio de Arlington, el monumento de Iwo Jima... todo bajo un calor agobiante que les tenía deseando marcharse ya de allí a su próxima parada: el parque acuático Splash Valley en Virginia, a medio camino de Nashville, que era hacia donde se dirigían por expreso deseo de Cam. Naomi era consciente

de ello, pero tenía planeada una última cosa que hacer en la ciudad, y esperaba que a los demás les gustara, porque aún no sabían de qué se trataba: no se lo había comentado al no tener confirmación sobre ello hasta hacía unos pocos días.

—Dime por favor que vamos a algún sitio con aire acondicionado — suplicó Cam.

—Sí, hay aire acondicionado —contestó ella, carraspeando.

—¿Pero nos queda algo que visitar? —preguntó Leo, mirando la pantalla de su móvil con atención, donde se había descargado una guía de Washington D.C.—. Yo creo que ya lo hemos visto todo.

—Nos falta el Pentágono —contestó ella.

—Eso podemos verlo cuando nos vayamos —dijo Tyler, untándose una tostada con mantequilla para dar un mordisco después—. Total, para verlo por fuera... —Se encogió de hombros—. Con cuatro fotos vale.

—Bueno, veréis. Es que, en realidad, vamos a verlo por dentro.

Naomi sacó su móvil, buscó el mail en el que habían confirmado la visita y se lo pasó a su novio, que miró la pantalla, incrédulo.

—¿Y esto? —preguntó, extrañado, antes de pasarle el móvil a Leo—. No nos habías dicho nada.

—Es que no sabía si nos aprobarían la visita. La tuve que solicitar con tiempo, enviar todos nuestros datos... y no era algo fijo. Pero me llegó el email de confirmación el otro día, y resulta que tenemos programada una visita para esta mañana. Por eso también hemos estado tres días aquí... cuando con dos nos habría sido suficiente. Para hacer tiempo. —Los miró alternativamente, esperando su reacción—. ¿Y bien? ¿Qué os parece?

—¡Pues qué nos va a parecer! —contestó Leo con entusiasmo—. ¿Entrar en el Pentágono? ¡Es genial!

—Bueno, tampoco te animes demasiado. Es una visita guiada y vigilada, no creas que vamos a ver nada.

—Cualquier cosa será interesante, quién sabe si me puede servir para alguna novela en el futuro. Bien pensado, pelirroja.

Alzó la mano y Naomi se la chocó con una sonrisa. Terminaron de desayunar entre conjeturas sobre qué les enseñarían en aquella visita, y después cogieron el coche para dirigirse hacia Arlington.

Dejaron el coche en un centro comercial cercano al Pentágono, ya que según le habían enviado a Naomi en las instrucciones, no se podía aparcar dentro ni en los alrededores. Miró el reloj por si acaso, pero aunque iban con tiempo de

sobra, no podía evitar estar nerviosa. Aquel lugar lleno de secretos era el summum en lo que a lo militar se refería, y estaba deseando verlo por dentro.

Cuando atravesaron la barrera principal, se encontraron con que había algo de gente haciendo cola. Se situaron detrás y avanzaron poco a poco hasta llegar al primer punto de control, donde comprobaron sus identificaciones y que estaban en la lista de aprobados. Después llegaron al siguiente punto, que tenía un detector de metales y un escáner, y tras pasarlo sin problemas llegaron a una sala de espera, con tienda de recuerdos incluida. Como aún era pronto, cogieron unos imanes y se sacaron fotos junto a un cartel con el escudo del águila, ya que en todos los carteles que había colocados se avisaba de que ese sería el único lugar donde podrían sacarse fotos, en el resto estaba totalmente prohibido.

Un rato después un par de marines pasaron a buscar a todos los que estaban en el grupo con ellos y les llevaron a una sala donde les explicaron todas las normas de seguridad. Al terminar, les llevaron a la entrada principal, donde lo primero que vieron fueron varias tiendas y un Starbucks.

—El café, el gran aliado para salvar el mundo —comentó Leo.

—Chist —le dijo Naomi, llevándose un dedo a los labios.

Dos marines se pusieron delante del grupo y uno detrás, para evitar que nadie quedara rezagado.

—Esto impone un poco —le susurró Cam a Naomi y Jojo.

—Se nota que no habéis crecido en este ambiente —contestó la rubia, sacudiendo sus trenzas para quitarle importancia.

Uno de los marines comenzó a caminar de espaldas para mirarlos mientras hablaba, y Naomi chistó a sus amigas para que se mantuvieran en silencio, atenta a las palabras del chico.

El marine fue explicando la historia del edificio, su arquitectura, los murales que iban viendo en las paredes... todo ello mientras caminaban sin parar por un pasillo y otro, subiendo y bajando escaleras de forma que, antes de darse cuenta, ya estaban en el otro extremo del edificio.

Naomi no perdía una palabra de lo que contaba, y estaba deslumbrada por todo lo que veía. Uno de los pasillos estaba dedicado a diferentes héroes de guerra, y mientras miraba las fotos de varios de ellos, acompañadas de una breve descripción, supo de forma definitiva que aquello era lo que quería hacer con su vida. Probablemente no llegaría al status de aquellos hombres y mujeres, ni tendría aquellos reconocimientos, pero no importaba. Y las pocas dudas que le podían quedar, se esfumaron cuando los llevaron a la capilla que

se había dedicado a las víctimas del 11S.

«Sí, esto es», pensó mientras miraba las fotos de los que habían muerto aquel día en el Pentágono. «Si de alguna forma puedo ayudar a que no vuelva a ocurrir algo así, tengo que hacerlo. Y esta es la forma».

Solo se lo había dicho a una persona. Instintivamente se llevó la mano al bolsillo y tocó su móvil... pero Tyler le rodeó los hombros con un brazo en aquel momento y ella bajó la mirada, enrojeciendo por lo que estaba pensando y en quién.

—Pareces afectada —dijo el chico.

—¿A ti no te impone este sitio?

—Sí, bastante. Igual que cuando estuvimos en Nueva York visitando el memorial. Es duro pensar en lo que ocurrió.

—¿Y no te gustaría hacer algo para que no vuelva a pasar?

Tyler la miró con extrañeza; por su expresión, Naomi sabía que no la estaba entendiendo.

—¿A qué te refieres? —preguntó él—. ¿A ser policía o algo así?

—No. —Sacudió la cabeza—. No sé. Por ejemplo, mira al padre de Jojo, ha dedicado toda su vida a luchar por nosotros.

—Y se lo agradezco, como a todos los que dan la vida por este país. Pero no entiendo adónde quieres llegar.

—No sé cómo explicarme.

—Podemos acudir a más homenajes, si quieres. La vida que llevan es muy sacrificada, ya lo sé. Jojo no cuenta mucho de su padre... pero solo de pensar en todas las veces que ha tenido que cambiar de colegio, o el tiempo que ha estado su padre fuera... es muy duro. Yo no creo que pudiera hacerlo.

—Ya...

—¿Te imaginas pasar tanto tiempo fuera de casa, en un país extraño, sin ver a tu familia? ¿Y teniéndolos preocupados siempre?

—Sí, en eso tienes razón.

Se apartó de él para mirar una de las fotos, dando vueltas a lo que él había dicho. Y sí, todo lo que Tyler había expuesto era cierto. Pero aun así, la certeza de que ese era su destino no se le quitaba de la cabeza. Con las palabras del chico, había quedado claro que él no pensaba de forma similar, y que desde luego no iba a gustarle la idea. La cosa se complicaba por momentos.

El marine indicó que debían continuar la visita, así que Naomi se unió al grupo pensando que debía buscar un momento para hablar con Tyler antes de

terminar aquel viaje.

Cuando finalizó la visita guiada, se dirigieron al exterior para ver el monumento que se había hecho también fuera para las víctimas del 11S. Mientras paseaba entre las esculturas con forma de banco, Naomi observó a sus amigas. Sentía como si les estuviera fallando en cierto modo al no haberles confiado lo que le preocupaba. Al fin y al cabo, Cam se había sincerado sobre sus sentimientos hacia Leo y haber recibido la aceptación de Berkeley. Eran amigas desde hacía años, siempre se contaban las cosas y necesitaba saber su opinión, recibir sus consejos. No sería difícil encontrar un momento para hablar con ellas a solas, sobre todo porque llevaban compartiendo habitación desde que comenzaron el viaje. Solo necesitaba reunir el valor suficiente para hacerlo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Jojo.

Naomi se giró hacia la chica, que se había acercado sin que se diera cuenta y estaba a su lado mirándola con preocupación.

—Sí —contestó, sonriendo a medias—. ¿Por?

—No sé, tienes una cara rara.

—Es todo esto, supongo. Es un poco...

— ...deprimente —terminó Cam por ella, que también se había acercado y se había puesto al otro lado—. Pero es normal.

—No sé si ha sido tan buena idea venir aquí —dijo Naomi, con un suspiro.

—Claro que sí —dijo Jojo—. Esto solo es una parte, lo demás ha estado súper guay. ¿No os habéis quedado muertas de curiosidad por ver qué había detrás de todas esas puertas que hemos pasado? ¡Daban ganas de cogerle la tarjeta de seguridad al marine buenorro y abrir una!

—¿Marine buenorro? —repitió Cam.

—O marines, mejor dicho. Qué quieres que te diga, pero estaban los tres bien potentes con esos uniformes, ¿eh?

—Calla, que como te oiga un psicólogo va a decir que tienes algún tipo de rollo paterno-uniforme.

Jojo hizo un gesto de desagrado. Los chicos se acercaron entonces, y emprendieron el regreso al coche comentando la visita.

Capítulo 8

Nashville, Tennessee: Dance the night away

JOJO

*I just wanna dance the night away
With señoritas who can sway
Right now tomorrow's lookin' bright
Just like the sunny mornin' light.
«Solo quiero bailar toda la noche
Con señoritas que sepan moverse
Ahora el mañana parece brillante
Como la luz del sol de la mañana»
(The Mavericks, del álbum *Trampoline*).*

—Tranquilo, papá, de verdad que solo ha sido un mareo por el tobogán, era una pasada de alto y tenía un montón de giros. Era solo un comentario. No sé para qué te digo nada, la verdad, no quería preocuparte.

—Jojo, ya sabes que eso es inevitable, y... No sé, puede que no debieras montarte en esas atracciones tan peligrosas.

—No exageres, anda. Son perfectamente seguras. Estoy bien, así que tranquilos.

—Está bien. —Su padre suspiró al otro lado de la línea—. En fin, ¿qué tal todos? ¿Y tu amiga?

—¿A cuál te refieres, Cam o Naomi?

—Naomi, la pelirroja.

—¿Y por qué me preguntas por ella en concreto?

Jojo estaba extrañada. Sus amigos se llevaban bien con sus padres, pero en general, que ella supiera no tenían ninguna preferencia por ninguno en particular, y que preguntara por Naomi solamente era raro.

—Sin más —continuó su padre—. Es que hablé con ella antes de que os fuerais, un día que pasó a buscarte y estabas todavía en la ducha. Me estuvo preguntando muchas cosas sobre mi carrera militar, hasta le saqué mis medallas. No sabía que estuviera tan interesada en el tema, así que ya le dije que cuando quisiera podía venir con más tiempo y le enseñaba algunas fotos.

Jojo se quedó en silencio al escucharlo. En otro momento no le habría dado importancia, pero después de ver el entusiasmo de su amiga durante la visita al Pentágono, ya no lo tenía tan claro. ¿Y si había algo más detrás de todo

aquel interés que Naomi no les había contado?

—¿Sigues ahí? —Escuchó que le preguntaba su padre.

—Sí, sí, perdona. Pues no sé, no me ha dicho nada.

—Quizá solo estaba siendo amable.

—Puede ser, tus batallitas no es que sean interesantes para todo el mundo.

—Pues a ti bien que te gustan.

—Porque quiero que me des la paga, claro. —Cam le hizo gestos desde el coche—. Te dejo, que solo hemos hecho una parada para llenar el depósito y nos vamos.

—Vale, pasadlo bien en Nashville.

—Eso no lo dudes. Un beso a mamá.

—Se lo daré, no te preocupes. Y ya hablaremos del tema de la paga cuando vuelvas, graciosa.

Jojo le tiró un sonoro beso antes de desconectar la llamada. Guardó el móvil y dejó sobre el mostrador de la tienda dinero para pagar las bolsas que había cogido. Antes de salir abrió una de tiras de carne seca, y salió dándole un mordisco.

—¡Ya te cuesta! —le dijo Leo desde el coche.

—Ya voy, que justo me ha llamado mi padre. —Se subió y se sentó junto a Naomi—. Me ha preguntado por vosotros.

—Espero que le hayas dado recuerdos —contestó la pelirroja, cogiendo una bolsa.

—Claro, cachorros.

Pensó en preguntar sobre la conversación que habían mantenido, pero Naomi se puso a hablar con Tyler, así que lo dejó para más adelante. Puede que no fuera nada, pero ya le había entrado la curiosidad y no pensaba dejarlo pasar.

—¿Qué es esa asquerosidad que estás comiendo? —preguntó Cam.

—Tiras de carne seca. —Le alargó una—. ¿Quieres?

Cam arrugó la nariz, negando con la cabeza.

—Creo que paso, gracias.

—Tú te lo pierdes. ¿Tyler?

—No. —El chico hizo un gesto de asco—. Cosas como esas son las que me hacen plantearme el vegetarianismo.

—¿Vegetariano tú? —replicó Naomi—. ¿Y eso desde cuándo?

El chico se encogió de hombros como respuesta. Naomi cogió una tira con el ceño fruncido y Jojo pasó su mirada de una a otro, preguntándose si iba

todo bien entre ellos.

Conducía Leo, así que los demás se quedaron en la parte trasera charlando, conoedores de que el chico no era muy amigo de conversaciones mientras manejaba el volante. Cam podía saltarse esa regla sin recibir gruñidos, pero esa vez decidió no hacerlo, al ver su expresión concentrada.

Nada más llegar a Nashville, todo a su alrededor pareció cambiar de color: acababan de entrar en uno de los lugares más atractivos del sur de Estados Unidos. Memphis era la capital más poblada, pero Nashville no se quedaba atrás y se encontraba en el segundo lugar de la clasificación, con más de seiscientos mil habitantes. Conocida como Ciudad de la Música, Cam estaba especialmente interesada en visitarla y empaparse de su atmósfera llena de ritmo. Ya había advertido a todos que esa noche saldrían a recorrer locales, escuchar alguna banda en directo y bailar si se terciaba. Los chicos asintieron distraídos (ninguno tenía demasiado interés en bailar), pero ellas se mostraron entusiasmadas ante ese plan.

En este caso, Naomi había buscado con tiempo un apartamento tipo *loft* en el Broadway para no perder tiempo dando vueltas por la ciudad. Estaba cerca del centro, así que el siguiente paso tras aparcar la furgoneta fue arrastrar los equipajes, algo que empezaba a resultar pesado para todos. El cansancio del viaje comenzaba a dejarse notar en sus rostros, pero ninguno deseaba finalizarlo.

—Dos camas y un sofá —comentó Jojo, al entrar en el cuarto que les habían asignado a ellas—. Bueno, la última vez le tocó el sofá a Naomi, así que esta vez yo dormiré ahí. —Miró a la pelirroja directamente—. ¿Seguro que no te gustaría compartir cuarto con Tyler ni una sola noche?

Naomi se encogió de hombros, encaminándose hacia el baño para examinarlo. La rubia se encontró con la misma mirada curiosa de Cam, y se dio cuenta sin necesidad de decirlo que ambas pensaban en lo raro que resultaba aquello.

Deshicieron las maletas en silencio, Jojo pensando en la suerte que tenía su amiga. Tener a un chico como Tyler a su lado, y tratarlo de esa manera. Ella hubiera dado un brazo por que alguien como él le prestara atención, no lo hubiera soltado tan fácil.

Pero claro, Tyler no se hubiera fijado jamás en ella, era evidente. Se contempló en el espejo, odiando sus pecas, su cabello alborotado, sus pechos diminutos. Estaba muy lejos de ser una belleza y lo sabía, pero tampoco era justo aquel reparto. Si alguna de sus amigas supiera, por una sola vez, lo que

era tener al lado al objeto de tu afecto todo el tiempo sin poder tenerlo, y lo que dolía aquello...

El trajín de Cam la sacó de sus pensamientos: su amiga permanecía de pie ante el armario, cruzada de brazos y con mirada crítica mientras estudiaba su ropa. Jojo sabía por experiencia lo que significa aquello: Cam pensaba sacar la artillería pesada, algo que solía hacer si el plan era juerga y baile, y eso también significaba que a Tyler le tocaría coquetear con la camarera de turno para conseguirles copas a todos. Jojo odiaba aquellos momentos.

—No vas a ir en vaqueros —estaba diciendo la morena a Naomi, mientras meneaba la cabeza de forma negativa—; hace siglos que no vamos de fiesta, así que no protestes.

Naomi apartó los vaqueros de mala gana, y comenzó a buscar algo más arreglado que ponerse para no desentonar, de modo que Jojo decidió hacer lo mismo. Su ropa no se parecía en nada a la de Cam, ni sabía sacarle el mismo partido a las prendas que su amiga, pero hacía lo que podía. Cogió el único vestido que había metido en la maleta y se lo puso despacio, observando cómo resbalaba hacia abajo con rapidez.

Había perdido peso, y sus manos palparon con suavidad las costillas bajo la fina tela de la prenda, consciente de que estaban ahí más prominentes que hacía unos meses.

—¿Quieres ponerte algo mío? —Cam se materializó a su lado, sonriendo desde el reflejo del espejo—. Este vestido se te ha quedado un poco flojo, ¿sabes? Mira, creo que ahora tenemos más o menos la misma talla, aunque me ganes en altura. A ver esto.

Le tendió algo, y Jojo lo cogió con un gesto mecánico: era un vestido ajustado azul oscuro, una prenda sexy y sobria que ella nunca se hubiera comprado, al no encajar en su estilo alocado. Pero esa noche, en ese momento, deseaba ser otra persona más que nada en el mundo; así que se deshizo del suyo y se probó el de su amiga.

—Huy —murmuró Cam—. Te queda de fábula. Ojalá me dejaras modificar tu rollo, Jojo, estás hecha para un estilo *lady*. Hazme caso.

Jojo le sonrió con dulzura mientras se arreglaba el pelo y se pintaba los labios. Cam meneó la cabeza antes de regresar a su propio atuendo, con las protestas de Naomi de fondo sobre la incomodidad de las sandalias de tacón y de la escasa tela de las faldas.

La rubia terminó la primera, y se sentó sobre su cama a esperar a las otras. Naomi era guapa, pero cuando se ponía elegante parecía desubicada, como si

fuera disfrazada y aquellas prendas no estuvieran hechas para ella. Tiraba continuamente de la minifalda, incómoda. Al contrario que Cam, todo un ejemplo a seguir del buen gusto y estilo al vestir: era sexy sin excederse, y dominaba a la perfección el arte de maquillarse para parecer que no iba maquillada. Cuando terminaba y estaba lista no era el diamante más brillante de la joyería, pero sí una gema que no podías dejar de mirar, y eso hacía que Jojo la admirara.

No fue la única, a juzgar por la cara que puso Leo cuando salieron. Su amigo resultaba más transparente de lo que pensaba, así que Jojo decidió vigilarlo esa noche, a ver si conseguía averiguar algo que animara a su amiga a lanzarse. Conocía bien a Cam, adoraba bailar y era la primera en saltar a la pista, fuera acompañada o no... si Leo ponía mala cara, estaba todo dicho.

—Qué guapas —dijo Tyler, sonriendo al verlas.

—Sí, la verdad, últimamente nos estábamos quedando sin *glamour* —se burló Leo.

Jojo le pegó en la cabeza con una risita, aunque nadie lo había tomado a mal.

Primero fueron a cenar, optando por unos tacos en un restaurante de comida mexicana, y después salieron a la calle para disfrutar de la preciosa ciudad iluminada: de todos los bares salía música, muchos de ellos tenían grupos que tocaban en directo, lo que generaba un ambiente de alegría y diversión. Por todas partes se veía gente joven con los rostros brillantes gracias a la famosa humedad típica de los veranos en Tennessee, pero sus cuerpos se agitaban como por inercia, y parecían tan felices que resultaba contagioso. Entre risas, corrían de local en local, sin decidirse entre todos aquellos que no tenían vigilancia en la puerta y que, por lo tanto, tenían menos probabilidades de que les pidieran los carnés, hasta que Cam se detuvo de golpe frente a uno, escuchando la música: se llamaba *Layla's Bluegrass In*, y la chica leyó el cartel de la puerta mientras tarareaba la melodía.

—¡Están tocando una canción de The Mavericks! ¡Tenemos que entrar!

No esperó respuesta, metiéndose en el interior sin mirar atrás. Jojo sacudió la cabeza y siguió a sus amigos, ya acostumbrados a aquellos arrebatos de Cam respecto a la música.

—Pero, ¿es que ese grupo aún existe? — preguntó Leo en voz baja.

—No, memo, es que hay una banda que interpreta de todo —corrigió Tyler, como si la respuesta fuera elemental.

—Ahhhh. Qué manía con los grupos viejos.

Tyler consiguió tres rondas de chupitos y una copa para cada uno de la misma camarera. Luego desapareció el tiempo suficiente como para que la chica se olvidara de él; más tarde usaría sus trucos con la otra. No llegó muy lejos, pues Cam lo agarró por el brazo para llevárselo a la pista, y él no opuso resistencia. Por lo general, ni Naomi ni Leo eran amigos de los bailes, y solían quedarse en la mesa charlando y metiéndose con la gente que no coordinaba lo suficiente para estar en una pista en público. A Tyler sí le gustaba, y aunque no era muy hábil, su buena predisposición a intentarlo arrancaba sonrisas y no burlas. Jojo los siguió hasta la pista, y se quedó apoyada bebiendo su copa y valorando si estaba lo bastante ebria como para lanzarse a menear las caderas al ritmo de *Dance the Night Away*. Nunca lograría ser tan buena como Cam, que tenía ritmo natural y poca vergüenza, además de adaptarse muy bien a cualquier música, algo difícil para ella: jamás lograba soltarse del todo.

Los chupitos comenzaban a afectarle, y la mejor forma de combatir aquello era un poco de aire fresco, pero antes de que pudiera salir escuchó un rumor en la pista. Cam y Tyler apenas llevaban unos minutos cuando un par de chicos se pusieron a bailar de forma sincronizada ante su atónita amiga, con gesto provocador.

No era la primera vez que Jojo presenciaba cómo se iniciaba una batalla de baile. También Cam, que era fácil de provocar y no se echaba atrás aunque su estatura pudiera sugerir lo contrario. Tyler enseguida se quedó a un lado al darse cuenta que era algo personal de uno de los chicos contra la morena, así que fue a la barra a conseguir más alcohol y regresó junto a Jojo.

—¿Crees que pretende ligar con ella? —preguntó Tyler divertido.

—Obvio. —La joven hizo una mueca, bebiéndose el tequila que le había traído de un trago, con el consiguiente gesto de asco—. Un tipo listo, se acerca a la chica por medio de un baile retador, y por de pronto ha alejado al maromo.

Tyler sonrió.

—Cam le va a dar una lección. Aunque no la veo disgustada tampoco.

Llevaba razón, y Jojo se dio cuenta también. Su amiga se lo estaba pasando en grande conservando el tipo. El otro chico la miraba como si fuera un caramelo y ella le dedicaba caídas de pestañas y sonrisas relucientes. La rubia buscó su mesa y vislumbró a una Naomi divertida y a un Leo con cara de circunstancias.

El bailarín espontáneo llevaba un rato demostrando habilidades, no tardaría mucho en hacerse a un lado para que Cam continuara, de forma que Jojo le

quitó el tequila a Tyler y se lo tomó de otro trago.

—¿Qué pretendes, acabar en el hospital? —dijo él sorprendido.

—No. Hacer mi buena acción del día —murmuró Jojo, devolviendo el vaso vacío al estupefacto joven.

A continuación, entró en la pista, decidida. Pasó junto a Cam hacia el ligón de turno y empezó a bailar con él usando su mejor repertorio: contoneo de caderas, mirada seductora, mucho morderse el labio y sonrisa picarona. Cam se quedó pasmada al verla, pero el chico no puso el menor reparo, dedicándose a seguirle el luego por si acaso tenía suerte con ella después.

—Pero, ¿qué coño...? —Cam regresó junto a Tyler, aún cruzada de brazos—. ¿Has visto lo que acaba de hacer mi supuesta amiga? Se supone que yo estaba ligando con ese cretino.

—Creo que ha bebido más de la cuenta, o se le ha subido el tequila— replicó él, con una plácida sonrisa que venía a decir que el asunto no le importaba nada—. Déjala que se divierta un poco, últimamente parece preocupada.

—Qué remedio. —Cam recuperó la sonrisa al momento y tiró de su brazo—. Pues nada, amigo, te toca volver a la pista conmigo.

Jojo miró de reojo a la morena, y entendió que no estaba molesta, así que siguió ligando de forma descarada. Ya que había entrado de esa manera, ahora no podía bajar la intensidad... bien mirado, quizás no quería. El chico le llevaba un par de años, pero resultaba atractivo y bailaba más que bien. Así que cuando terminó la canción y le preguntó si podía invitarla a una copa, la rubia no dudó.

—Que sean dos —respondió, tirando de su camiseta en dirección a la barra.

Mientras hablaban de temas triviales, entre miradas seductoras del chico (que respondía al nombre de Andy), Jojo repasaba sus aventuras con los hombres en general. Antes de irse a vivir a Portland había estado en muchos sitios, pero por aquel entonces aún era demasiado niña. No había sentido interés por el tema hasta los quince, al conocer al hijo de un compañero de su padre militar. Se llamaba Josh, pero si alguna vez sintió interés por ella no lo demostró, y como meses después volvieron a mudarse, a Jojo no le costó olvidarlo. Luego aterrizaron en Maine, y las cosas cambiaron; pese a que las primeras semanas fueron duras, luego apareció el grupo y su vida tomó otro color.

Uno naranja y rosa, del tono de las nubes cuando hacía viento sur, y esos eran los colores que asociaba a Tyler. Aquellas nubes se desinflaron cuando

supo de la relación que tenía con Naomi, pero siguieron a su lado: delgadas, pequeñas, menos brillantes, pero siempre presentes. Cuando pasaba ratos a solas con él hablando de cualquier tontería, crecían y se expandían. Y aunque después recuperaban el tamaño que les correspondía, no desaparecían del todo.

Cuando las nubes eran tan diminutas como su esperanza, intentaba inyectarles aire buscando otra persona: así había perdido la virginidad, con un parche de amor falso puesto de mala manera encima del amor imposible.

Había sido en la fiesta de Lana Reed, en el segundo curso. Cam se había encerrado en el baño, borracha como una cuba de chupitos de gelatina de vodka, echando pestes de su novio actual, al que había sorprendido dándose el lote con una tetona de primer curso que siempre llevaba unas ridículas coletas infantiles. Naomi intentaba hacerla salir, y ella... ella había aprovechado la ocasión para escaparse con Nate Allen, del último curso. Demasiado delgado, siempre vestido con su cazadora negra, decía palabrotas y bebía en exceso, pero tenía algo que la atraía como un imán. Puede que fuera su absurda manía de intentar meterle mano a la primera ocasión, o su permanente cara de mal humor, pero el caso es que se marchó de la fiesta con él sin decírselo a nadie. Justo como estaba a punto de hacer en ese mismo momento, mientras sus amigos hablaban y bailaban.

Agarró a Andy de la muñeca y se abrió paso entre la abarrotada pista de baile, deslizándose entre cuerpos y más cuerpos, arrastrando al sorprendido muchacho hasta la puerta.

—¿Tienes coche? —le preguntó.

—A dos manzanas —la respuesta fue breve, pero concisa.

Jojo se dejó conducir hasta allí, ya que no conocía la zona. Sabía que más tarde, cuando regresara, le tocaría escuchar los sonetos extralargos de sus amigos: «cómo se te ha ocurrido irte con un desconocido, nos tenías preocupados, te has vuelto loca». Una cosa era largarse con Nate, a quien todos conocían, y en Portland, sitio en el que vivía, y otra muy distinta en Nashville.

Oiría todas sus quejas de una en una, pero sería después.

No tenía un vehículo muy grande, aunque era suficiente. Necesitaba sentir esa clase de contacto, tener las manos de un chico encima, que alguien expresara deseo hacia ella.

Nate había sido bastante rudo, y Andy iba camino de portarse más o menos igual, pero no le molestaba: los dos le habían levantado la falda con poco

cuidado, y se habían deshecho de sus bragas en un tiempo récord, pero Jojo suponía que era lo que tenían los encuentros ocasionales. Faltaba la parte sentimental, claro, pero tendría que bastar: solo tenía que cerrar los ojos y dejar volar su imaginación.

El encuentro fue breve, y pronto Andy dio muestras de querer regresar al bar para continuar confraternizando y bebiendo. Como fuera, era obvio que el interés había decaído al mismo tiempo que su erección, y Jojo saltó del coche tras arreglarse la ropa. Estaba mareada y aturdida; lejos de satisfacerla, aquel sexo ocasional le había revuelto un poco el estómago, dejándola vacía.

Permaneció apoyada contra la pared, aspirando aire fresco con ansiedad para ver si se despejaba su cabeza, aún embotada por el alcohol. Andy alarmó el coche y desapareció tal cual había llegado, sin mirar atrás. Siempre lo hacían.

Supo que iba a vomitar, así que se arrodilló junto a la acera pensando en no estropear el vestido de Cam; la pobre no tenía la culpa de sus majaderías. No era responsable de que hubiera decidido beber demasiado mientras tomaba pastillas. Eso y largarse con el primer tipo que se había puesto a tiro era solo responsabilidad suya.

Vomitó y vomitó hasta que no pudo más, mientras las lágrimas resbalaban por la cara y caían en el suelo. No supo el tiempo que había transcurrido hasta que oyó voces a lo lejos, voces que resultaban familiares.

—¿Jojo? —Era Cam, y Jojo la oyó gritar varias palabras que no acertó a comprender.

Un segundo después tenía a Tyler a su lado. A pesar de su cabeza nublada, del mareo, de la pena, maldita la gracia que le hacía que tuviera que verla en aquel estado tan patético y lamentable... pero ya no tenía remedio, se lo había buscado solita.

Tyler se agachó sobre ella sin mediar palabra. Observó su estado y sus lágrimas, y la expresión de enfado se diluyó al momento.

—Venga, cariño, nos vamos —murmuró, levantándola sin el menor esfuerzo.

Jojo se agarró a él como si fuera un flotador en mitad del océano. Trató de decir algo sin éxito, y tampoco Tyler insistió, limitándose a repetir palabras tranquilizadoras como si tuviera a un niño entre sus brazos. Solo subió el tono cuando alcanzó al resto de sus amigos.

—¿Está herida? —Escuchó con claridad la voz de Naomi.

—No, solo tiene una borrachera de espanto —siseó él.

—¿Ese tío le habrá hecho algo? —insistió Cam, con tono nervioso.

Jojo se odió por haberlos preocupado de semejante manera, pero no se sentía con fuerzas para disculparse. Apretó los ojos y permaneció refugiada contra el cuello de Tyler, dejando que su olor la envolviera. Nunca más volvería a tener esa oportunidad.

—No, no lo creo. Venga, vamos a llevarla a la cama y mañana estará bien. Jojo decidió creer en aquellas palabras ella también.

Capítulo 9

Memphis, Tennessee: Piece of my heart

TYLER

*Take it!
Take another little piece of my heart now, baby!
Oh, oh, break it!
Break another little bit of my heart now, darling, yeah, yeah, yeah.
Oh, oh, have a!
Have another little piece of my heart now, baby,
You know you got it if it makes you feel good,
Oh, yes indeed.
«¡Cógelo!
¡Coge otro trocito de mi corazón, cariño!
¡Oh, oh, rómpelo!
Rompe otro trocito de mi corazón, querido, sí, sí, sí
Oh, oh, ten
Ten otro trocito de mi corazón ahora, cariño
Sabes que lo tienes si te hace sentir bien
Oh, sí, por supuesto».
(Janis Joplin, del álbum *Cheap Thrills*).*

—Naomi dijo que bajaba en cinco minutos hace ya diez —dijo Cam.

—Se iba a lavar también el pelo, tardará por eso —explicó Jojo.

—Voy a buscarla —dijo Tyler.

—Si quieres subo yo —se ofreció Jojo—. Si está tardando más es por culpa mía, que he tardado en el baño más de lo normal. No me ha sentado bien el desayuno.

—¿Pero estás mejor? —preguntó él, preocupado.

—Sí, sí, es la resaca, ya sabes, que aún me dura.

—Mejor te quedas tranquila en el coche. Dame la llave, por si no me oye llamar a la puerta.

Jojo le entregó su copia de la llave de la habitación. Tyler dejó a sus amigos esperando junto al coche, y subió a ver si le faltaba mucho a su novia.

Golpeó la madera con los nudillos antes de pasar la tarjeta de plástico por la rendija y abrir la puerta.

—¿Naomi? —Se asomó con cuidado para no asustarla, por si no le había oído—. ¿Naomi?

La llamó un poco más alto, y ella se asomó desde el cuarto de baño, con una

toalla en la cabeza.

—Ah, hola —saludó Naomi—. Enseguida estoy, solo me queda secarme el pelo.

—Venga, te espero aquí.

Empezó a sonar un móvil, y ella suspiró fastidiada.

—Es el mío —dijo—. Coge tú, serán mis padres. Diles que enseguida salgo, si no, no terminaré nunca.

Volvió a meterse en el baño, y al momento se escuchó el ruido del secador de pelo.

Tyler siguió el sonido del móvil hasta localizarlo sobre una mesilla de noche, junto a la lámpara. No era la primera vez que contestaba el móvil por ella, así que sus padres no se extrañarían. Miró la pantalla por inercia, esperando ver escrito «papá» o «mamá», pero en su lugar vio un nombre: «Jonathan». Frunció el ceño, ya que no le sonaba y estaba claro que no era una llamada equivocada, puesto que Naomi tenía el número grabado. Pulsó el botón de contestar y se lo llevó al oído sin decir nada.

—Hola, preciosa —dijo la voz masculina al otro lado—. ¿Qué tal estás? Hace días que no me mandas ni un mísero mensaje. —Tyler parpadeó sorprendido por aquella familiaridad—. ¿Naomi? ¿Estás ahí?

—No soy Naomi —contestó Tyler, reaccionando al fin—. ¿Quién eres?

—Ah... hola. Esto... ¿no está Naomi por ahí?

—¿Quién eres?

—Un amigo suyo —carraspeó—. Pero bueno, en fin... Mejor la llamo en otro momento —terminó, atropelladamente.

—Sí, mejor.

Tyler colgó apretando el botón con fuerza, ya mosqueado del todo. ¿Un amigo? ¿Qué amigo? No era que Naomi no tuviera amigos aparte de la pandilla de siempre, pero el hecho de que él no supiera de su existencia era cuando menos sospechoso. ¿Por qué no le había hablado de él?

Naomi salió en aquel momento del baño, ya con el pelo seco y peinándose con los dedos. Se acercó a él con una sonrisa, pero algo en su expresión debió delatarle, porque pronto la perdió.

—¿Ocurre algo? —le preguntó, mirando su mano, donde aún sostenía el móvil—. ¿Era mi padre?

—No.

—¿Quién entonces? ¿Mi madre? —Le cogió el teléfono y pulsó varios botones—. ¿Ha pasado algo?

—No lo sé, dímelo tú.

Supo el momento exacto en el que Naomi localizó la llamada porque la chica palideció y elevó la vista hacia él, mirándole con lo que Tyler reconoció al momento como su expresión culpable.

—Tyler...

—¿Quién es Jonathan?

—Un amigo.

—Sí, eso me ha dicho él. Pero conozco a todos tus amigos, y desde luego no me lo has presentado.

—No tienes que enfadarte, es solo... —Se mordió un labio—. No has coincidido con él, nada más.

—Naomi, ¿qué coño pasa aquí? ¿Desde cuándo no nos decimos la verdad? Porque te conozco como la palma de mi mano, y sé que me estás mintiendo descaradamente a la cara.

Naomi suspiró, y se sentó en la cama con el móvil entre las manos, dándole vueltas con nerviosismo. Tyler se cruzó de brazos frente a ella, esperando a que dijera algo.

—No te estoy engañando —contestó Naomi al cabo de un par de minutos.

—Vaya, pues muchas gracias. Aunque que eso sea lo primero que me digas, no sé si me tranquiliza o me mosquea aún más. ¿Por qué iba a pensar yo tal cosa si se tratara solo de una amistad como cualquier otra? ¿Me vas a decir de una vez quién demonios es ese tipo?

—Le conocí hace unos meses. —Sacudió la cabeza, como quitándole importancia—. Es un vecino nuevo, me lo encontré un día en el parque que hay cerca de mi casa, paseando a su perro. La mía se acercó al suyo, y empezamos a hablar.

—¿Y así, sin más, le diste tu teléfono?

—Nos hemos visto más veces. Pero nada fuera de lo normal, te lo juro.

—Si eso es así, ¿por qué no me dijiste nada? ¿Meses viendo a otro tío y ni siquiera lo mencionas? —Se pasó la mano por la cara, exasperado, porque no entendía nada—. Naomi, ¿qué está pasando? Dime la verdad, creo que me lo merezco después de tantos años juntos.

La observó mientras ella se frotaba la frente: otro signo de nerviosismo. Naomi miró el móvil, antes de guardárselo de nuevo, y se levantó para acercarse a él con expresión arrepentida, como si la hubieran pillado comiendo helado a escondidas.

—Te juro que no hay nada más —dijo—. Pero...

—Chicos, ¿bajáis o qué? —preguntó Jojo desde la puerta—. No puede ser que mandemos a uno a buscar a otro y desaparezcáis los dos. Si no bajo yo con vosotros, pensarán que nos ha tragado algún agujero a otra dimensión o algo así.

Su tono era alegre, pero el ambiente tenso de la habitación debía de ser palpable, porque se quedó mirándoles alternativamente.

—Casi que me voy —dijo en voz baja, desapareciendo de nuevo por la puerta.

Tras su marcha, los dos se quedaron en silencio, evitando mirarse.

—Creo que será mejor que bajemos —dijo Naomi—. Si tardamos más, pensarán que ocurre algo.

—Es que ocurre algo. —Tyler suspiró—. Hablaremos más tarde, esta conversación no se ha terminado.

Naomi se escabulló con rapidez, adelantándose a él, y Tyler la siguió sin saber qué pensar. En su mente no le cabía la posibilidad de que Naomi lo estuviera engañando, pero tampoco que hubiera estado viendo a otro chico, aunque fuera solo como amigos, y no hubiera dicho nada. Era todo muy extraño, no podía evitar que su mente se llenara de sospechas.

Cam ya estaba sentada tras el volante del coche, y Naomi se subió junto a ella sin decir nada. Tyler tampoco habló, ocupando uno de los asientos traseros, y evitó la mirada curiosa de Jojo, que se subió también junto a Leo. El viaje hasta Graceland era bastante corto, pero a Tyler se le hizo largo e incómodo, porque aunque sus amigos hacían comentarios de vez en cuando, ni él ni Naomi dijeron ni una sola palabra hasta que llegaron al aparcamiento de visitantes.

Su novia fue la primera en salir del coche, y comenzó a andar con rapidez por un camino. Los demás se apresuraron a ir tras ella, y enseguida se encontraron delante de la enorme mansión de Elvis.

Naomi iba a entrar, pero Cam la llamó.

—Espera, mujer —le dijo—, vamos a sacarnos una foto ahí, frente a la entrada. No tengas tanta prisa.

Tyler vio que su novia tenía tantas ganas de fotos como él, pero ninguno dijo nada y se colocaron entre las columnas blancas que daban acceso a la casa, con Leo entre ellos. Cam les apuntó con la cámara, indicándoles que se movieran hacia un lado para estar más centrados, y después pidió a otro turista que les sacara las fotos. Entregó su cámara y explicó qué botón pulsar antes de correr a colocarse junto a Naomi.

Tyler cogió a Jojo en brazos para que pusiera una postura divertida y sacó su mejor sonrisa automática para la foto. El turista sacó un par de ellas y, cuando Cam fue a comprobar qué tal habían salido, Naomi no esperó y se metió al interior de la mansión.

—Pues sí que tiene prisa... —comentó Jojo mientras la soltaba, para después mirarle con expresión de duda—. ¿Todo bien?

—Claro —contestó él, bajando la vista hacia ella. Entonces se dio cuenta de sus ojeras, muy marcadas—. ¿Y tú? ¿Sigues encontrándote mal?

—Se ve que la resaca *made in* Nashville ha sido peor de lo que esperaba. No te preocupes, estaré bien en cuanto me empache de horterismo a lo Elvis.

Se dio la vuelta para ir hacia las puertas, pero a Tyler no le había dejado muy tranquilo aquella respuesta. Se preocupaba por ella como si fuera su hermana pequeña, y nunca la había visto con aquella cara, ni tener una resaca tan fuerte. Y además, le parecía que desde que habían comenzado aquellas vacaciones, estaba más delgada. Tenía mucha costumbre de cogerla en brazos o elevarla en el aire, y daba la sensación de que cada vez pesaba menos.

—¿Vamos dentro? —preguntó Cam, que había regresado y estaba a su lado.

—¿Le has notado algo a Jojo?

—¿Como qué?

—No sé, no tiene buena cara... y además, ¿no ha adelgazado?

—Huy, un tío fijándose en esas cosas, ¡no puedo creérmelo! —Tyler le dio un pequeño empujón—. Bueno, algo creo que sí. Pero es normal, siempre ha sido delgadita, y seguro que con todo el rollo este de empezar en un sitio nuevo estará más preocupada de lo normal. Porque lo que es comer, yo la veo comer como siempre.

—Sí, eso sí.

—Venga, vamos —dijo Leo, dándole una palmada en un hombro—. Que tu novia estará esperándonos impaciente.

Atravesaron las enormes puertas blancas para encontrarse en un vestíbulo enorme de mármol lleno de adornos dorados y fotos de Elvis por todas partes.

—Mi casa cabe aquí —dijo Cam, mirando hacia arriba.

Naomi ya había comprado las entradas, y se acercó a ellos con varios folletos informativos en las manos para entregárselos.

—No sé muy bien dónde ir primero, pero si queréis... —empezó.

—Tranquila, nos apañaremos —interrumpió Tyler, con ninguna gana de ir con ella en aquel momento—. ¿Qué os parece si cada uno vamos a nuestra bola? Bien, ¿no? Pues quedamos aquí en un par de horas.

Y sin esperar respuesta, se dirigió a uno de los pasillos dorados, sin mirar hacia dónde iba. No miró a ver si alguien lo seguía, pero un par de minutos después, se encontró con Leo a su lado.

—¿Qué te pasa? —preguntó su amigo con tono preocupado—. Has salido disparado tú solo, eso no es normal. ¿Has discutido con Naomi?

—Algo así.

—¿Le has comentado lo que piensas sobre Los Ángeles?

—No, qué va. Es... —Esquivó su mirada—. Es otra cosa.

Avanzó un par de pasos, pero Leo se interpuso en su camino.

—Mira, veo que no nos vamos a enterar de nada de lo que hay aquí porque ya hemos atravesado todo esta ala de la casa sin mirar, así que mejor me lo cuentas ya y así podemos aprovechar algo las entradas.

Tyler se pasó la mano por el pelo, pensando si contarle o no lo que había ocurrido, pero por la expresión de su amigo supo que no se iba a dar por vencido, así que se rindió. Y además, le vendría bien tener otro punto de vista de la situación, por si estaba exagerando el tema.

—Está bien. —Lo cogió de un brazo mirando a ambos lados y lo llevó hasta una esquina, bajo un enorme retrato de Elvis—. Cuando he ido a buscarla a su habitación, justo la han llamado por teléfono, y he cogido yo.

—¿Y se ha enfadado por eso?

—No, qué va, es algo normal, ella también coge el mío. Pensaba que serían sus padres, pero... —Cogió aire—. Pero no. Era un chico.

Leo parpadeó, mirándole con sorpresa.

—¿Un chico? —repitió—. Pero ¿qué chico?

—Ese es el problema, que no lo sé. Un tal Jonathan, por lo que vi en la pantalla. No sé quién es, Naomi me dijo que lo había conocido paseando a los perros... y nunca me ha hablado de él. Y cuando contesté, él dijo «hola, preciosa» como si fuera lo más natural del mundo.

Leo se quedó callado unos segundos, y Tyler dejó que asimilara la información.

—Bueno... puede que no sea nada... —titubeó su amigo, al final.

—Eso me ha dicho ella. Pero si es así, ¿por qué no me lo ha presentado ni ha comentado nunca nada? Leo, que tiene su número grabado, y por lo que él dijo, se envían mensajitos. —Esperó, pero el chico permanecía callado—. ¿Qué piensas? ¿Crees que estoy exagerando, que no debería mosquearme?

—Creo que mejor nos vamos a tomar un café, porque no vamos a aprovechar la visita, y así por lo menos hablamos tranquilos.

Tyler no pudo sino estar de acuerdo, porque desde luego, lo que era la mansión, lo mismo le habría dado estar en la de Elvis que en la de su primo, ya que no estaba mirando nada de lo que allí había.

Siguieron las señales hasta la cafetería para visitantes y, tras pedir un par de cafés, se sentaron con ellos en una mesa apartada. Tyler esperaba que Leo le dijera que todo eran paranoias suyas, que no tenía nada de lo que preocuparse, pero por la cara de su amigo, supo que no iba a ser así.

—Creo que deberías hablar con ella —sugirió Leo con tono serio—. Me gustaría decirte que no es nada, pero no sé... es todo muy raro, yo en tu lugar también estaría mosqueado.

—Pues no me ayudas mucho, la verdad.

—Podrías aprovechar de paso la conversación para decirle lo que realmente piensas de ir a Los Ángeles —continuó Leo, en el mismo tono. Se encogió de hombros—. No sé, lo mismo estáis los dos en sitios diferentes y no lo sabéis. No puedes posponerlo eternamente.

Tyler tomó un sorbo de su café, pensando en ello. Quizá Leo tenía razón: no iba a ser una conversación agradable, desde luego, pero visto lo que había pasado aquella mañana... era inevitable. Lo complicado sería encontrar un momento, porque aparte de que estaban siempre en grupo, no tenía muchas ganas de ello... y suponía que Naomi tampoco. Cogió aire con un suspiro, moviendo la cabeza.

—Supongo que eso tendremos que hacer, hablar —le dijo—. ¿Y tú? ¿Has pensado ya qué hacer con respecto a Cam? Porque vosotros también tenéis una conversación pendiente.

—Ya, bueno... la verdad es que he tenido una idea al respecto. Aunque no sé qué le parecerá a ella.

—Miedo me das.

—Tú escucha. Tal y como hablamos, Cam y yo llevamos años siendo amigos. He pensado decirle que sería buena idea acostarnos para tener ese recuerdo, ya que vamos a irnos después cada uno a un sitio y no nos vamos a ver.

Tyler lo miró como si estuviera hablando en chino. Porque si ese era el gran plan de su amigo, le veía agujeros por todos lados.

—Pero a ver... —empezó—. ¿Se lo vas a proponer así, tal cual?

—Más o menos. Quiero decir, si resulta que a ella también le gusta, no podemos dejar las cosas así, ¿no? Mejor quitarnos la duda de lo que podría ser, no quedarnos pensando «¿y si?». Muchas veces parece que hay más, y

llega el momento del sexo y no hay nada de química. Qué menos que probar a ver.

—Ya, pero lo mismo te dice que no.

—Bueno, claro, es una opción. Pero al menos lo habré intentado. ¿Qué pasa, no te parece buena idea?

—Hombre, lo que se dice buena... No sé qué decirte, me parece un poco brusco, qué quieres que te diga.

—No hay tiempo para romanticismos, Tyler. Solo nos quedan unas semanas.

—Caray con el escritor. No pensaba yo que eras tan práctico, esperaba al menos alguna frasecita para ganártela o algo.

—Bueno, ya pensaré cómo plantárselo sin que suene mal.

Leo sonaba muy convencido, pero Tyler no veía que aquello fuera a acabar bien. Es más, conociendo a Cam, era capaz de dejarle la cara marcada por la «sugerencia», y no creía que después siguieran tan amigos. Incluso si por alguna extraña razón a ella le parecía bien, tampoco pensaba que después todo fuera a quedar igual. Pero bueno, aquel era el problema de Leo y Cam, no el suyo, que ya tenía bastante con todo lo que tenía con Naomi como para preocuparse por los demás. Lo cual le llevaba de nuevo a pensar en la llamada de aquel tipo, y si de verdad serían solo amigos.

Terminaron los cafés y, como aún les quedaba algo de tiempo antes de encontrarse con el resto, decidieron aprovechar para hacer lo que se suponía que debían hacer: visitar la mansión. No pudieron recorrerla completa porque hubieran necesitado las dos horas que habían quedado con los demás, pero al menos pudieron ver lo principal.

Se juntaron con las chicas a la hora acordada, y se fueron todos a comer a un restaurante cercano. Tyler se dio cuenta de que Jojo lo miraba de vez en cuando, y se preguntó si Naomi habría dicho algo. Pero Cam se comportaba como si nada hubiera ocurrido, así que al final supuso que no.

Naomi, por su parte, lo evitó el resto del día... o al menos eso le pareció a él, que también hizo lo posible para no coincidir juntos ni siquiera en el coche. Necesitaba pensar en lo que había pasado, en lo que él quería para el futuro. Porque si dudaba de su relación con Naomi, ya no había ninguna razón por la que mudarse a Los Ángeles.

Capítulo 10

Nueva Orleans, Louisiana: Time in a bottle

CAM

*If I could save time in a bottle
The first thing that I'd like to do
Is to save every day till eternity passes away
Just to spend them with you.*

«Si pudiera guardar el tiempo en una botella

Lo primero que me gustaría hacer

Es guardar todos los días hasta que pase la eternidad

Solo para pasarlos contigo».

(Jim Croce, del álbum *You don't mess around with Jim*).

Hacía tan solo unos minutos que habían atravesado el cartel que daba la bienvenida a Nueva Orleans, y Cam se vio obligada a frenar la furgoneta en seco. Una vez más, como ya había hecho tres veces desde que se detuvieran a comer en aquel bar de carretera, lo que no había sido la mejor idea del mundo a juzgar por los rostros pálidos y mareados de tres de sus amigos. En este caso, fue Tyler el que saltó del asiento y se precipitó hacia el arcén mientras se sujetaba el estómago con las dos manos.

—Por Dios... —murmuró la morena, intercambiado una mirada con Leo, que ocupaba el lugar del copiloto—. Ya os dije que esa salsa tenía un aspecto horrible. Os lo dije, si solo por la pinta parecía que un gato hubiera vomitado encima dos veces.

Jojo palideció al escuchar sus palabras, y de pronto tuvo un ataque de náuseas que la obligó a salir tras Tyler para imitar su ejemplo. Segundos después, Naomi desapareció también sin dar explicaciones. Leo miró por la ventana, y después meneó la cabeza con un suspiro.

—Qué bella estampa —comentó, en tono burlón.

—Por un lado me dan pena, pero por otro... ¿es que no saben que hay ciertas cosas con las que es mejor no arriesgarse en bares de carretera?

La comida de aquel lugar no había resultado apetecible en ningún momento, pero al menos Cam había optado por una ensalada ya preparada, obviando la comida que permanecía reseca bajo el mostrador de la barra. Y Leo había seguido su ejemplo, pero no así los demás, que habían decidido que si el local conservaba la licencia no podía ser tan malo. Las náuseas llegaron una hora

después, con Naomi vomitando casi dentro de la furgoneta, y desde ese momento había sido un no parar.

Cam estaba malhumorada. Nueva Orleans era un sitio que estaba deseando visitar, ya que siempre se sentía atraída por lugares de extensa cultura musical, y con tres de sus amigos enfermos ya se veía toda la tarde colocando paños de agua fría y acercando palanganas. Podrían retrasar la salida, por supuesto, pero eso los sacaría del plan que más o menos llevaban preparado. Se cruzó de brazos con los labios fruncidos, dividida entre la preocupación que le producía el malestar de los otros y el suyo propio.

—Ah, aquí viene el famoso mohín... —Oyó decir a Leo, socarrón.

—¿De qué mohín me hablas? —protestó, ruborizándose de manera leve.

—De tu famoso mohín de fastidio.

En esa ocasión Leo lo dijo con cariño, lo que la tranquilizó al instante. Su amigo se deshizo de las gafas y se frotó la frente mientras miraba a través del cristal por si alguien necesitaba su ayuda. Cam aprovechó para estudiar las líneas de su rostro con brevedad, la curva de aquella mandíbula que no sabía cuándo había empezado a parecerle tan atractiva... la barba incipiente, esos ojos azules que emergían cada vez que se libraba de las gafas. No podía negar que sentía atracción sexual hacia él, pero no se engañó a sí misma pensando que se trataba solo de eso.

No quedaba ya demasiado viaje y aún no había encontrado el momento adecuado para propiciar una conversación de esa intimidad. Sentía pánico cada vez que pensaba que el final se acercaba y que no estaba haciendo nada por solucionarlo, pero...

—No te preocupes, se pondrán bien —Leo interrumpió el hilo de sus pensamientos.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, llevas siglos queriendo visitar Nueva Orleans en condiciones, y ahora que por fin estamos aquí, va esta gente y se pone enferma. Pero calma, porque se recuperarán, y si no lo hacen no pasa nada, los instalamos en el hotel y arreglado.

—Qué dices, cómo vamos a dejarlos ahí...

—Pues claro que sí. No se están muriendo, solo les ha sentado mal esa repugnante porquería que decidieron comer por voluntad propia. Para cuando llegemos al hotel lo habrán vomitado todo y solo habrá que dejarlos delante de la tele con un montón de infusiones y arroz cocido.

Cam intentó no reírse, pero le resultó imposible.

—¡Eres terrible!

—Soy práctico, como siempre. Ellos sufrirán los retortijones, y nosotros saldremos a conocer la ciudad. —Le guiñó un ojo—. ¡Estamos en Nueva Orleans! De ninguna manera vamos a perdernos eso.

Alzó la mano, y Cam la chocó, decidiendo que la había convencido. Qué demonios, Leo tenía razón en su argumento.

—Aunque eso será luego. —El chico resopló, cogiendo una botella de agua—. Por ahora, voy a ver cómo les va a esos vomitadores múltiples.

Regresó con ellos poco después, y Cam reanudó la marcha. Unos veinte minutos más tarde, por fin lograba dar con el hotel que habían reservado en el mismo barrio Francés. Hubieran podido alojarse en algún sitio más barato, pero allí estaba toda la vida y animación de Nueva Orleans, y decidieron que merecía la pena ese gasto extra. Cosa que los enfermos agradecieron mucho, ya que disponían de un más que aceptable servicio de habitaciones donde encargar bebidas, algo que no hubiera sido posible de haberse parado en algún motel a las afueras.

—¿Seguro que no os apetece venir? —preguntó Cam, acercándose a las camas donde sus dos amigas permanecían tendidas.

—Uffff, no —Jojo negó con rapidez—. Aún siento náuseas, no podría disfrutar de la ciudad como se merece.

—Mañana estaremos mejor —añadió Naomi, con el rostro aún verdoso—. Pero vosotros salid tranquilos, de verdad. Tenemos a mano el número del servicio de habitaciones para pedir arroz cocido y agua. —Sonrió sin ganas.

—Y si necesitáis un médico también —recordó Cam.

—Esto no es peor que cualquier borrachera —resopló Jojo, mirando al techo—. Lárgate ya para que podamos dormir en paz.

Cam se encogió de hombros y agarró el bolso antes de apagar la luz y cerrar. Fue hasta el cuarto de los chicos, donde tocó un par de veces hasta que la voz de Leo le cedió el paso.

—Hola —saludó la chica—. Las chicas están acostadas y casi dormidas, vengo a ver cómo está Tyler.

—Ahí lo tienes. —Leo señaló el cuarto con la cabeza—. Dame un minuto y estoy.

Cam afirmó, acercándose hasta la cama donde Tyler se había dejado caer sin ningún cuidado. Aún tenía mal aspecto, pálido y descompuesto.

—Hey —saludó Cam, sentándose en el costado de la cama—. ¿Cómo estás, guaperas de instituto? ¿Ni siquiera vas a ponerte el pijama?

Tyler soltó un gruñido. Llevaba fatal lo de encontrarse indispuerto, algo que no le sucedía muy a menudo.

—Vamos a deshacernos al menos de esas botas para que puedas meterte en la cama, anda... yo te ayudo.

Cam soltó las botas y lo ayudó a deslizarse dentro de las sábanas. Después, lo dejó bien tapado, porque a pesar del calor veraniego no dejaba de estar enfermo. Acercó una botella de agua y el teléfono y le dio una palmadita cariñosa en el hombro.

—No dudes en llamar si necesitas algo —dijo.

—Gracias, Cam —murmuró él, sin escucharse su voz apenas al estar amortiguada por las sábanas.

—Listo. —Leo salió del lavabo y se acercó hasta ella—. Ah, has conseguido que se meta en la cama, muy bien hecho. A mí no me ha dejado ni ayudarlo a desvestirse.

—Será que no le hablas con cariño —se burló Cam.

—Qué bien me conoces.

Limitaron su charla hasta que Leo hubo cerrado la puerta y guardado la llave.

—Bueno, esto va a ser como en Portland —dijo el chico de pronto—. Me refiero a que hace siglos que no salimos por ahí solos.

«Siglos» no era la definición correcta, pues en realidad solo se trataba de unas pocas semanas, pero Cam no se molestó en corregirlo, ya que tenía la misma sensación. Leo y ella compartían bastantes momentos a solas a pesar del grupo, y aunque les encantaba la compañía continua del resto de aquellos días, también extrañaban un poco no tener apenas ratos para ellos.

—Ya verás, lo tengo todo pensado —dijo ella, entusiasmada—. Veremos el barrio Francés, el cementerio, una plantación...

—Vale, pero después de comer hay un sitio que quiero visitar. —Ella lo miró con expresión interrogante—. Es una sorpresa.

—Trato hecho.

Cam enseguida se dejó seducir por el encanto de la bella ciudad, toda una mezcla de influencias. Las calles porticadas, las casas de colores con sus balcones de hierro repletos de flores y el aire colonial que desprendían muchas viviendas lo convertían en un barrio de cuento aderezado con la genial oferta turística. Por todos lados vislumbraban rótulos de neón que anunciaban buena comida y música en directo, aunque infinidad de artistas callejeros ofrecían espectáculos aceptables.

—Esto por la noche tiene que ser brutal —comentó Leo—. Entre el ambiente que hay, y que se puede beber en la calle...

—Podrías ambientar alguna de tus historias aquí —sugirió Cam.

—Sí, podría, pero seguro que terminaría quedando algo melancólico y decadente, al estilo de Anne Rice. —Sonrió él.

La morena soltó una risita mientras lo seguía y consultaba el mapa al mismo tiempo.

Tras visitar Jackson Square, se encaminaron al cementerio de St.Louis No.1, que se encontraba entre el barrio Francés y el barrio Tréme. Era una visita guiada que comenzaba con una curiosa frase: «En Nueva Orleans, enterramos a los nuestros en tumbas elevadas». A Leo le picó aquello, así que se pasó todo el recorrido con su libreta y tomando apuntes. Pronto comprendieron el significado de la enigmática frase al comprobar que las construcciones funerarias se alzaban unas sobre otras con cierto desorden y abandono, algo poco común en los Estados Unidos, pero no allí.

El guía les contó historias sobre gente enterrada en aquel cementerio, al igual que sobre Marie Laveau, más conocida como la reina del vudú. Leo no perdió detalle de nada, incluso se quedó hablando unos minutos con el guía al acabar la visita.

Cam cambiaba el peso de una pierna a otra sin dejar de observar a su amigo. ¿Quizás era el momento de sincerarse con él, aprovechando que estaban solos? ¿Valía la pena pasar por aquel trago que seguramente no iba a llevarlos a ninguna parte?

El verano se acercaba a su fin. No quedaban más que un par de semanas antes de regresar a Portland y encarar el futuro que se avecinaba. Y solo de pensarlo, regresaba el familiar nudo a la garganta.

Leo regresó junto a ella, frotándose el estómago.

—¿Qué tal si vamos a comer?

—¿Qué hablabas con el guía?

—Se llama Lamboau, y nos va a llevar luego a ese sitio que quiero visitar. Podríamos llegar solos, pero ya sabes que es mejor ir con alguien que conozca bien la zona.

—No terminaremos amordazados y tirados en algún vertedero, ¿verdad?

—No es mi intención. —Se echó a reír él.

El guía Lamboau también había tenido tiempo de hacer varias recomendaciones gastronómicas, sobre todo comida criolla y cajún, así que pronto los dos se encontraron acomodados en un restaurante llamado Pierre

Maspero's. Compartieron un trío de especialidades típicas, y Cam notó que la normalidad y confianza entre ellos habían regresado: se comportaban exactamente igual que habían hecho siempre. A Cam le gustaba eso, pero continuaba con aquel insistente anhelo, y no lograba sacudírselo de encima.

Tras la comida, se acercaron al Café Du Monde a probar los famosos *beignets*, y allí mismo acudió a buscarlos Lamboau para llevarlos hasta donde Leo había pedido. A esas alturas, Cam estaba muerta de curiosidad, cosa que se acentuó al ver que cogían el tranvía hacia el este de Nueva Orleans. Después sintió cierta inquietud a medida que desaparecían las zonas más transitadas, pero no abrió la boca.

Por fin llegaron a su parada, y Cam siguió a los dos chicos hasta una zona de aspecto abandonado.

—¿Esto es lo que tantas ganas tenías de ver, nada? —preguntó.

—No es nada, espera y verás.

Cam los siguió, no muy convencida. No se veía nada interesante por allí, a menos que exponerse a ser atracados sin recibir ninguna ayuda fuera el tipo de emoción que buscaba Leo... y entonces vio el cartel. Semicolgado, viejo, medio oxidado, pero aún visible: JazzLand.

—¿Es...? —empezó a preguntar.

—Exacto, es el Six Flags de Nueva Orleans.

—Pero está cerrado, no se puede visitar.

—Sí, si vienes con un guía que sabe cómo entrar. —Leo le guiñó un ojo.

Lamboau parecía tener todo controlado; los condujo hacia una zona discreta, alzó la valla por un lugar concreto y después les cedió el paso. Al ver la expresión intranquila de Cam, sonrió.

—Tranquilos, todo el mundo lo visita. Lo más seguro es que nos encontremos algún otro guía acompañado... no pasa nada, es una especie de secreto a voces. Hay que venir de día, eso sí.

Cam se aproximó a Leo, aún inquieta.

—Esto está muy prohibido. Lo sabes, ¿verdad?

—Bueno, no se pueden seguir siempre las normas, Cam. No si no quieres perderte cosas interesantes y divertidas —replicó él—. Además, hemos visitado tantos parques de atracciones normales que pensé que ver uno distinto te gustaría.

Sí, la idea le gustaba, pese a lo tétrico del asunto. Fue detrás de Lambou con cuidado de no despistarse, mientras escuchaba al guía relatar la historia del Jazzland y cómo el Katrina lo había arrasado por completo un par de días

antes de su reestreno. Tras aquello no habían vuelto a abrirlo, y el proyecto de construir otro parque acuático al lado también había quedado en el olvido.

Fueron paseando por las atracciones, ya inservibles tras el paso del agua y los años. Parecía el escenario de una película de terror, y Cam no lograba sacarse de encima la sensación de malestar. Pero Leo parecía estar disfrutando, y desde luego no estaba asustado en absoluto, así que se armó de valor y aguantó el paseo hasta el final sin protestar.

Soltó un suspiro de alivio cuando volvieron a estar de nuevo en la parada del tranvía, sobre todo porque habían pasado allí tanto tiempo que ya empezaba el atardecer.

—Te has puesto nerviosa, ¿eh? —bromeó Leo, una vez montados de regreso a la zona habitada de la ciudad.

—Un poco.

—Hay que salir de la zona de confort, Cam, aunque sea de vez en cuando.

—Ya, pero...

—Mira, para compensarte, ¿qué te parece si subimos a hacer un recorrido por los pantanos? Hay un barco muy chulo, el *Natchez*, que es de vapor auténtico. Tiene música y comida a bordo, serán un par de horas. Luego podemos ir a Bourbon Street a ver cómo es de noche.

Cam asintió; al menos estarían en lugares conocidos y rodeados de personas.

Tal y como Leo había explicado, el *Natchez* era un pequeño barco de vapor con organillo que cruzaba el Mississippi dos veces al día. Aparte de eso, tenía una variedad de ofertas interesante, y al final se decantaron por un pequeño tour por los pantanos y plantaciones de Luisiana. Duraba un par de horas, pero el barco amenizaba el viaje con música jazz en directo, y aquello fue lo que convenció a Cam.

Mientras la morena esperaba que le sirvieran un par de bebidas, observó a Leo sentado fuera. Comenzaba a anochecer, ya regresaban, y ella otra vez sentía la opresión en el pecho cuando lo miraba. Por primera vez, se preguntó si no hubiera sido mejor ir a Berkeley con él, aunque no fueran a tener la relación que buscaba. No sabía si era acertado perderlo de vista del todo solo por no poder tenerlo.

Como ya no tenía remedio, decidió olvidar de una vez por todas aquellos pensamientos y comportarse con normalidad el resto del viaje. Al fin y al cabo, él lo había hecho, no quería quedar como la mejor amiga que se ponía ñoña solo porque se aproximaba el momento de la despedida.

—Toma —dijo, entregándole un refresco mientras se sentada junto a él—. Es increíble, no hace ni una pizca de fresco.

—Y que lo digas. Gracias por haberme traído al sur casi todo el verano, en serio. —Leo hizo una mueca.

—Más vale que te acostumbres, porque te vas a California, colega.

—Tienes razón, sí. —Leo se encogió de hombros, y consultó su reloj mientras señalaba con la cabeza la grandilocuente iluminación que ya se adivinaba a lo lejos—. ¿Cuánto crees que tardaremos en llegar?

—Veinte minutos me ha dicho el camarero. ¿Seguirán vivos nuestros amigos?

—Seguro —respondió Leo, con un tono de voz medio que se mezclaba con la música que llenaba el barco—. Oye, ¿te acuerdas del baile aquel de hace un par de años?

Cam se quedó unos segundos fuera de juego. Hacía tan solo un par de semanas que había hablado de ese día con las chicas, y que Leo también decidiera mencionarlo la puso nerviosa.

—¿Lo recuerdas?

—Ajá —contestó, apretando los labios—. ¿Por qué?

—Estaba nervioso —dijo él—. Muy nervioso. La chica era especial.

—Ya me acuerdo. Gwen Sawyer.

Nunca habría olvidado aquel nombre, gracias a ella surgió «el efecto Gwen Sawyer» por el cual jamás se había atrevido a insinuar nada a su mejor amigo respecto a sus sentimientos.

—Viniste a preguntarme que creía que debías hacer, si invitarla o no —terminó, notando su boca seca.

—Exacto, sí. Acudí a ti porque no estaba seguro de si era inteligente descubrir mis sentimientos. ¿Recuerdas qué me dijiste?

—No mucho —mintió Cam, desviando la mirada para posarla en el río Mississippi, ahora teñido de color oscuro.

—Yo lo recuerdo bien. La verdad es que no te dije su nombre, solo que la chica era preciosa e inteligente, que pensaba mucho en ella y me asustaba confesarlo por si acaso no sentía lo mismo por mí.

Cam volvió a mirarlo, incómoda.

—Sé que te acuerdas, ¿qué me dijiste? —insistió Leo, sin apartar la mirada.

—Que estaba por encima de tus posibilidades —terminó por admitir Cam.

—¿Sabes? Esa noche estaba muy nervioso, muerto de miedo porque la chica a la que me refería eras tú, Cam. Y me dijiste que estabas por encima de mis

posibilidades.

La joven permaneció muda mientras asimilaba lo que acababa de escuchar. No, qué va, la historia no era así, se acordaba perfectamente.

—Tú mencionaste a Gwen —replicó, mirándolo ceñuda.

—Fue después de tu comentario. Entiéndeme, tenía que recuperar el orgullo.

—¿Por qué no me lo aclaraste?

—Tal vez porque como acababa de descubrir que para mi mejor amiga no estaba a la altura, creí que lo mejor sería trivializar el tema, olvidar lo ocurrido y seguir adelante.

Cam lo miraba con los ojos abiertos como platos, asombrada y también un poco indignada.

—¿Y por qué lo haces ahora?

—Porque no funcionó.

Cam lo vio acercarse a ella, pero no tuvo tiempo de reaccionar. Leo la besó sin previo aviso, no de manera brusca pero sí apresando su cintura con las manos. La morena notó que la parte de la amistad se indignaba, pero aquella sensación apenas duró... porque entonces la presión que la atenazaba desde casi el comienzo del viaje por fin la abandonó. Al igual que los nervios que mariposeaban en su estómago, tan presentes que casi los había olvidado.

Le devolvió el beso perdiéndose en él, dejándose llevar sin pensar en nada, sin preocuparse del después. La Cam racional se había evaporado dejando solo el sentimiento, un sentimiento que se estaba yendo un poco de las manos, ya puestos, y la chica se obligó a recordar que estaban en un lugar público.

Se separó despacio, apoyando su frente en la de Leo. Cuando su respiración se normalizó, él la miró unos segundos directamente a los ojos.

—Ojalá pudiera guardar el tiempo en una botella.

—Yo no... no entiendo por qué haces esto ahora, Leo —murmuró, haciendo el intento de responsabilizarlo a él como si ella no hubiera participado de forma activa en aquel intercambio bucal.

—Uno de los dos tenía que dar el primer paso, ¿no?

—Sí, ya, pero no me refiero a eso, sino al momento. Nos quedan días para decirnos adiós, y...

—Lo sé, y me duele. Pero Cam, la gente suele arrepentirse más de las cosas que no hace que de las que hace, y yo no quería quedarme con las ganas.

Ella alzó la ceja, aunque su lógica fuera irrefutable. Debía ir con sumo cuidado, Leo manejaba las palabras con tanta soltura que a menudo te encontrabas en una trampa sin siquiera haberla intuido.

—No tiene porqué quedarse aquí. Podríamos pasar la noche juntos.

—¿Qué? —Lo miró, pasmada.

—Ya sé que no es tu estilo, pero tampoco el mío. No sé, creo que nos vamos a dejar de ver definitivamente en unas semanas, y sería una manera de despedirnos.

Cam no daba crédito, nunca había escuchado a Leo hablar con tanto descaro. Podía entender su motivación, pero no que él no viera lo mala que era su idea. Sí, claro, una noche de sexo con el chico al que deseaba podía estar muy bien, y ahí radicaba precisamente el problema. ¿Cómo seguir adelante después? ¿Y si el sentimiento se volvía demasiado fuerte? ¿Con qué cara le diría adiós cuando esos días llegaran a su fin? A lo mejor Leo no estaba pensando en cómo quedaría su corazón tras aquello, pero Cam lo tenía muy presente. Bastante dolía ya tener que despedir a su mejor amigo y al chico que le gustaba, que encima eran la misma persona, como para lanzarse al cien por cien y sin paracaídas.

No podía aceptar la oferta, por tentadora que fuese. Algo le decía que una noche de sexo con Leo no sería un bonito recuerdo, sino una tortura.

—Leo —murmuró, aunque no necesitaba atraer su atención, ya que él no le quitaba la mirada de encima—, no creo que fuera una buena idea.

—Ya, supongo que no.

—Ojalá hubiéramos hablado de esto antes, yo... podríamos... —Cam decidió dejar de dar palos de ciego, y recuperó la compostura—. No nos haría bien a ninguno.

El chico permaneció en silencio unos minutos, mientras Cam batallaba consigo misma e intentaba gestionar todas aquellas emociones. No era tan sencillo como parecía, pero por suerte, Leo la ayudó; puso una mano sobre la suya, y sonrió.

—De cualquier forma, te echaré de menos un montón —dijo, recuperando su tono de voz más jovial—. Hasta hace un par de meses siempre pensé que me comería tus frutos secos de por vida. Pero así es la vida.

Ella forzó una sonrisa, haciendo un esfuerzo por no derramar ni una lágrima. Leo se había recuperado antes, pero así eran los chicos... caían y se levantaban casi al momento, decididos a regresar al juego. Por el contrario, Cam sabía que esa noche no pegaría ojo, ni la siguiente, en parte recordando el beso, en parte dando vueltas a lo sucedido. Eran esos momentos en los que desearía no ser tan emocional.

Capítulo 11

Holly Beach, Louisiana: Breaking up is hard to do

NAOMI

*They say that breaking up is hard to do
Now I know
I know that it's true
Don't say that this is the end
Instead of breaking up I wish that we were making up again.*

«Dicen que romper es difícil

Ahora sé

Sé que es verdad

No digas que esto es el final

En lugar de romper desearía que nos estuviéramos reconciliando de nuevo.

(Neil Sedaka, del álbum *Sing his greatest hits*).

Naomi se dio la vuelta en la toalla, y alargó el brazo para tocar a Jojo ligeramente en el hombro. Como la chica no se movía, tuvo que repetir el gesto un par de veces hasta que la vio abrir los ojos con dificultad y mirarla.

—¿Qué pasa? —gruñó la rubia.

—Deberías darte la vuelta o ponerte a la sombra, llevas un buen rato así y te vas a quemar la espalda.

Jojo se giró con dificultad y se plantó un sombrero de paja sobre la cara para continuar durmiendo.

—Todavía no se ha recuperado de la comida esa —le dijo Cam—. ¿No has visto que ha echado todo el desayuno?

—A este paso se va a quedar en los huesos.

Entre la resaca de Nashville y aquella intoxicación, no veía a su amiga demasiado recuperada. Cuando habían llegado a Holly Beach habían pasado por la consulta de un médico, pero ante su sugerencia de acudir a consulta para que le dieran algo y recuperarse de las náuseas, Jojo se había negado en redondo. Naomi no había insistido, pero si su amiga seguía así al día siguiente, la llevaría aunque fuera a rastras. No podía ser que tanto ella como Tyler ya estuvieran mejor y Jojo continuara pálida e indispuesta.

—Si mañana sigue así, la llevamos al médico.

—No sé si se dejará, pero tienes razón, ya lleva demasiados días. —Cam se sentó para coger una lata de la nevera portátil—. ¿Quieres una?

—Sí, gracias.

Cam le pasó una, y Naomi la abrió mirando hacia el mar, donde estaban Leo y Tyler dándose un baño. Su novio, como era habitual, acaparaba todas las miradas femeninas de aquella playa, pero ella ni siquiera sentía la más mínima pizca de celos. Ya no sabía si era la costumbre o que sus sentimientos por él habían cambiado hasta el punto de que no le importaba. Miró de reojo a Cam, y la encontró con la vista fija en Leo, pero en lugar de tener una expresión normal, parecía mosqueada.

—Bueno, ¿y qué tal con Leo? —preguntó.

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

Su amiga se había sobresaltado, lo cual le llamó la atención.

—No sé. —Se encogió de hombros—. ¿Qué tal en Nueva Orleans los dos solos? ¿Algún avance?

Su amiga titubeó, mientras daba un trago a su bebida.

—En realidad sí. Aunque no sé si es un avance... Pero bueno, en fin... Me besó.

—¿Qué? —Naomi había esperado algún acercamiento, pero aun así se sorprendió—. ¿Y? No te veo muy emocionada.

—Me sacó el «tema Gwen Sawyer». Resulta que se refería a mí, no a ella. Y entonces me ha ofrecido una noche.

—¿Cómo una noche?

—Una noche de sexo. Para tener ese recuerdo, para no arrepentirnos de no haberlo hecho o una gilipollez así, fue lo que dijo. Todo muy romántico, como puedes ver.

Naomi miró hacia el agua, digiriendo aquellas palabras, y se llevó la lata a los labios sopesando qué contestar.

—Bueno... quizá en parte no sea mala idea —dijo, al fin.

—¿Perdona?

—Piénsalo, tú misma te estás preguntando cómo sería. Lo mismo descubres que solo quieres ser su amiga, que no hay química, y...

—Eso es imposible, ya te digo yo que hay química. Casi sufrimos una combustión espontánea con el maldito beso de marras.

—Pues tú verás, pero no queda tanto para el final del verano. ¿De verdad prefieres quedarte con las ganas?

—Entre eso y marcharme con el corazón roto, pues sí, qué quieres que te diga, lo prefiero.

—Eso no lo sabes. Leo quizá te lo dijo en plan brusco, pero seguro que piensa como tú. Mira lo del baile, si eso no es una señal... Eso quiere decir

que lleva tiempo pensando en ti de esa forma, Cam.

—Ya. Visto así...

—¿Os habéis fijado en esa panda de tipas rodeando a Tyler? —La voz de Jojo las sobresaltó a las dos—. Yo que tú iría a rescatarlo, Naomi, que son capaces de ahogarlo solo para poder hacerle el boca a boca.

Jojo se había sentado y bostezaba cansada, pero tenía mejor color después de la siesta que se había echado. Naomi siguió la dirección de su mirada y vio que, efectivamente, Tyler estaba rodeado de chicas aún dentro del agua, mientras que Leo había salido y se dirigía hacia ellas. El chico cogió su toalla y se secó con ella, haciendo un gesto con la cabeza hacia el agua.

—Creo que han secuestrado a tu novio.

—Puede apañárselas solo, si además, no son más que unas crías...

Quizá sus amigos esperaban que fuera a «rescatarlo» o estuviera celosa, pero no le apetecía nada montar ningún numerito. Por suerte no tuvo necesidad, ya que en aquel momento Tyler se despedía de su grupo de recién estrenadas fans y se acercaba a ellos. Naomi pudo comprobar que ninguna de ellas perdía detalle de cómo los músculos de su novio se flexionaban mientras se secaba con la toalla. No le hacía falta ni esforzarse, Tyler era sexy sin intentarlo. Y no entendía en qué momento había dejarlo de verlo de esa forma.

—Frótate bien —le dijo Jojo—. Creo que alguna baba de esas tipas te queda por ahí.

—No seas celosa, tú serás siempre mi favorita.

Le dio un beso en la nariz, y ella lo apartó con una risita tonta... lo cual hizo que Naomi la mirara con curiosidad. ¿Había sonado como una de aquellas niñas o se lo había imaginado?

—Las chicas me han dicho que por la noche hay hogueras y música aquí en la playa —explicó Tyler—. Podemos bajar después de cenar, será divertido. ¿Qué os parece?

—Quitando la parte de cenar, que no tengo el estómago todavía bien, lo demás me parece buena idea —contestó Jojo.

Cam y Leo también se unieron a la propuesta, así que Naomi afirmó también con una sonrisa. No era mala idea, la verdad. Y vigilaría que Jojo comiera algo en la cena, eso seguro.

Aunque Naomi había conseguido que Jojo tomara unos polvos que había comprado en la farmacia para las náuseas, no se quedó tranquila hasta que esta comió y, lo más importante, retuvo la comida después.

—Nada de alcohol luego —le dijo, en tono serio.

—Tranquila, mamá —contestó ella, con tono burlón—. Aunque quisiera no podría beber sin echarlo, así que no voy a arriesgarme, no me apetece pasar otra noche en el baño.

La noche era calurosa, aunque corría una ligera brisa marina y había luna llena, lo que hacía más apetecible aquella salida.

Tal y como les habían dicho, la playa estaba salpicada de hogueras aquí y allá, y en unas cuantas había gente tocando varios instrumentos. Se pasearon entre ellas, escuchando los diferentes estilos, hasta quedarse junto a un grupo de chicos de su edad. La hoguera era enorme y había sitio de sobra, por lo que no tuvieron problema en sentarse allí. Había un par de ellos con guitarras, otro con unos bongos y una chica con una pandereta. Se olía la hierba que fumaban en el ambiente, y pronto les pasaron a ellos también para que fumaran. Naomi se lo quitó a Jojo antes de que se lo llevara a los labios, no quería arriesgarse a que le sentara mal y le dio igual la mirada asesina que lanzó su amiga.

Pronto estaban integrados con los demás, hablando y riendo como si en lugar de unos minutos se conocieran de toda la vida; ese tipo de miniamistades de verano que se van tan rápido como llegan, pero que durante unos momentos se convierten en algo importante y memorable.

En medio de todo ello, notó que su móvil vibraba. Lo sacó y vio que se trataba de su padre, así que se alejó de la hoguera para contestar y hablar con él. Solo se trataba de la llamada normal de «control» para preguntarle qué tal todo, así que en un par de minutos había terminado. Pero cuando se giró para regresar a la hoguera, se encontró con Tyler detrás.

—¿Era el tal Jonathan?

Naomi suspiró guardando el móvil, y negó con la cabeza.

—No, era mi padre.

Intentó pasar por su lado, pero Tyler la detuvo, cogiéndola de un brazo.

—Quiero la verdad, Naomi.

—Te he dicho la verdad.

—¿En serio?

Pues claro que no le había dicho todo. En realidad le había conocido en la biblioteca del instituto, y luego se habían encontrado en el parque... pero no podía decirle a Tyler que iba a la clase junto a la de ellos, porque entonces sabría quién era y se enfadaría aún más por haberle tenido tan cerca. O incluso se le podía ocurrir ir a buscarle cuando volvieran, no tenía ni idea de cómo iba a reaccionar.

—Tyler, no ha pasado nada con él, de verdad.

—Pero quieres que pase. —Ella no contestó—. Naomi, ¿tú me quieres?

—¡Pues claro que te quiero! —Las palabras salieron solas, pero se dio cuenta de que era más una respuesta automática que un sentimiento profundo—. Llevamos años saliendo juntos, ¿cómo puedes dudar?

—No te estoy preguntando si me quieres por costumbre. Te estoy preguntando si me quieres como para pasar la vida juntos. Porque eso es lo que se supone que haremos en Los Ángeles, Naomi, y si no es lo que quieres, mejor dímelo ahora antes de que cometamos el mayor error de nuestras vidas.

Ella se mordió el labio, indecisa. ¿Debía decirle la verdad? ¿Era ese el momento? Sería el fin de todo: sus años juntos, su relación, sus planes... probablemente, incluso de su amistad. No supo qué contestar, así que solo se le ocurrió preguntar lo mismo.

—¿Y tú? ¿Estás seguro de querer hacer lo que hemos planeado?

—No.

Naomi abrió mucho los ojos ante aquella respuesta. Era lo último que había esperado de él, Tyler siempre había estado tan seguro de todos aquellos planes que no entendía que ahora dijera eso.

—¿Q... qué? —tartamudeó, aturdida.

—He dicho que no, Naomi. —Bajó la vista a la arena, metiéndose las manos en los bolsillos con nerviosismo—. Quería ir contigo, estudiar en tu universidad, pero... ahora que he visto que tú... en fin, que tú no lo tienes tan claro, creo que quizá deberías saber que yo tampoco estoy seguro.

—Pero... tu carrera...

—No quiero estudiar la carrera de Humanidades. La verdad es que quiero estudiar Trabajo Social.

La mente de Naomi hizo click al momento, recordando lo entusiasmado que se había mostrado Tyler aquel año durante su voluntariado con los chicos en riesgo de exclusión social. Tenía sentido que quisiera estudiar algo relacionado con eso, claro, pero, ¿por qué no le había dicho nada?

«Por la misma razón que tú no le has dicho que quieres alistarte, listilla», se contestó a sí misma.

—Nunca me lo comentaste —murmuró, apenada—. Antes siempre nos lo contábamos todo, y yo ni siquiera me imaginaba que quisieras estudiar otra cosa.

—Bueno, yo tampoco podía imaginarme que estuvieras enviándote mensajitos y quedando con otro, así que...

Naomi sacudió la cabeza, sintiendo que los ojos se le humedecían. Él tenía

razón, por mucho que le hiciera daño que dijera eso. Porque no había llegado a engañarlo, pero sí le había ocultado demasiadas cosas. Si ya le decía encima lo del Ejército, Tyler pensaría que había mentido en todo. Lo cual, si se paraba a pensarlo, no estaba muy alejado de la realidad. Ojalá se hubiera sincerado con él antes, porque ya era demasiado tarde: lo veía en su mirada.

—Entonces... ¿qué me estás diciendo exactamente, Tyler? ¿Que no vendrás a Los Ángeles conmigo?

—No creo que ahora mismo sea la mejor idea, no. Pienso que deberíamos tomarnos un tiempo, cada uno por nuestro lado, y ver qué queremos en realidad. Hemos estado siempre juntos desde que empezamos a salir, quizá una separación temporal sea lo que nos haga falta.

—¿Temporal o definitiva? Porque todo esto me suena a ruptura.

—Dios, Naomi. ¿Qué es lo que quieres tú? Porque me da la sensación de que me ocultas cosas, no solo lo del tipo ese. O será que he perdido la confianza en ti, no lo sé. Pero así, desde luego, no podemos seguir, ¿no lo ves?

Naomi se pasó la mano por los ojos, secando las lágrimas que tenía a punto de caer. Pero aunque no podía refutar la verdad en sus palabras, dolía pensar que todo se estaba terminando de esa forma. Puede que no estuviera enamorada de él como al principio, cuando no podían estar lejos el uno del otro más de cinco minutos sin echarse de menos. Pero lo quería, claro que sí. Ella también pensaba que separarse era lo mejor, así cada uno podría hacer lo que quería de verdad, pero era un paso doloroso, y que fuera él quien lo estuviera tomando debería hacerlo todo más fácil, pero no. Porque le hacía darse cuenta de que los dos se habían estado engañando durante mucho tiempo.

Tyler se dio la vuelta y se alejó despacio, pero Naomi no fue tras él. Una parte de ella le decía que estaba a tiempo de arreglarlo, pero la otra estaba paralizada por la realidad frente a sí.

Tyler había tomado la decisión que ella no había sido capaz, le había dado en bandeja la posibilidad de hacer lo que quería. Y eso la aterrizzaba más que no hacerlo. ¿Y si no era lo correcto? ¿Y si era todo un sueño estúpido y echaba por tierra una vida de felicidad junto a él?

Cayó de rodillas en la arena, con las lágrimas rodando por sus mejillas sin control, abrumada por las consecuencias de lo que acababa de ocurrir. Su vida ya no iba a ser la misma, no tendría a Tyler a su lado para todo como hasta ese momento. Tendría que hablar con sus padres, escribir a la universidad, cancelar el alquiler del apartamento... y, sobre todo, solicitar su tan deseado ingreso en el Ejército. Era todo tan repentino que la situación se le antojaba

irreal, como si no hubiera ocurrido de verdad. Pero Tyler seguía alejándose de ella, pasando de largo junto a la hoguera donde estaban sus amigos sin mirar atrás.

Oyó a Cam llamarla, pero no escuchó su respuesta, solo que su amiga se levantaba para ir hacia ella.

Cuando llegó a su lado, Cam se agachó y le secó las mejillas con los dedos con gesto de preocupación.

—Naomi, ¿estás bien? —Ella negó con la cabeza—. ¿Pero qué ha pasado?

—Me ha dejado. —Hipó, frotándose los ojos—. Se ha terminado, Cam.

—¿Qué? ¿Cómo que se ha terminado? Pero... no entiendo, ¿le has dicho lo del Ejército? ¿Ha sido por eso?

—No, es peor. —Apartó la vista, avergonzada—. Hay más que no os he contado. Te juro que no le he puesto los cuernos, pero hay un chico que...

—¿Cómo? —Cam la miraba sin poder creer lo que estaba escuchando—. ¿Pero qué dices?

—Solo somos amigos, pero no se lo dije, y se enteró de que existe. Se ha complicado todo, y Cam, me ha dicho que ni siquiera quiere estudiar en Los Ángeles, que quiere hacer Trabajo Social. No tenía ni idea, ¿sabes? ¿Qué dice eso de mí y de nuestra relación? ¡Ni siquiera sabía que tenía dudas! Y él tampoco de lo que yo pienso, es como si... como si nos hubiéramos dejado llevar y todo fuera una relación de fantasía o algo así.

—Tranquila. —La abrazó, y Naomi se agarró a ella como si le fuera la vida en ello—. Todo irá bien, ya lo verás. Ahora duele, pero a largo plazo... verás que es lo mejor para los dos, estoy segura. Él solo ha tomado la iniciativa, piensa que tú ibas a hacer lo mismo.

Naomi dejó que la consolara, asimilando todo lo que acababa de ocurrir. Estaba abrumada, pero sabía que aún tenía cosas que aclarar con él, decir toda la verdad. Si todo había terminado de forma definitiva, no podía dejar que fuera sin ser sincera por completo.

—Tengo que hablar con él —musitó—. No sabe todo, no le he dicho lo del Ejército... y no quiero que piense que sigo mintiendo.

—No sé si ahora es el mejor momento, se ha marchado bastante afectado. Quizá debáis dejar pasar unos días y hablar de nuevo cuando estéis los dos más calmados.

Naomi suspiró, mirando el camino por el que se había alejado Tyler, pero no se lo veía por ninguna parte.

—¿Y a qué te refieres con «lo del Ejército»?

Naomi sintió que palidecía. Tanto tiempo ocultando su máspreciado deseo, incluso a sus amigas, y de pronto se le escapaba de aquella forma. Miró a Cam con culpabilidad, y por su cara supo que no estaba entendiendo nada. Se abrazó a sí misma, buscando calor, aunque la noche no era fría.

—Es... Cam, es algo que no le he dicho nunca a nadie.

—Vale, somos amigas, no sé si te acuerdas. Si es un secreto, puedo guardártelo.

—No quiero ir a la universidad. No por Tyler, ni nada que tenga que ver con él. Es solo que llevo tiempo pensando que quiero... —Cogió aire—. Que quiero ingresar en el Ejército.

—¿Qué? —El tono de Cam no ocultaba su absoluta sorpresa—. ¿En serio? Pero si nunca has comentado nada... No lo entiendo, ¿desde cuándo? ¿Por qué no nos lo has dicho? Sabes que el padre de Jojo es militar, y que no fue fácil para ella.

—Todo eso lo sé, si hasta he hablado con él.

—Joder. Entonces vas en serio.

—Sí. Y ahora que Tyler ha roto conmigo ya no hay nada que me lo impida, supongo que debería dar el paso.

—Madre mía. Es que estoy flipando, Naomi, no sé ni qué decirte. No me esperaba algo así, pensaba que estabas bien con Tyler, y de pronto todo esto...

Naomi la entendía, puesto que incluso para ella era algo increíble. Y sabía que todos tendrían la misma reacción de Cam, eso seguro. Iba a tener que armarse de paciencia para poder explicar lo mismo una y otra vez.

Su amiga alargó la mano para estrechársela con una sonrisa.

—Puedes contar conmigo para lo que quieras. Lo sabes, ¿verdad?

Naomi afirmó, emocionada.

—Lo sé.

—Pues entonces prométeme que a partir de ahora me vas a contar estas cosas, que tanto secreto revelado de pronto son demasiadas emociones y me puede dar un ataque al corazón.

—Qué idiota eres. —Le dio un empujón cariñoso—. Perdóname por no haberte dicho nada antes. No es que no confíe en ti, es que estaba muy confundida. Bueno, aún lo estoy.

—Pues ya somos dos.

Cam miró hacia la hoguera, donde Leo y Jojo estaban cantando con el resto del grupo.

—¿Sigues pensando en su «propuesta»? —preguntó Naomi.

—Un poco. Estaba segura de que contestar que no era lo mejor, pero ahora no lo veo tan claro.

—¿Entonces le vas a decir que sí? ¿Esta noche?

—No, esta noche no, no voy a dejarte sola con todo lo que te ha pasado, y Jojo sigue medio enferma. No, en la próxima parada o la siguiente, si no cambio de idea, cogeré otra habitación para nosotros sin decirle nada. Porque chica, esto de compartir habitación chicas por un lado y chicos por el otro está muy bien, pero intimidad sexual cero.

—Espero que todo salga bien entre vosotros, Cam, de verdad.

La morena se encogió de hombros, como para quitar importancia a su decisión, pero Naomi sabía que no estaba tan segura como parecía. Solo esperaba tener razón y que Leo sintiera lo mismo que ella, porque si todo se torcía también entre ellos...

Se estremeció involuntariamente. Menudas vacaciones. Habían empezado tan bien, todos tan felices... y cuando terminaran, ya nada sería igual.

Capítulo 12

San Antonio, Texas: I've just seen a face

LEO

*I've just seen a face
I can't forget the time or place
Where we just meet
She's just the girl for me
And want all the world to see
We've met, mmm-mmm-mmm-mmmm-mmm.
«Acabo de ver una cara
No puedo olvidar el momento ni el lugar
Donde nos acabamos de conocer
Y quiero que todo el mundo vea
Que nos hemos conocido».
(The Beatles, del álbum *Help!*).*

El par de días en la playa, previstos para relajarles a todos, no habían resultado tan placenteros como habían esperado. Leo todavía estaba en *shock*, aún no podía creer que Tyler hubiera tomado la decisión de romper con Naomi. Aunque delante de todos se comportaban como si no hubiera ocurrido nada, apenas se hablaban y se notaba cierta tensión en el ambiente que había cambiado el carácter alegre del viaje. No había podido hablar con Cam ni Jojo sobre el tema porque estaban todo el rato con Naomi, como si temieran dejarla sola, así que no sabía cómo se lo había tomado la chica ni qué pensaban ellas.

Quizá el nuevo cambio de sitio ayudara a recuperar el espíritu original del viaje; si no, preveía que la incomodidad iría en aumento y lo mismo tenían que adelantar la vuelta y saltarse alguna parada.

Llegaron a San Antonio ya de noche, por lo que decidieron cenar en un restaurante junto al hotel y acostarse pronto para madrugar y visitar la ciudad.

No se entretuvieron de charla como otras noches tras terminar la comida, sino que se fueron directamente a sus habitaciones. Tyler se fue a la ducha, y Leo se acomodó en la cama con su cuaderno para revisar sus apuntes. Estaba a punto de terminarlo, pero ya tenía otro preparado para empezar. Aquel viaje estaba dando mucho de sí, iba a necesitar unos cuantos días para poder pasar a limpio todo lo que había apuntado y revisar las ideas, estaba seguro de que de allí sacaría más de una historia.

Su móvil vibró y emitió un pitido, avisando de la llegada de un *whatsapp*. Terminó de apuntar un par de frases antes de mirarlo y frunció el ceño al ver

que era de Cam. Esperaba que Jojo no se hubiera puesto enferma otra vez.

Pulsó el icono y cuando leyó lo que ponía, su gesto cambió a uno de incredulidad. Tuvo que leerlo de nuevo para asegurarse de que estaba entendiendo bien.

—¿Qué pasa? —preguntó Tyler, que salía en aquel momento de la ducha—. Tienes una cara rara.

Leo estuvo a punto de mostrarle el mensaje por si estaba sufriendo visiones, pero pensó que quizá a Cam no le haría demasiada gracia.

—No, es... —carraspeó—. Un mensaje que me ha enviado Cam.

—¿Sobre qué?

—Pues sobre... sobre lo que le dije el otro día.

—¿Tu famosa «propuesta»? —Se sentó a su lado para mirar la pantalla, pero Leo la tapó a tiempo—. ¿Qué pasa? ¿No te había dicho que no?

—Pues parece que ha cambiado de idea, porque ahora dice que sí. O eso, o me la va a jugar y es una broma.

—No creo que Cam bromea sobre algo así.

—Te lo contaré luego. —Se puso las deportivas y miró el móvil de nuevo para asegurarse del número de habitación que ponía—. Espero no volver en unas cuantas horas.

—Pues nada, a pasarlo bien. Si es una broma, no pagues luego el mosqueo conmigo.

Leo le tiró una almohada a la cara y salió de la habitación. Cam tampoco es que dijera mucho en el mensaje, aparte de que había cambiado de idea y de darle un número de habitación, por lo que no estaba muy seguro de todo aquello. Pero en fin, no iba a quedarse con la duda.

La habitación que había cogido Cam estaba en el otro extremo del hotel. Justo cuando llegó y llamaba a la puerta, pensó en que no llevaba nada de protección... esperaba que ella se hubiera acordado, ya que había tomado la iniciativa.

Cam le abrió la puerta, y Leo soltó el aire que había estado reteniendo sin darse cuenta. Bien, la chica no había salido a recibirlo en ropa interior ni nada parecido, iba vestida con el mismo conjunto de la cena, pero le pareció incluso mejor que la otra opción, porque ya estaba suficientemente nervioso con todo aquello.

—No estaba segura de que vinieras —dijo ella, con una sonrisa tímida.

—No todos los días recibo una invitación así. ¿Puedo pasar?

—Ah, sí, claro.

Leo supuso que Cam estaba igual de nerviosa que él, puesto que había estado bloqueando el paso sin darse cuenta. La chica se hizo a un lado para que entrara, y cuando cerró la puerta, ambos se quedaron mirándose, como si cada uno estuviera esperando que el otro diera el primer paso.

Leo echó un vistazo a la habitación para ganar algo de tiempo. Era igual que las demás, nada del otro mundo, y sí, comprobó que Cam había tenido todo en cuenta, porque vio una caja sobre una de las mesillas de noche.

Volvió la vista a Cam, que señaló el minibar con la cabeza.

—¿Quieres... quieres tomar algo?

—Con lo que cobran por cada bebida nos costaría más que la habitación.

Genial, frase romántica número uno para ambientar. Pues sí que iba bien encaminado. ¿Qué le pasaba con Cam que siempre acaba soltando alguna tontería como esa? Quizá debiera limitarse a las acciones y no a las palabras. Decidido, se acercó a ella tal y como había hecho en Nueva Orleans. La rodeó despacio con los brazos y, aunque al principio notó que ella estaba tensa, en cuanto sus labios se juntaron, Cam relajó su cuerpo, acercándolo al suyo.

Leo no necesitó más señales para seguir adelante, y llevó sus dedos a la cintura para quitarle la camiseta. Cam no se quedó atrás, y comenzó a desnudarlo también.

En pocos minutos estaban en ropa interior, y durante unos segundos se miraron como si fuera la primera vez que lo hacían. Habían pasado mucho tiempo juntos, vivido todo tipo de experiencias... se habían visto incluso en ropa interior alguna que otra vez, pero de alguna forma, en ese momento era como si jamás se hubieran observado el uno al otro.

Porque en realidad así era, nunca se habían visto. No de esa manera. Mientras la llevaba a la cama y acariciaba su cuerpo con delicadeza, Leo pensó que nunca antes había sentido la piel de Cam tan suave, sus ojos tan brillantes, sus curvas tan seductoras, su voz tan excitante...

Sus cuerpos rodaron entrelazados entre las sábanas, y todo pensamiento coherente dejó de funcionar en su cabeza, llena solo de sensaciones. Cuando se unieron por fin, solo pudo pensar en por qué había tardado tanto en dar aquel paso.

No quiso abrir la boca después por miedo a decir algo inadecuado, a estropear el momento que habían compartido, bien sabía que no era el mejor en utilizar las palabras correctas cuando estas tenían peso en su vida. Solo la rodeó con los brazos hasta que sintió que se quedaba dormida, y entonces se puso a pensar.

Empezaba a comprender por qué Cam había dicho que aquello no era buena idea y que no creía que hiciera bien a ninguno de los dos. Tarde, eso sí. Porque sobre el papel la idea era buena, ¿no? Qué mejor despedida de tu mejor amiga, de la que también estaba un poco enamorado, que compartir esa noche para el recuerdo.

Claro que ahora las cosas se veían de otro modo, y la idea de separarse empezaba a martillar con un dolor agudo. Estudiar en Berkeley no parecía tan importante en ese momento, mientras ella aún permanecía acurrucada contra su pecho. Había necesitado dos años para cruzar la barrera de la amistad, y ahora de repente no iban a verse más. O no próximamente. ¿Cómo había sido tan tonto para meterse en semejante lío? ¿Por qué no había escuchado a Cam, cuya inteligencia emocional lo dejaba a la altura del betún?

¿Cómo iba a encarar esa nueva situación? Si se comportaba como si nada, algo que no sabía si podría hacer, lo más seguro era que la joven se molestara con él. Y con razón. Pero, ¿qué otra cosa hacer si no?

Su propuesta había sido clara: noche de amor como despedida. No había dicho «Podemos intentar una relación», o cualquier otra frase que abarcara un futuro más amplio. Dios, pensando ahora en el tema no entendía cómo su amiga no le había dado una bofetada. Debía creer que solo buscaba acercamiento físico, aunque el hecho de aceptar quizá implicaba la certeza de que había algo más.

No tenía sentido volverse loco pensando en el asunto, más le valía descansar un poco y ya hablarían del tema por la mañana, o cuando fuera. Con un suspiro, cerró los ojos, dispuesto a apagar su cerebro durante un rato.

San Antonio era la segunda ciudad más poblada de Texas, y en pleno agosto sus temperaturas podían alcanzar los cuarenta grados tranquilamente; a pesar de ello, era un lugar lleno de color e interés cultural, de forma que, tras ducharse y desayunar, el grupo salió decidido a conocerlo a fondo. Había, además, una fuerte presencia militar en la ciudad, que albergaba la sede del fuerte Sam Houston y bases de la Fuerza Aérea de varios lugares, lo que atraía mucho a Naomi.

Leo intentaba demostrar interés por las misiones españolas, el Álamo, el Paseo del Río, la Torre de las Américas, el Sea World de San Antonio y cualquier cosa de interés, pero tenía la cabeza en otra parte y le resultaba muy incómodo. Ni siquiera había sacado la libreta, algo anormal en él. No dejaba de pensar en Cam, que por la mañana se había limitado a despedirse con una sonrisa antes de meterse en la ducha y desaparecer a su habitación oficial. No

sabía bien cómo tomarse eso, aunque en el fondo suponía que era una muestra de madurez por parte de la chica. Con una propuesta tan minimalista, no podía esperar ahora que ella quisiera hablar largo y tendido sobre hacia dónde se encaminaba su relación.

Le había ofrecido una migaja, Cam la había recogido, y ahora no tenía claro cómo sincerarse y explicarle que en realidad allí había suficientes migas como para alimentar a una población entera de palomas.

De pronto, ya no podía acercarse más de lo debido, y ni hablar de ponerle la mano encima, aunque fuera de manera despreocupada o amistosa. No estaba seguro de cómo podía interpretarlo ella, y comprendió con tristeza que lo ocurrido había cambiado las cosas y ya no podrían seguir siendo amigos. Lo que tanto temía había sucedido, y no sabía cómo solucionarlo. De pronto, Tyler se rezagó para ponerse a su altura, y le rodeó con el brazo.

—En Graceland era yo quien no hacía ni puto caso a nada de lo que veía, y hoy parece que te toca a ti, colega. ¿Todo bien? ¿Es un profundo desinterés o hay algo más? Parece que anoche tuviste suerte, ¿no?

—Me estoy comiendo la cabeza de mala manera, pero no puedo evitarlo. Pensaba que lo tenía todo controlado, pero se me ha desbaratado el panorama.

A Tyler le entró un acceso de risa al ver su rostro preocupado, y le dio una palmadita afectuosa en el hombro. Por suerte, las chicas parecían estar encantadas visitando la ciudad y deshaciéndose en halagos ante cada cosa que veían, y no miraron hacia atrás ni una sola vez, lo que les concedía ventaja.

—No quiero meterme donde no me llaman, pero, ¿has pensado en la posibilidad de tener una relación a distancia?

—No es eso lo que busco, Tyler. He visto a muchos amigos intentarlo sin éxito. —Leo resopló, fastidiado—. Por otro lado, Cam tampoco me ha insinuado en ningún momento que le interese tener una relación.

—Bueno, se ha acostado contigo. Si eso no te parece claro...

—Sé que si ambos nos quedáramos en Portland sucedería, pero me refiero a que no ha hablado en ningún momento de cómo podríamos tener una relación en nuestras circunstancias. Sabe lo complicado que es.

—¿Lo que dices es que esperabas que abandonara todo y se lanzara a tus brazos sin importar nada más?

—¡No! Bueno, no sé. Uno de los dos tendría que renunciar, ¿cierto? No puedo pedirle que haga algo así, y yo tampoco sé si estoy preparado para esa decisión.

Tyler se encogió de hombros, sin terminar de ver una salida clara a la

situación de su amigo.

—Entonces, lo correcto y razonable es dejar las cosas como están.

—Supongo que sí.

—Pero por tu cara eso tampoco te satisface.

—Mira, Tyler, no me aprietes, ¿vale? No me aclaro ni yo, como para aclarártelo a ti. Esto no es tan sencillo como parece.

—No creo que estés en una situación sencilla, pero sé bien lo que haría en tu lugar.

—Necesito perspectiva, pero la persona que suele dármela no me sirve para este caso —se lamentó el joven, cada vez más confundido. Miró a Tyler—. ¿Qué harías tú en mi lugar?

—¿Si mi mejor amiga por la que estoy colado me correspondiera? Me lanzaría de cabeza sin dudar, amigo. Puede que saliera mal, pero cuando existe ese tipo de relación creo que merece la pena arriesgarse.

Leo admitía la razón que encerraban las palabras de Tyler, pero una parte de él se preguntaba por qué Cam no podía dar ese paso también. No era justo pretender que ella cargara con todo el peso y lo sabía, pero estaba tan desorientado que no pensaba con claridad.

Él mismo lo había confesado mientras navegaban por el Mississippi, había creído que siempre se comería sus frutos secos. Como amiga era excepcional, y ahora resultaba que también tenían una química increíble como pareja, ¿qué era lo que lo asustaba?

Miró a su amigo a los ojos, de pronto Tyler parecía haber madurado tanto... como si hubiera crecido de golpe, como cuando te reencontrabas con personas a las que hacía años que no veías y observabas los surcos que el tiempo había grabado en su piel. Nunca había tenido un ejemplo tan claro como ahora junto a Tyler, al que ese viaje había vuelto más sabio y sensato, aunque fuera gracias a una circunstancia amarga.

Supo en aquel instante que lo que lo asustaba era dejar todo lo que conocía atrás, dar el paso hacia un porvenir desconocido donde no sabía lo que iba a encontrar. Y sacar a Cam de la vida que conocía (y amaba) era el último paso, el que lo encaminaba al mundo adulto.

Solo tenía dieciocho años, y le parecía demasiado pronto para sentirse atrapado entre la espada y la pared. Si renunciaba a todo por permanecer junto a Cam, era muy posible que después lamentara haberlo hecho. Pero si se marchaba dejándola atrás, ¿quién le decía que no lamentaría también haberla dejado escapar?

Tyler soltó una carcajada al ver reflejado en su rostro el abanico de sentimientos que se le cruzaban por dentro, y Leo lo contempló, ligeramente resentido.

—¿Y tú por qué estás de tan buen humor? ¿Ya no estás enfadado con Naomi?

—Mira, no. A veces, romper la rutina puede parecer catastrófico, pero al mismo tiempo es como si te quitaras un peso de encima —replicó el chico—. Y estaba claro que Naomi y yo hacía mucho que no nos hacíamos felices, así que fue la decisión correcta. Aunque doliera, porque la sigo queriendo de muchas maneras, fue lo correcto.

Leo pareció sorprendido ante su respuesta, pero no hizo comentario alguno al respecto, limitándose a seguir a Tyler.

Por la tarde habían pensado continuar el turismo, pero Jojo propuso visitar el Six Flags Fiesta Texas, y a todos les pareció buena idea un poco de diversión sin complicaciones.

El parque tenía tantas atracciones que casi resultaba mareante, muchas eran de agua, y eso era de agradecer, porque la temperatura seguía siendo más alta de lo que estaban acostumbrados a soportar.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Cam a Jojo, mientras estaban en la entrada dejando sus mochilas en las taquillas—. Con tanto vomitar no sé si subirte en todo esto te sentará muy allá.

—Lo que necesito es divertirme, precisamente. ¿Sabéis cuántos días nos quedan de viaje con exactitud?

Se cruzó de brazos, mirándolos de uno en uno. Leo notó cómo el silencio se adueñaba de la charla mientras hacían cálculos apresurados, y...

—Oh, mierda —comentó—. ¿Ya ha pasado tanto tiempo?

—Exacto, sí. Solo quedan un par de paradas, y el ambiente se ha enrarecido un poco. No digo que sea culpa vuestra, ya se sabe que en los viajes se termina discutiendo, pero no podemos dejar que siga así. Quiero poder recordar este viaje con cariño, necesito divertirme, en serio. Necesito divertirme.

Su tono de voz se había vuelto casi una súplica, y todos la observaron extrañados. Jojo cerró la taquilla y se abrochó la pulsera, sonriendo con dulzura.

—¿Os parece bien? Pues vamos. Hay un montón de montañas rusas y quiero subir en todas.

Todos comprendieron que Jojo tenía razón. El parque era inmenso, y no

podían demorarse más si deseaban aprovechar las atracciones y el *pass* que habían comprado en las taquillas, de forma que se pusieron en marcha. Fiel a su promesa, Jojo se empeñó en subir en todas las montañas rusas, aunque variando de acompañante.

Después de comer, y tras hacer la digestión, probaron las de agua, aunque para entonces ya estaban cansados. Cuando la rubia declaró oficialmente estar agotada, regresaron al motel donde se alojaban. Usaron el teléfono para encargarse de unas pizzas, decididos a cenar y acostarse pronto para poder ponerse en camino temprano al día siguiente.

Leo se revolvía en la cama sin llegar a dormirse, así que se levantó en silencio y salió a tomar el aire. El calor tampoco ayudaba a descansar, y sin detenerse a pensarlo vio cómo sus piernas lo encaminaban hacia la piscina.

Bien pensado, así quizás se refrescaran sus ideas, además de la cabeza. Se sentó en el borde, notando cómo el frescor del agua lo relajaba, y se concentró en seguir las ondas hasta que escuchó que alguien se acercaba.

—¿Qué, no puedes dormir? —Cam se dejó caer a su lado, imitándolo—. Hace demasiado calor hasta para ser Texas, así es complicado descansar. ¿Estás bien?

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Has estado raro todo el día, te conozco lo suficiente para saber cuando algo te preocupa. ¿Quieres que hablemos de ello?

El chico se encogió de hombros.

—Ya sabía que pasaría esto —replicó Cam, poniéndole una mano en el brazo—. Supongo que tenías la idea romántica de que todo sería mucho más bonito de esta forma... ¡los escritores!

—Me siento muy extraño —terminó por decir Leo.

Puede que hubiera sido mejor disimular, o incluso mentir, pero después vio claro que no tenía sentido hacerlo con Cam. Como había comentado, lo conocía demasiado bien para saber si estaba preocupado, y pasarse el día taciturno había ayudado a dejarlo claro.

—Yo también, un poco —admitió la morena—. Bueno, qué demonios, es para estarlo. Hemos sido amigos de forma inocente mucho tiempo, y ahora eso ha cambiado para siempre, aunque dejemos correr el tiempo seguirá ahí.

Le apretó la mano con afecto.

—Pero Leo, lo superaremos, estoy segura —continuó—. Esto no acabará con la amistad, ya verás. Así que relájate y disfruta lo que queda del viaje, vamos a comportarnos como siempre.

De manera que Cam no se planteaba ningún tipo de cambio en su vida. Había intentado reconfortarlo, y de alguna manera agradecía el intento de normalizar la situación para poder seguir adelante, pero hubiera preferido una charla en la que hablaran de cómo podrían afrontar un futuro juntos. De si debían empezar a salir, y de qué manera sortearían la distancia.

Pero si ella no pensaba igual, no tenía otro remedio que permanecer en silencio y seguir su consejo. De cualquier forma, Cam siempre había sido la más inteligente de ambos, así que era razonable aceptar su argumento. Y olvidar el suyo.

Capítulo 13

Gran Cañón, Arizona: Goodbye, yellow brick road

TYLER

*So goodbye yellow brick road
Where the dogs of society howl
You can't plant me in your penthouse
I'm going back to my plough.
«Pues adiós camino amarillo de ladrillos
Donde aúllan los perros de la sociedad
No puedes plantarme en tu departamento
Yo regreso a mi arado».*

(Elton John, del álbum *Goodbye, yellow brick road*).

El helicóptero despegó de su base y en cuanto comenzó a ganar altura, por los cascos que llevaban comenzó a sonar la *Cabalgata de las valkirias*. Tyler cruzó una mirada con Naomi, que le devolvió una sonrisa, la primera en los últimos días, y después miró a Jojo, que sentada al lado de la pelirroja, llevaba puestas unas gafas –que se había comprado a su paso por Rosswell– verdes, anchas y sin cristales, con forma de ojos de *alien*. Le faltaban unas antenas para completar el conjunto, pero al tener que llevar cascos durante el vuelo el piloto se las había prohibido. Parecía que su amiga no quería terminar de dejar atrás la parte infantil de la adolescencia, y no le extrañaba: aquello de madurar y tomar decisiones no era nada agradable, desde luego. Solo había que ver qué resultados les había traído a Leo y a Cam, que aunque disimulaban, se notaba la tensión entre ellos; y a él y a Naomi, que ya no eran las mismas personas que habían salido de Portland.

El aparato giró en el aire, atravesando una llanura, y de pronto ahí estaba, bajo ellos: el Gran Cañón en todo su esplendor. Tyler encendió la cámara y enfocó a través de la ventanilla, maravillado por el paisaje que se extendía ante ellos. Colores ocres y rojos por todas partes, una caída casi infinita, y al fondo, como una larga serpiente azul, corría el río Colorado. Estaba sin aliento, era mucho más impresionante de lo que había imaginado, y por las caras de sus amigos, supuso que a todos les estaba ocurriendo lo mismo.

La música cambió a Lenny Kravitz y su *Fly away*, lo que asomó otra sonrisa a los labios, mientras continuaba con la mirada en la ventanilla sin perderse detalle, sacando foto tras foto.

El helicóptero descendió un poco por el cañón, siguiendo el curso del río e internándose entre los recovecos naturales de la roca, antes de dar la vuelta y regresar, más pronto de lo que a todos les hubiera gustado.

—Creo que esto ha sido lo más genial de todo el viaje —declaró Jojo, en cuanto bajaron del helicóptero—. Lástima la pasta que cuesta, porque me daría otro par de vueltas ahora mismo.

—Siempre se puede volver —le dijo Tyler, con un guiño cariñoso.

La rubia le hizo un gesto que no supo cómo interpretar, y sacó las antenas de alienígena para colocárselas en la cabeza.

—Lo mismo nos invaden antes —replicó ella.

—A mí tantas emociones me han abierto el apetito —dijo Cam, tocándose el estómago—. ¿Vamos a cenar? Así nos da tiempo a ver después el anochecer.

A todos les pareció buena idea, así que cogieron el transporte que los había llevado hasta la pista y regresaron al centro de visitantes del Parque Nacional del Gran Cañón, donde habían reservado el hotel. Era más caro que alojarse en alguno de los pueblos cercanos, pero las vistas que tenían desde sus habitaciones merecían la pena.

Cenaron comentando el viaje en helicóptero, y cuando terminaron justo el sol comenzaba a descender tras las montañas, por lo que se dirigieron a uno de los enormes miradores para poder disfrutar de las vistas. Había bastantes turistas, pero pudieron encontrar buenos sitios desde los que ver el espectáculo natural que era aquella puesta de sol.

Se dio cuenta de que Naomi se había colocado a su lado, pero ninguno de los dos habló mientras contemplaban el sol desaparecer en el horizonte. Varios minutos después, la gente comenzó a dispersarse, y Leo hizo un gesto con la mano para llamar su atención.

—¿Vamos a tomar algo? —preguntó el chico, alzando la voz.

—Enseguida, id yendo. —Miró a Naomi—. ¿Podemos hablar?

Ella dudó un par de segundos antes de afirmar con la cabeza.

—Sí, creo que deberíamos hacerlo —contestó.

Tyler localizó con la mirada un banco algo apartado, y se lo señaló para ir a sentarse allí. Se dio cuenta de que Naomi parecía nerviosa, solo esperaba no haberle hecho demasiado daño el día de la playa y que se lo echara en cara. No había sido premeditado y no se arrepentía, pero eso no quería decir que no hubiera estado dándole vueltas al tema pensando si podría haberlo hecho de otra forma. En cualquier caso, pensaba que lo mejor era no dejar nada sin hablar antes de que se separaran en Las Vegas. Tenían el vuelo de vuelta a

casa reservado desde allí, ya que era su última parada. No podían jugar en los casinos, pero sí visitarlos, disfrutar de la piscina, las atracciones de los hoteles y, sobre todo, de los famosos *outlets* de las afueras, donde pensaban gastarse sus últimos ahorros.

—Hay algo que... —empezó él.

—Quiero contarte... —dijo Naomi, justo a la vez.

Se miraron con una sonrisa, y Tyler metió la mano en el bolsillo de su cazadora.

—Lo mío es corto —dijo.

—Vale, empieza tú.

Tyler sacó la carta que llevaba dentro de la chaqueta, aún cerrada, y se la pasó. Esperó mientras Naomi miraba el sello de la universidad de Boston, y sacaba sus propias conclusiones.

—¿Has...? ¿Es esto una respuesta a una solicitud? —preguntó ella, girando el sobre, antes de mirarle—. Pero no está abierta.

—No sé lo que pone. Pensé que no perdía nada con probar... Total, ya me habían aceptado en Humanidades, pero me dejé llevar por el impulso y envié solicitud a Boston para Trabajo Social.

—¿Y por qué no la has abierto?

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Si me han rechazado, sería el final de un sueño. Y si me han aceptado, habría estado en Los Ángeles pensando en ello, así que lo he dejado así.

—Pero ya no vas a venir a Los Ángeles.

—No, pero... quería abrirla contigo. No quiero que haya más secretos entre nosotros, Naomi, y esto es importante para mí. Sea lo que sea que ponga dentro, quería compartirlo contigo.

Naomi se frotó los ojos, y Tyler se preguntó si le estaría pidiendo demasiado. Pero ella sonrió, y antes de que pudiera impedirselo, desgarró la parte superior del sobre y sacó la carta que había dentro.

—¿Quieres que la lea yo? —preguntó.

—Sí, mejor.

Tragó saliva mientras la escuchaba, más nervioso de lo que había esperado, pero ya no había marcha atrás.

—Estimado señor blablá —leyó Naomi—, gracias por su solicitud, blablá... Cuánto rollo, a ver dónde pone... Ah, aquí. Nos complace comunicarle que ha sido aceptado en la carrera de Trabajo Social en nuestra universidad. Rogamos nos confirme su fecha de llegada... ¡Tyler, te han

cogido!

—¿Qué? —Le arrebató la carta para poder leerla con sus propios ojos—. No me lo puedo creer.

—Me alegro mucho por ti.

Le abrazó, y Tyler la estrechó entre sus brazos, inspirando su aroma por última vez. Era tan agradable tenerla así, que supo que la echaría de menos durante mucho tiempo.

—Gracias, Naomi. No estaba seguro de si... —Volvió a leer las líneas—. No puedo creerlo, me voy a marchar a Boston.

—¿Lo saben en tu casa?

—No, eso ya es otro tema. Van a llevarse toda una sorpresa, ya sabes también lo mucho que te quieren.

—Lo sé. —Le apretó una mano—. Tyler, he estado pensando en todo lo que me dijiste en la playa.

—Siento si fui muy brusco, pero...

—No, no. —Le hizo un gesto para quitarle importancia—. Solo tomaste la decisión que tendríamos que haber hablado hace tiempo. Me dolió, no te lo voy a negar, pero sé que es lo mejor. Sobre todo porque yo... en fin, yo tampoco quiero ir a Los Ángeles.

Tyler se quedó mudo. Aquello sí que no se lo esperaba. Pero claro, si pensaba en el tal Jonathan, tenía sentido.

—Por el chico ese, ¿no? —dedujo.

—No, Jonathan no tiene nada que ver con esto. Él es solo un amigo, no te he mentado. Tenía que haberte contado sobre él, no sé por qué no lo hice. Supongo que era agradable ver que le gusto a alguien más... —Movi6 la cabeza—. Pero en cualquier caso es otra cosa. No voy a ir a la universidad.

—¿Cómo? Pero si siempre has querido estudiar.

—No, eso es lo que yo pensaba, y todos a mi alrededor. Pero no es así. ¿Recuerdas el Pentágono, lo que hablamos?

—Sí, pero no veo qué relación hay.

—Quiero ingresar en el Ejército.

Si a Tyler le hubieran pinchado en aquel momento, estaba seguro de que no hubiera sangrado siquiera. ¿El Ejército? Sí, sabía que a Naomi le gustaba aquel mundo desde que se hizo abeja, pero de estar en las *girl scouts* a alistarse, había un abismo.

—Ya veo que no te lo esperabas —comentó ella, balanceando las piernas en el banco—. Tranquilo, no eres el primero, ni serás el último.

—¿Tu familia tampoco tiene ni idea?

—No, nada. Quizá debiéramos organizar unas sesiones grupales, para soltar nuestras bombas juntas, ¿qué opinas? —bromeó—. A lo mejor así no nos desheredan.

—Cuando mi padre se entere de por qué nunca pesco nada, lo hará seguro.

—¿Qué?

—Bueno, ya que estamos de confesiones, la verdad es que siempre quito el cebo antes de lanzar la caña. Eso de matar bichos y destriparlos... —Se estremeció—. Como que no.

—No me lo puedo creer.

—Pues sí, estoy planteándome hacerme vegetariano. Ya casi no como carne, lo que pasa es que no os habéis fijado. Iba en serio cuando lo comenté el otro día, con las tiras esas de carne seca.

Naomi lo miraba como si no lo conociera, lo cual no le extrañaba, porque él debía tener la misma expresión. Tantos años juntos, y habían ido acumulando secretos de tal forma que no tenían nada que ver con las personas que cada uno suponía que era el otro.

—¿Dónde vas a alistarte? —preguntó.

—Me gusta la infantería, hablé un poco con el padre de Jojo hace unas semanas. Le pediré consejo, seguro que puede ayudarme.

—Sí, experiencia tiene, desde luego. Espero que te vaya bien, de verdad.

—Bueno, esto no tiene que ser una despedida. Quiero decir, podemos escribirnos, ¿no? Mantener el contacto.

—Claro, eso me encantaría.

Al principio estaba seguro de que sería extraño, pero estaba seguro de que con el tiempo podrían llegar a ser buenos amigos.

Se quedaron unos minutos más hablando de sus planes, antes de dirigirse al bar del hotel, donde estaban sus amigos sentados en una mesa con unas cervezas medio vacías.

—Voy a pedir a la barra —dijo Tyler, mientras Naomi se sentaba.

—Te acompaño —se ofreció Leo con rapidez.

Se terminó su bebida de un trago, y alcanzó a Tyler para ir a la barra.

—Qué prisas —comentó Tyler.

—Jojo ayuda a relajar el ambiente, pero no estoy cómodo con Cam. No es como antes, ya no sé qué hacer.

—Tendréis que hablar.

—¿Otra vez? ¿Para qué? ¿Para que me deje claro que no quiere nada

conmigo? No, gracias.

—Tú mismo, pero yo volvería a intentarlo. A Naomi y a mí nos ha venido bien, no hemos terminado tan mal como cabía esperar.

—Es que vosotros sois unos raros, qué quieres que te diga. ¿Dejarlo sin discutir? ¿Quedar como amigos? ¿En serio me estás diciendo que ha sido así?

—Eso parece. Va a ingresar en el Ejército, Leo. —La cara de su amigo aclaró que él tampoco tenía la menor idea de aquello—. No perdemos nada por intentar mantener el contacto.

—Parece el mundo al revés. Una pareja que se vuelve amigos, y unos amigos que deberían haberse vuelto pareja... pero que estamos más alejados que nunca.

—Mira, ya tienes ideas para un libro.

—Ja, ja, me parto.

Tyler le dio un codazo intentando animarlo, aunque ya suponía que su amigo no estaba de humor para bromas.

—Hazme caso e insiste —dijo, haciendo un gesto a la camarera—. Me da que todavía tenéis temas abiertos y no os habéis dicho todo.

Pidió las bebidas y, con un par de guiños y sonrisas, se las apañó para que la chica no le cobrara.

El día no podía haber terminado mejor.

Capítulo 14

Las Vegas, Nevada: Stand by me

JOJO

*When the night has come
And the land is dark
And the moon is the only light we see
No I won't be afraid
No I won't be afraid
Just as long as you stand, stand by me.
«Cuando la noche ha llegado
Y la tierra está oscura
Y la luna es la única luz que veremos
No, yo no tendré miedo
No, yo no tendré miedo
Mientras tú estés, estés conmigo».
(Ben E. King, del álbum *Don't play that song!*).*

El viaje llegaba a su fin. Ya se dirigían hacia Las Vegas, y Jojo observaba el paisaje con melancolía. No habría más paradas salvo para sacar fotos o comprar algún recuerdo, ya que estaban haciendo la ruta por carreteras secundarias y disfrutar así más de aquella parte del país.

Habían estado semanas fuera, pero todo había pasado demasiado rápido para su gusto. Le daba la sensación de que hacía solo unos días que habían salido de sus casas, y, sin embargo, era todo lo contrario. Miró a sus amigos de reojo, pensando en cómo habían cambiado las cosas entre ellos. La única que parecía igual que siempre era ella misma, porque todavía no podía creerse que Cam y Leo se hubieran acostado. Ni que Naomi y Tyler ya no estuvieran juntos, eso sí que era algo que jamás hubiera imaginado.

Una pequeñísima parte de su corazón se había alegrado por la noticia, incluso había sentido algo como una ligera esperanza por que algo sucediera entre Tyler y ella... pero la había sofocado rápidamente.

Primero, porque sabía que era imposible, no había un futuro posible entre ellos.

Y segundo, porque nada en el trato de Tyler hacia ella le hacía pensar que su pensamiento podía haber cambiado. El chico la trataba como si fuera su hermana pequeña, y siempre sería así, no había más vueltas que darle. Le dolía pensar qué le esperaba en Boston, a quién conocería. Porque estaba segura de que Tyler no estaría mucho tiempo solo: las chicas enseguida le pondrían la etiqueta de «disponible» y no tardaría en encontrar alguna. Sonrió a su pesar. Sí, ella no podría hacerle feliz como le hubiera gustado, pero seguro que otra lo haría.

—¿Una paradita para comer algo? —preguntó Naomi, con el mapa entre las manos—. Según esto hay un restaurante de carretera en pocos kilómetros, y luego ya nos espera un buen trecho sin nada.

—Qué miedo —dijo ella, con una sonrisa—. En estos sitios, como vea un reflejo en el monte en plan *Las colinas tienen ojos*, veréis cómo piso el acelerador y llegamos a Las Vegas en un pis pas.

—Entre eso y los *aliens* que viste en Roswell —dijo Leo, haciendo el gesto de comillas con los dedos—, tú sí que has vivido aventuras en este viaje.

—No me hagas hablar, que aquí no os habéis aburrido nadie. —Le sacó la lengua y Leo se calló, evitando mirar a Cam—. Y sí que vi algo, había luces en el cielo. Lo que pasa es que vosotros no quisisteis hacerme caso.

—Eran aviones —intervino Cam, girando hacia el camino que señalaba Naomi—. O satélites, que de noche se ven también.

—Sois unos aburridos, que lo sepáis. Yo seguiré pensando lo que me dé la gana.

Cam aparcó, y Jojo se bajó del coche con gesto ofendido, aunque todos sabían que era fingido. Era más divertido pensar que habían visto ovnis, claro, y en realidad tenían razón. Porque eran Objetos Volantes No Identificados. Otra cosa era que no tuvieran origen extraterrestre, pero que no los habían identificado, eso fijo.

El restaurante estaba junto a un motel de carretera que le recordó al de *Psicosis*, aunque al ser de día y lucir el sol no tenía aquel efecto lúgubre. Otra cosa hubiera sido llegar de noche, ni loca se habría alojado allí.

Al entrar le asaltó el olor a fritanga, y al momento se le revolvió el estómago. Apartó la cara para que no la vieran sus amigas, que ya estaban encima de ella todo el rato asegurándose de que comía, y se fue directamente al baño para vomitar. Justo le dio tiempo antes de que entrara Cam, por lo que pudo disimular y su amiga no se enteró.

—Hay que beber menos agua en estos viajes —dijo, cuando se encontraron en el lavabo—. Como la próxima parada esté lejos, nos veo con el culo al aire en medio del desierto.

—Sí, y vendrá uno de esos mutantes a darte un mordisco —contestó su amiga entre risas.

Jojo se unió a sus carcajadas, y salieron juntas a comer con el resto. Se sentó entre ella y Leo, que seguían en modo amable pero distante, todo lo contrario que Naomi y Tyler. Era increíble. Ahora que se habían dicho la verdad, se los veía mucho más unidos y amigables que al principio del viaje. Qué cosas.

Naomi había explicado por fin sus planes, y ya entendía por qué había hablado con su padre. Ya se imaginaba su cara cuando le pidiera consejo y ayuda, lo haría muy feliz, estaba segura. Y se alegraba de que Naomi tuviera un apoyo, porque estaba segura de que su familia no se lo tomaría tan bien.

Aun así, sabía que la pelirroja estaba afrontando un enorme cambio en su vida, algo digno de ser alabado, y así se lo hizo saber cuando los demás fueron a buscar la comida.

—Eres muy valiente —murmuró.

Naomi se giró, extrañada.

—¿Yo? ¿Por qué?

—No es nada fácil tomar la decisión que has tomado. Tantas personas no se atreven a romper la cómoda rutina... se acomodan, y su existencia se vuelve

gris, monótona, se quedan sin amor porque lo cambiaron por un buen sofá. Romper con todo y perseguir tus sueños te vuelve alguien especial.

La pelirroja procesó sus palabras, ligeramente sorprendida por la seriedad que desprendía su amiga. Aunque no le faltaba razón, le resultaba extraña la manera en que Jojo pasaba de comportarse como una niña a disertar comentarios tan profundos.

—Entonces, ¿piensas que hago lo correcto dejando correr esa vida fácil y cómoda de matrimonio con hijos y casita blanca para dedicarme a una profesión complicada?

—Creo que siempre hay que hacer lo que uno desea. Si no hace palpitar tu corazón, no merece la pena.

Naomi la miró a los ojos.

—¿Así te sientes tú al ir a Brown en otoño? —Vio cómo la rubia se encogía de hombros, aún sonriendo—. Es curioso esto, porque antes te oíamos hablar a todas horas sobre ir allí, y lo maravillosa que iba a ser tu universidad, pero ya no lo haces. Es como si el tema hubiera dejado de preocuparte.

—Y es verdad que no me preocupa. Todo irá bien, Naomi, para ambas. Tú no cambies nunca, eso es lo más importante. —Su sonrisa se amplió—. ¡Oh, la comida! Bien, ¡me muero de hambre!

Apartó las bebidas para que los chicos pudieran depositar las bandejas, y echó una mano repartiendo a cada uno lo suyo, mientras observaba con una ceja alzada la comida sana que contenía el plato de Tyler.

—Oye, ¿y este festín de verdura? —bromeó, pellizcándole un brazo—. ¿Es que has decidido ponerte a dieta a estas alturas?

—Sí, creo que ya he sobrepasado mi límite de grasas —se burló el chico—. ¿No os ha contado Naomi que tengo intención de volverme vegetariano?

—No me sorprende demasiado —respondió la rubia con dulzura.

—Yo podría vivir solo de patatas fritas —apoyó Cam, adueñándose del plato—. Patatas, y...

—... Patsy —terminó Leo, y ella se lo quedó mirando.

La comida transcurrió entre bromas ligeras y charla intrascendente, y después regresaron a la furgoneta para continuar el viaje.

Cam condujo hasta llegar a Las Vegas, y despertó al grupo un rato antes para que pudieran observar las luces de la ciudad más vertiginosa que existía. Cruzar la entrada al estado y disfrutar del espectáculo visual cuando ya había anochecido no tenía precio, y todos quedaron ensimismados y sin articular palabra. Nada importaba que no pudieran beber o apostar en los casinos, ellos

deseaban empaparse del bullicio, de los colores y el sonido, la suntuosidad de los hoteles, del lujo que se percibía en todas partes.

Deseaban vivir la experiencia de estar en Las Vegas sin restricciones, y por eso habían decidido reservar en el hotel The Venetian, inspirado en Italia y muy céntrico, para poder aprovechar al máximo. Era, sin duda, el hotel más caro del viaje, pero a todos les había seducido la idea del lujo, y el hecho de que tuviera canales artificiales con paseos en góndola terminó por convencerlos. Sería su última parada, así que la utilizarían para mimarse en el *spa* del hotel y comprar mucho en los famosos *outlets* de las afueras.

Tras estacionar la furgoneta en el parking, decidieron ir a cambiarse para visitarlo antes de cenar, aunque ya fuera de noche.

—Vosotras id a hacer el *check in*, nosotros subiremos el equipaje hasta el vestíbulo —dijo Tyler.

—Yo os ayudo —decidió Naomi—. Hay demasiadas maletas, y yo tengo que ir entrenándome, ¿no? —Les guiñó un ojo.

—Os tomaremos la delantera entonces. —Jojo sacudió la cabeza y se marchó hacia la entrada del hotel acompañada de Cam.

Ambas quedaron mudas al momento al ver el lujo del lugar. La ostentación de los hoteles era uno de los grandes reclamos de Las Vegas, junto con los casinos, y estaba claro que aquel merecía hasta el último dólar que iban a pagar por él. Según el folleto informativo que ojearon mientras aguardaban su turno, leyeron que poseía un montón de opciones.

—Fíjate, sábanas de algodón egipcio, Cam —Jojo parecía asombrada—. ¡Sábanas de algodón egipcio! Vamos a descansar como bebés.

—Nunca he comprendido bien esa expresión. —Cam estaba cruzada de brazos, cansada de conducir y ahora también de esperar—. Los bebés lloran y berrean todo el tiempo, ¿por qué se dice eso de descansar como...?

—No seas gruñona y lee. —Le pasó el folleto, divertida—. Tenemos hasta bañera de hidromasaje en nuestro cuarto. Podemos relajarnos dentro o usarlas para algo más animado que incluya hombres... aunque bien pensado, ni Naomi ni yo tenemos con quién. —Le sacó la lengua.

—Veinte restaurantes, bares, discotecas, teatro... —Cam ignoró la observación de la rubia, así como su indirecta—. Anda, un *spa* de lujo. Lo mismo me voy yo al *spa* y os dejo el hidromasaje por si encontráis un camarero guapo y follable.

—Por cierto —Jojo la empujó con suavidad cuando una mujer emperifollada abandonó la cola con su llave—, siempre nos has dado todo

tipo de detalles de tus rollos, pero sobre Leo no has abierto la boca ni para decir «uh». ¿Qué tal estuvo?

Cam meneó la cabeza.

—Es que me parece mal, no sé... los otros tíos os importaban un pimiento, pero Leo es Leo, ya sabes. No me sale lo de hacer bromas respecto a nuestro encuentro.

—¿Pero estuvo bien?

—Estar bien es quedarse corto.

—¿En serio? ¿Y por qué no estáis aprovechando los días que os quedan para...? Ya sabes lo que quiero decir.

Jojo lo preguntaba con total sinceridad, así que Cam no quiso responder de forma sarcástica. No se lo merecía cuando se interesaba por ella y su vida.

—No lo sé. Él propuso una noche, yo solo me adapto a eso. Además, sinceramente, creo que lo volvería todo más difícil. —Cam chasqueó la lengua—. Ya ha ocurrido, de hecho, ¿no te has fijado que Leo está taciturno?

Otra persona abandonó la fila, por lo que avanzaron un paso más.

—Leo está taciturno porque se ha enamorado y aún no lo sabe. Y si lo sabe, no tiene la menor idea de cómo afrontarlo —explicó Jojo, volviendo a mirar el folleto como si estuviera hablando de cualquier tema intrascendente—. Y si encima sumamos la complicación de que en nada os vais en dirección contraria, creo que es lógico que esté taciturno. ¿Habéis hablado?

Cam la observaba boquiabierta.

—Intenté que se sintiera mejor en Texas, pero me parece que no sirvió de mucho. El problema es que no sé qué quiere, si al menos pudiera ser sincero...

—Por lo visto, aparte de expresarse bien por escrito, poco más. De todas maneras, ¿por qué le estás dejando a él toda la responsabilidad?

La morena frunció los labios al escucharla, sin entender a qué se refería.

—Dices que no sabes qué quiere, que no es sincero, ¿pero lo eres tú? No creo que lo hayas sido en absoluto. La mayor parte de las veces damos por hecho que son ellos los que deben dar el paso, ¿no? Ir a declararse, pedir citas, arriesgarse a recibir el no. Y nosotras debemos esperar. Pues no estoy de acuerdo, no me parece justo.

—Jojo —trató de interrumpirla Cam, al ver que se animaba en su diatriba.

—Es que no tiene por qué ser así, tú también puedes ir y decirle lo que quieres, o que lo quieres, si es que es así. Cruzarse de brazos y esperar es la opción cómoda, señorita Cameron, y no es propio de ti.

La pareja que tenían delante desapareció ante sus ojos, así que Jojo agitó la

cartera.

—¡Nos toca! Tengo aquí los carnés. —Se acercó a la joven recepcionista con una sonrisa encantadora mientras dejaba los documentos sobre el mostrador—. ¡Hola! Un hotel precioso, estamos deseando verlo entero. ¿Nos recomendará alguno de los restaurantes?

La muchacha correspondió a su amabilidad, y ambas entablaron una pequeña charla donde Jojo recibió lo que había pedido. A su lado, Cam permanecía sin habla y rumiando las palabras de su amiga, aún sorprendida por la sensatez que había en ellas.

—Estupendo. —Jojo la cogió del brazo para apartarla—. Mira, me ha regalado entradas para varias discotecas, y unos descuentos para estos restaurantes de lujo y el *spa*. Qué chica más encantadora, deberíamos comprarle unos bombones antes de irnos.

—Jojo —la cortó Cam—, sobre lo que acabas de decir...

Pero la rubia no dejó que terminara, y ante su sorpresa, le puso un dedo en los labios.

—Hay muchas personas que no tienen una segunda oportunidad para arreglar las cosas, pero ese no es tu caso, cariño —le dijo—. Eres una persona maravillosa, te mereces lo mejor, y a lo mejor tienes que luchar por ello, pero hazlo. No tomes decisiones de las que te puedas arrepentir, a veces hay que dejar que el corazón pase por encima de la razón.

—Pero...

—Yo quiero que seas feliz.

Jojo la abrazó, dejando de nuevo a Cam fuera de juego. No comprendía por qué de repente la charla se había vuelto tan sentimental, pero respondió al gesto de afecto de su amiga con una sonrisa.

—Y yo quiero lo mismo para ti —murmuró.

—Mira, ahí vienen los demás. —Jojo se separó—. Será mejor dejar estas demostraciones de cariño que tanto incomodan a los tíos para otro momento.

Cam asintió, quedándose con la extraña sensación de que se le escapaba algo. El comportamiento errático de Jojo no era normal, ella no estaba normal. No lo había estado en ningún momento del viaje, si se detenía a pensarlo, pero al igual que los demás, deducía que era por el inminente cambio de vida.

El resto ya aparecían con las maletas, así que la siguiente hora la dedicaron a buscar sus habitaciones para entusiasmarse con ellas. Eran tan espectaculares como el hotel por fuera, y Jojo pasó diez minutos revolcándose en las camas mientras acariciaba las sábanas de algodón egipcio como un gato

perezoso.

Esa noche, tras cambiarse, recorrieron la zona externa del hotel, maravillándose con la recreación veneciana y disfrutando de las vistas nocturnas. El agua de los canales estaba bien iluminada, y las góndolas le conferían un aspecto en extremo romántico, así que disfrutaron mucho del paseo. Después, escogieron un restaurante para ir a cenar, y también resultó más lujoso de lo normal, pero mereció la pena, porque la comida era exquisita y el trato perfecto. Por primera vez, esa noche hablaron con tranquilidad y se mostraron relajados, y Jojo pensó que era la reacción natural al saber que el viaje finalizaba.

Se acostaron agotados, decididos a descansar para poder recorrer bien la ciudad durante el día siguiente. Jojo, ya metida en la cama, notó que Cam parecía intranquila después de sus palabras, pero sabía que su amiga terminaría reaccionando a tiempo. Se durmió con una sonrisa en los labios, y se levantó de igual manera, dispuesta a divertirse. No dejaría que nada mitigara su buen humor, ni siquiera las molestias permanentes con las que estaba lidiando. Aquello se terminaba, y había que disfrutarlo.

Resultó un día agotador, porque no les quedaba mucho tiempo. Durante la mañana recorrieron los hoteles más llamativos, y se quedaron con las ganas de perder horas holgazaneando en cualquiera de las enormes piscinas que poblaban los complejos.

Ojalá se quedaran más días; a Jojo le hubiera gustado llegar hasta California y Los Ángeles, recorrer la ciudad de las estrellas.

Cuando se detuvieron a la hora de comer, la rubia les explicó el resto del itinerario que había pensado. Al parecer, Naomi había perdido las ganas de dirigir la excursión, pero a nadie parecía molestar ese detalle, ni siquiera a ella. Estaba más relajada y feliz que nunca, al igual que Tyler.

Tyler... tenía que encontrar un momento a solas con él, pero no sabía si podría.

—Pasaremos la tarde en los *outlets* —comunicó, mientras esperaban su dosis de comida rápida, opción elegida para no perder más tiempo del necesario—. Será imposible recorrerlo entero, harían falta un par de días, pero para hacer algunas compras, más que suficiente. A la vuelta nos cambiamos, y he pensado que podríamos subir a esa noria de la que tanto se habla, la de las cabinas cerradas. Luego tengo una sorpresa.

Todos estuvieron de acuerdo en todo, y siguieron ese plan: en efecto, la tarde en el *outlet* resultó más agotadora que cualquier recorrido de kilómetros

que hubieran hecho con anterioridad. Regresaron en un taxi cargados de bolsas, sobre todo ellas, que habían aprovechado los buenos precios en marcas de ropa y zapatos.

—Menos mal que la vena consumista nos ha entrado el último día —dijo Naomi, que estaba prácticamente sepultada bajo sus bolsas—. Si este hubiera sido nuestro primer destino, me habría gastado toda la pasta aquí.

—Las Vegas tiene algo especial, ¿verdad? —comentó Leo—. Y no son los casinos.

Jojo estuvo a punto de decir que para ella resultaba un sitio mágico, pero era muy posible que se rieran a su costa, por lo que mantuvo silencio. Leo siempre podía hacer esos comentarios sin que nadie se extrañara, pero que los hiciera ella, cabecita loca, no era lo mismo.

Subieron a sus habitaciones para dejar las compras, darse una ducha rápida para eliminar el calor del día y bajar ya cambiados de ropa. Se desplazaron hasta The Linq, la zona de ocio más novedosa de la ciudad, llena de locales donde comer y beber, albergaba también la High roller, la noria panorámica más grande del mundo.

El viaje duraba una media hora, y además de ver la ciudad de noche, durante la vuelta les explicaban curiosidades sobre Las Vegas.

—Cómo nos gustan las alturas —dijo Leo burlón, cuando el viaje llegó a su fin.

—Pues no hemos acabado —comentó Jojo—. Como nos divertimos tanto en el Gran Cañón, he pensado en repetir la experiencia aquí. Hay un tour en helicóptero sobre la *strip*, y creo que nos gustaría mucho.

Naomi empezó a negar con la cabeza.

—Estoy sin blanca, ¿no has visto toda la ropa que me he comprado? Y esos vuelos no son lo que se dice baratos, Jojo.

—Lo pago yo —dijo la rubia.

Se enfrentó entonces a un montón de miradas de curiosidad. Se preguntaban a qué venía aquello, y a punto estuvo de echarse a llorar, pero logró superar el momento malo. Cogió aire y les devolvió una mirada desafiante.

—Quiero haceros este regalo, cachorros. No sé si sabéis lo importantes que sois para mí, todos. Nunca tuve amigos de verdad antes de vosotros, y estos años a vuestro lado han sido increíbles. Mañana se termina nuestra aventura y en unos días dejaremos de vernos, así que quiero hacer esto. Por favor, dejadme.

Tyler intercambió una mirada con Cam, desconcertado. Ciertamente era que todos

se sentían mal al pensar en lo que Jojo acababa de comentar, pero sin duda la rubia era la que peor parecía tomarse la separación.

—Jojo, no cortaremos el contacto —habló Naomi, tomando la delantera—. Seguiré estando siempre que quieras, siempre que me necesites. La distancia no es ningún impedimento si la amistad es de corazón. Lo sabes, ¿verdad?

Jojo asintió, tragándose su malestar.

—Lo sé. Pero quiero hacer esto, y puedo. Tengo el dinero —lo dijo con sencillez, sin hacer alarde de ningún tipo—. Dejadme —repitió, con expresión de súplica.

Tras unos segundos de silencio que resultaron eternos, Leo le rodeó la cintura con el brazo.

—Bueno, señorita *happy flower* —dijo, jocosamente—, si quieres gastarte tu dinero en mí, no seré yo quien ponga pegase. Ya puestos, puedes invitarme a un helado enorme con el que paliar este puto calor de mierda.

Ella rompió a reír, aliviada. No comprendía cómo en el pasado había encontrado el humor de Leo irritante y sarcástico, ahora se daba cuenta de lo bueno que era para romper momentos incómodos. Le besó en la mejilla con cariño.

—Marchando un helado doble —dijo—. Pero después del vuelo, si os parece bien.

Tras aquello, nadie se resistió. Jojo se gastó una pequeña fortuna en el vuelo en helicóptero, pero valía cada dólar pagado. Al igual que los hoteles, en Las Vegas todo era a lo grande, y poder observar la ciudad de noche desde las alturas fue una experiencia que no olvidarían con facilidad.

Bajaron excitados y comentando detalles sobre el paseo, y Jojo cumplió su promesa de comprar helados para todos. Escogieron otro de los restaurantes del hotel para cenar, aunque Naomi y Cam parecían agotadas y comenzaron a bostezar en mitad de la cena.

—Deberíamos acostarnos en cuanto acabemos —repuso Leo—. Tenemos que estar sobre las ocho en el aeropuerto, y aún queda hacer las maletas y demás diligencias.

—Y estas dos se van a dormir encima del plato —acabó Tyler, sonriendo.

El camarero ya les estaba apartando los platos, con lo que tanto Cam como Naomi parecieron encantadas con la idea de descansar.

—Yo aún no tengo sueño —dijo Jojo—. Creo que saldré a dar un paseo y hacer alguna foto de los canales, me encantan.

—¿Seguro? ¿Quieres que nos quedemos contigo? —ofreció Naomi.

La rubia negó con rapidez, pero su mano se deslizó sobre el brazo de Tyler, y lo rozó con discreción. El chico la miró de reojo, pero no abrió la boca.

—Solo será un rato corto. También estoy agotada, pero nunca más volveré aquí, y quiero llevarme algunas fotos de recuerdo. Vosotros id a dormir y a preparar maletas.

—Como quieras —asintió la pelirroja, poniéndose en pie.

Cam y Leo la imitaron, pero Tyler los despidió haciendo un gesto con la cabeza.

—Yo me quedo con ella, no sea que se pierda. —Sonrió—. Descansad.

Los tres se despidieron con una sonrisa, y Jojo se levantó para abandonar el restaurante, seguida de un Tyler curioso. Fuera, de nuevo los canales brillaban con la perfecta iluminación, y la chica se sentó justo en la orilla, en unos bancos colocados a propósito para aquel fin. Tyler se dejó caer a su lado.

—¿Todo bien, cariño? —preguntó—. ¿Querías hablarme de algo?

Ella no apartaba la vista del agua, rehuendo su mirada. Sus ojos azules resultaban demasiado hipnotizantes, y no quería acabar hablando más de la cuenta, aunque si lo había hecho salir era por algo.

—Solo quería estar a solas contigo un rato —repuso.

Tyler seguía sorprendido y acertó la distancia que los separaba para coger sus manos, un contacto que pilló a Jojo por sorpresa.

—Jojo, sé que algo sucede, te comportas de una manera muy rara. Y no me digas que es porque nos marchamos a la universidad, porque como bien ha dicho Naomi, seguiremos viéndonos, aunque sea menos a menudo. ¿Qué te pasa?

Ella sintió como si una pelota de tenis se hubiera atascado en su garganta. Cómo explicarle sus sentimientos sin que eso lo pusiera en una situación incómoda. Cómo confesar que ojalá pudiera pasar el resto de su vida con sus manos entre las suyas, justo como en aquel instante.

Ojalá pudiera congelar el momento, guardar el tiempo en una botella. Al igual que Jim Croce en su canción, deseaba pasar la eternidad a su lado. Hacer que los días fueran eternos, que sus deseos se volvieran realidad, que cada día fuera un tesoro. Y que fuera junto a él.

—¿Alguna vez has escuchado a Jim Croce? —preguntó, con los ojos brillantes—. Ya sabes, la canción «Tiempo en una botella».

—Sí. Cam la pone. Muy melancólica.

—Y sin embargo, todo lo que dice es cierto. Si pudiéramos meter todos los buenos momentos en una botella y recuperarlos...

Tyler la escuchaba sin interrumpir. Nada de risas, ni observaciones del tipo de «estás como un cencerro, Jojo». Nada de «¿a qué viene esto ahora?».

Escuchaba sus palabras, la comprendía. Y Jojo deseó entonces que siempre que Tyler escuchara aquella canción, se acordara de ella.

Notó que el silencio empezaba a pensar entre ambos, y carraspeó.

—Perdona —atinó a decir, aún turbada por lo que aquel apretón inocente y amistoso le estaba haciendo sentir—. Es que te voy a echar tanto de menos... Te quiero mucho, Tyler...

Él la abrazó sin dejarla terminar. Jojo no sabía si conocía sus sentimientos o solo se lo tomaba como cariño entre amigos, pero de cualquier manera sintió su calor, su afecto, sus brazos reconfortándola por completo.

Era un momento perfecto, su momento perfecto. Y lo recordaría siempre.

Capítulo 15

Portland, Maine: Our last summer

CAM

*I can still recall our last summer
I still see it all
Walks along the Seine, laughing in the rain
Our last summer
Memories that remain.*
«Aún puedo recordar nuestro último verano
Aún lo veo todo
Caminatas a la orilla del Seine, riéndonos en la lluvia
Nuestro último verano
Recuerdos que permanecen».
(ABBA, del álbum *Super Trouper*).

Tumbada en su cama, en la intimidad de su habitación, Cam sostenía su móvil y deslizaba el pulgar de una foto a otra. Por supuesto, todos sus álbumes estaban bien empaquetados en su maleta, todo listo y preparado para partir en unos días a Massachusetts.

Se acomodó contra la almohada, recordando el regreso del viaje. No recordaba otro momento tan triste como ese, el vuelo había sido descorazonador. Todos iban callados, lánguidos, sin ganas de hablar. Con un verano tan intenso, cualquier cosa resultaba trivial, y nadie deseaba estropear el momento.

Cuando el avión aterrizó, fue como si recibieran un baño de realidad. El taxi los llevó hasta Portland, donde todos se abrazaron con un nudo en la garganta, prometiendo verse durante los pocos días que restaban hasta que empezaran a partir.

Leo, de hecho, se iba el primero. En dos días saldría su vuelo a Berkeley, y pensarlo le producía una opresión en el pecho que apenas le dejaba pensar. Ella se marchaba dos días más tarde, y luego Naomi y Tyler la semana siguiente. Jojo parecía partir en último lugar, o al menos eso era lo que había dicho la rubia.

Y allí estaba ella, echada sobre la cama, dejándose vencer por la melancolía. Escuchar sin cesar a Patsy Cline tampoco ayudaba a animar el ambiente, pero no podía evitarlo. Se sentía como cuando veía un *film* donde todos sabían que debía hacer la protagonista, excepto ella. Separarse de su

padre también la entristecía, pero sabía que él viajaría muchos fines de semana, porque no se encontraban tan lejos, pero sus amigos eran otro tema. Leo se iba a la otra punta.

Leo, Leo... se habían despedido con un abrazo distante, como si fueran conocidos y no buenos amigos. Buscó todas las fotos que tenía con él en el teléfono, y las miró una y otra vez, controlando las ganas de echarse a llorar.

Justo en aquel momento oyó golpes en la puerta, y se incorporó, apoyándose en el codo.

—Pasa —dijo, carraspeando para que su voz no la traicionara.

—¿Cómo estás, mi pequeño pigmeo? —Sam entró en el cuarto—. Llevas tanto tiempo aquí metida que he venido para ver si aún respirabas.

—Estoy bien, estaba mirando unas fotos.

—¿Del viaje?

Cam se hizo a un lado para dejarle sitio, y Sam se acomodó a su lado rodeándola con un brazo. La morena se acurrucó junto a él, su proximidad hacía que se sintiera un poco mejor, aunque no mitigaba del todo el malestar.

—Oye —dijo él—, sé que ahora mismo todo te parece cuesta arriba. A tu edad las cosas parecen muy importantes, dejar a tus amigos, tu hogar, los lugares que conoces, tu familia... pero créeme, la siguiente fase va a ser maravillosa, Cam. Vas a disfrutar muchísimo de tu época universitaria.

Ella asintió, pasándose las manos por las mejillas.

—No me gusta verte triste, mi niña. —Sam la miró a los ojos—. Dime solo que es nostalgia, y lo comprenderé.

Pero Cam no sabía lo que era. Obvio que había nostalgia en sus lágrimas, y miedo ante lo desconocido, el temido cambio, la temida madurez.

Sam contemplaba ahora sus fotos con aspecto pensativo.

—¿Y qué pasa con Leo? —preguntó, y Cam se giró, confusa—. Bueno, a lo mejor estoy diciendo una estupidez, pero siempre pensé que terminarías saliendo con él. Nunca he comprendido por qué no te ha invitado a salir, o tú a él. Creo que seríais una pareja perfecta.

—¿En serio piensas eso?

—Lo que pienso es que ese chico y tú siempre habéis tenido una relación genial llena de buenos momentos. Y oye, que soy tu padre, y como buen padre no quiero que ningún majadero se acerque a mi pequeña... pero Leo me gusta.

—A mí también —admitió Cam.

—¿Y él lo sabe? ¿Pretendes que lo adivine por generación espontánea? —Sam le dio un toque con el hombro—. ¿Cuál es el verdadero problema?

—Todo. Todo es difícil —dijo ella—. Se marcha a Berkeley, papá, y yo pensaba ir también a esa universidad, pero pensé que me resultaría horrible verlo todos los días sin que me correspondiera.

—¿Y ese es el motivo de que te matricularas en Massachusetts? —Vio cómo su hija movía la cabeza de manera afirmativa—. Oh, Cameron... con tus calificaciones podías haber elegido el lugar que hubieras querido. Estoy seguro que en Berkeley te seguirían recibiendo con los brazos abiertos, ¿sabes?

—¿Tú crees?

—Claro que sí. Mira, hija —Sam la agarró por los hombros—, tu madre murió muy joven, y no hay un solo día en que no me arrepienta de todo lo que no le dije. Si en serio quieres a alguien, debes decírselo y no dejarlo escapar, porque nunca se sabe si volverás a tener otra oportunidad. Tú puedes aprender de mis errores y no repetirlos.

La joven lo escuchaba con atención, sin interrumpir, absorbiendo cada palabra.

—Quiero decir que no es que me alegre de que de pronto cambies Massachusetts por California sin más, creo que tenías que haber pensado las cosas mejor porque eres inteligente, pero... te animo a que hagas lo que de verdad desees, cariño. Tienes que hacer lo que te haga feliz, yo te apoyaré siempre.

—Oh, papá. —La morena se abrazó a él, conmovida por la generosidad del corazón de su padre.

Había tenido la desgracia de perder a su madre muy pequeña, pero había sido bendecida con el mejor padre del mundo, y sintió la necesidad de manifestarlo.

—Eres el mejor padre del mundo.

—Y tú una hija maravillosa. —Sonrió él—. Y ahora mueve el culo, y toma esa decisión que no te deja dormir. Soluciona el problema, pígameo.

Dicho aquello, Sam abandonó la habitación, dejándola sola con sus pensamientos. Sin embargo, tras escuchar las palabras de Jojo en Las Vegas, y las de su padre en aquel mismo momento, Cam decidió que había llegado el momento de apostar.

Saltó de la cama y se vistió a toda prisa. Se sentía como si fuera a cometer una locura, pero en realidad sabía que estaba haciendo lo correcto, y que hacía mucho tiempo que debía haber reaccionado.

Pasó como un vendaval junto a su padre, que la despidió con una sonrisa

divertida mientras abría una cerveza con su bolsa de patatas fritas, y cogió su bicicleta, que aún permanecía en el porche sin embalar. Había pensado llevársela a Massachusetts, pero hasta el último día no tenía pensado inutilizarla, y se alegró de haberlo hecho así.

No tardó más de quince minutos en llegar hasta la casa de Leo, agitada y jadeando, y tocó el timbre. Había luz en la vivienda, y su madre no tardó en abrir la puerta, sonriendo al verla.

—¡Hola, Cam! Qué bien verte por aquí, no sabíamos si podríamos despedirnos de ti antes de que te marcharas.

—Claro que pensaba pasar a despedirme, señora Carter —respondió ella—. Pero aún quedan unos días. ¿Qué tal por aquí?

—Bueno, el señor Carter tiene más trabajo que nunca, pero ya sabes cómo son los veranos y los jardines. —Sonrió la mujer, cerrando tras ella—. Leo está arriba. ¿Quieres tomar algo? Tengo buñuelos recién sacados del horno.

—Suena de maravilla. Pero antes voy a ver a Leo.

La mujer asintió, regresando a su cocina con una sonrisa relajada. Los padres de Leo eran más mayores que la media, pero muy amables, y en su hogar siempre se respiraba una tranquilidad contagiosa. No habían tenido más hijos, focalizando toda su atención en el único, pero aun así Leo jamás estuvo malcriado.

Fue hasta su habitación, cogiendo aire antes de llamar con los nudillos. Leo dijo algo desde el interior, pero siempre tenía la música más alta de lo deseable y no entendió qué; empujó la puerta y asomó la cabeza.

—Hola —saludó.

Leo pareció sorprendido al verla. Estaba sentado encima de la cama, exactamente igual que ella un rato antes, garabateando sobre su libreta.

—Cam. —El chico se levantó, aún estupefacto, para encontrarse con ella justo en el medio del cuarto—. ¿Cómo tú por aquí tan tarde?

—Llego años tarde, la verdad.

El chico se frotó la frente, sin borrar su expresión.

—Quería hablar contigo —dijo ella sin vacilar—. En realidad, hace tiempo que debía hacerlo, pero estaba hecha un lío.

—Conozco esa sensación, sí.

—Tenía la idea de que eras tú quién debía decir lo que querías, y te he echado encima toda la responsabilidad. Estaba tan preocupada por mis sentimientos que tampoco me paré a pensar en los tuyos, y yo... bueno, yo...

Leo aguardó sin interrumpir. Tenía claro lo que sentía él, pero necesitaba

escucharla.

—Esto no es de ahora, Leo —dijo Cam al fin—. Hace tiempo que estoy enamorada de ti, solo que no me atrevía a decirlo, ni a estropearlo. La amistad era tan fuerte y tan genial, que me asustaba perderte... y luego, cuando lo de Berkeley... no sé, pero no quería pasarlo mal si al final no me ibas a corresponder.

Leo decidió que ya había escuchado suficiente, y que no había necesidad de que Cam siguiera dando explicaciones, porque las comprendía todas. Era algo parecido a lo que él había sentido, aunque en su caso estaba dispuesto a sufrir esos años universitarios si ella no respondía a sus sentimientos. Habría preferido soportar el dolor de verla con otro, si la alternativa era no verla.

Cam se quedó callada, observando el cambio de expresión en el rostro del chico, que no supo cómo interpretar. Había esperado que dijera algo, aunque fuera una de sus tonterías, pero que estuviera tan callado le hizo pensar que quizá se había equivocado en ir allí, y que Leo en realidad no sentía lo mismo. Claro, era una posibilidad, y no se había preparado para ello. Había ido tan entusiasmada que no se había parado a pensar en las consecuencias de que Leo no le correspondiera.

Sintió que todo su ánimo se desinflaba como un globo, comenzando a oprimirle el pecho, y dio un paso titubeante hacia atrás, pensando en qué excusa poner para marcharse o si largarse sin decir nada más.

Pero de pronto él le cogió la cara con las manos, y todas sus dudas se disiparon.

Leo se quedó mirando aquellos hermosos ojos verdes que le habían hecho suspirar durante años, y la besó con delicadeza, disfrutando de sus labios cálidos y recordando lo especial que había sido la noche que habían pasado juntos.

Cam lo abrazó a su vez, correspondiendo al beso con total entrega, feliz porque Leo parecía sentir lo mismo que ella y al fin se habían sincerado.

Él se apartó unos milímetros, y apoyó su frente sobre la de la morena.

—¿Y ahora qué hacemos, Cam? —murmuró.

—Mi padre dice que en Berkeley me recibirán con los brazos abiertos —contestó la chica, mirándolo a los ojos—. ¿Tú qué opinas, crees que aún estoy a tiempo?

—¿Lo dices en serio? ¿Vas a venirte conmigo a Berkeley?

Cam le sacó la lengua, burlona, y se encogió de hombros.

—Si me aceptan a estas alturas, lo intentaré.

Pensó que Leo se echaría a reír, que le seguiría la broma siendo como era tan amante del cachondeo, pero descubrió que la contemplara muy serio.

—¿Por qué no hemos hecho esto antes, Cam? ¿Por qué hemos perdido tanto tiempo?

—Rectificar es de sabios —susurró la joven con dulzura.

Y entonces fue ella quien lo besó, un beso dulce salpicado de emociones. Emociones pertenecientes al pasado y al futuro que se presentaba ante ambos.

Tomar decisiones correctas no siempre resultaba sencillo, pero el viaje había sido decisivo a la hora de descubrir la verdad. Echaría mucho de menos a su padre y a sus amigos, pero tendría a Leo junto a ella, y por fin serían la pareja que tantas veces había deseado que fueran.

Sí, podía decirse que aquel último verano siempre formaría parte de sus mejores recuerdos.

Epílogo

A mis cachorros:

Sé que os debe sorprender recibir esta carta de mi parte, cuando tan solo hace un mes y medio que nos hemos despedido. Pero quería escribiros yo antes de que os hicieran otra llamada menos agradable, así que le pedí a mis padres que las enviaran justo antes del funeral.

Tuve miles de oportunidades durante el verano, durante nuestro viaje, de ser sincera con vosotros y contaros qué me estaba sucediendo, pero no sentí fuerzas. No podía. Además, habría estropeado toda la diversión, que fue mucha.

A primeros de año, en un chequeo rutinario, mi doctor encontró ciertas irregularidades y me hizo varias pruebas. Resultó que tenía cáncer de páncreas. Es un cáncer agresivo y fulminante, así que comencé a medicarme para soportarlo, porque me daban menos de un año de vida y no había cura posible. Por eso siempre tomaba vitaminas, que en realidad eran pastillas para el dolor, y estas muchas veces me producían náuseas.

La universidad dejó de importar, obvio. Mis padres querían que empleara el tiempo disponible en disfrutar o cumplir cualquier otro sueño que tuviera, y por eso os hice la propuesta del viaje y los parques de atracciones: no se me ocurría una mejor manera de pasar mis últimos momentos.

Diversión y amigos eran la combinación perfecta. Y quería contároslo, en serio, pero no os merecíais semejante disgusto. Ya tuve suficientes lágrimas de mis padres para tener que ver también las vuestras.

Solo risas, canciones, sol, toboganes, hamburguesas, tequilas. Charlas, hogueras, malvaviscos, turismo, bailes. Horas de coche y paisajes, atardeceres y amaneceres. Vuelos en helicóptero. La playa, el mar, los conciertos, arena, helados. Vuestras sonrisas.

Esas son las cosas que quería llevarme en el corazón, y sé que me comprendéis, por algo sois mis mejores amigos. Sabéis bien que no quiero lágrimas en mi funeral, un poco como en la peli Love actually, donde se escuchaba una canción muy marchosa en el velatorio de una fallecida. Es mi forma de ser, así que haced el esfuerzo de estar felices,

por favor.

Os va a ir muy bien en la vida, en serio. Os lo digo yo, y además estaré vigilando. Me he autoproclamado ángel de la guarda de todos y cada uno de vosotros.

Sé que Naomi será una magnífica militar, tarde o temprano. Lo lleva en la sangre, así que seguro que será la primera en todo. Yo también la seguiría sin dudar.

Sé que Leo algún día escribirá un libro para recordar. Tiene esa habilidad con las palabras, y esa ironía que tanto gusta a la gente.

Sé que Cam será una buenísima antropóloga, porque es tan observadora que no se le escapa nada. Y tiene un inmenso corazón.

Sé que Tyler está hecho para ayudar a los demás, se lo noté nada más conocerlo. Y ser trabajador social es la mejor elección que podía hacer.

Por eso me voy tranquila, porque os conozco bien a todos y sé lo que valéis. Os quiero con todo mi corazón, nunca lo pongáis en duda; ese fue el motivo principal de mi silencio, y también de mi elección sobre cómo pasar mi último verano.

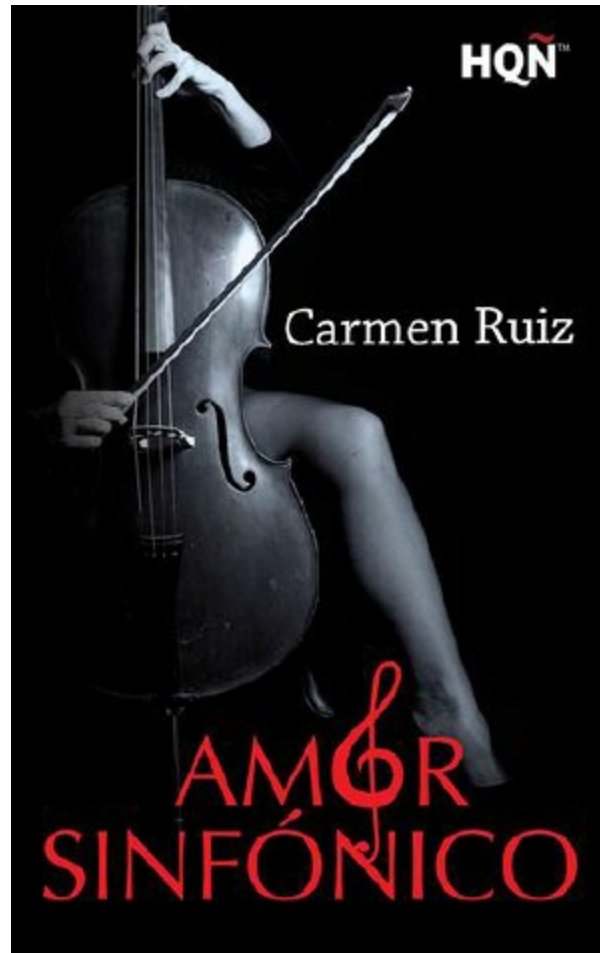
Aunque no fue solo mío, claro... fue nuestro último verano.

Os mando montones de besos desde el cielo, cachorros.

Vuestra hermanita,

Jojo

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com



HQN™

EL
AÑO
DEL
FRÍO

Jane Kelder

El año del frío

Kelder, Jane

9788491708612

376 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Hay ofensas que congelan el alma. Un largo e insólito año invernal, May Baker y Edgard Hambleton contraen matrimonio en cuestión de semanas por distintos motivos, entre los que no está incluido el amor. Ella debe acallar los rumores que la señalan desde que su prometido se ha casado con otra. Él, por su parte, está resuelto a llevar a cabo una venganza que le quema por dentro. Como el tiempo, la frialdad se extiende sobre ellos desde el día de su boda y, tal vez, ya sea tarde para la primavera.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Noche de bodas con el enemigo

Milburne, Melanie

9788491707165

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Para satisfacer su deseo, esbozó un plan: la haría su esposa, la seduciría y...Allegra Kallas detestaba a Draco Papandreou; pero, sobre todo, se reprochaba el deseo que en ella despertaba ese hombre arrogante que la había rechazado en el pasado. Por eso, se quedó horrorizada al descubrir que su padre estaba al borde de la ruina y que el único que podía evitarlo era el implacable griego...Por mucho que Allegra protestara, Draco sabía que esa mujer sentía el fuego de la pasión que les consumía a ambos y no le costó demasiado conseguir que lo reconociera.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Deseos ocultos del conde

Heath, Lorraine

9788491707929

384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una noche de verano, años atrás, Edward Alcott había cedido a la tentación de besar a lady Julia Kenney en un jardín oscuro. Después de que la dama se hubiera casado con el hermano gemelo de Edward, el conde de Greyling, esa pasión que ella había despertado en él debía permanecer entre las sombras del jardín. Sin embargo, cuando la tragedia les golpeó con fuerza, y para honrar el juramento hecho a su hermano moribundo, Edward debía fingir ser Greyling hasta que la condesa diera a luz a su bebé. Tras el regreso de su esposo, después de un viaje de dos meses de duración, Julia lo encontró cambiado. Más descarado, audaz, y mucho más travieso, aunque limitara sus encuentros a unos simples besos. Cada día que pasaba, ella se sentía más enamorada de él. Para Edward, los rescoldos del deseo, que habían prendido aquella noche de hacía tantos años, recobraron vida con suma rapidez. Se moría por ser su esposo en toda su plenitud. Pero, si ella descubriera el engaño, lo despreciaría, y las leyes inglesas

le impedían casarse con la viuda de su hermano. Aun así, sabía que debía arriesgarlo todo y revelar sus secretos si quería optar a recibirlo todo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Como un caballero

Michaels, Kasey

9788468716749

352 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Chance Becket llevaba sus treinta años de existencia tratando de olvidar. Para ello había ocultado su desagradable juventud casándose con una dama y consiguiendo un prestigioso empleo en el Ministerio de la Guerra. Pero ahora el viudo tendría que enfrentarse al pasado y volver a la costa de Romney Marsh... donde continuaban vivos los fantasmas de su infancia. Julia Carruthers estaba encantada de ser la nueva institutriz de la hija de Chance y escapar así de Londres. Pero la emoción del viaje hasta la misteriosa casa de su jefe no era nada comparada con la atracción que surgió inmediatamente entre ellos. Entonces Julia oyó algo que no debía haber oído, y comenzó a preguntarse si el repentino interés de Chance hacia ella no estaría motivado por la necesidad de proteger los secretos de su familia...

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

Jazmin

EXCLUSIVAMENTE TUYA

ALLY BLAKE



Exclusivamente tuya

Blake, Ally

9788491707677

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Había vuelto para huir... no para enamorarse. James Dillon llevaba años dedicándose en cuerpo y alma al hijo que criaba solo. Pero cuando apareció en su vida aquella bella y elegante desconocida, no pudo ignorar la atracción instantánea que surgió entre ellos... ni la felicidad que se reflejaba en los ojos de su hijo cada vez que ella estaba cerca. Siena Capuletti no tenía intención de enamorarse. Pero cuanto más tiempo pasaba con el guapísimo James y con su adorable hijo, más cuenta se daba de que estaba a punto de entregarles su corazón. El problema era que los errores del pasado seguían obsesionándola...

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Table of Contents

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 15](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)